José María Lacarra Alfonso el Batallador



COLECCION BASICA ARAGONESA

Algo está cambiando entre nosotros.
Cada día vemos nuevos aspectos de nuestro mundo que nos hacen comprender que hoy ya no es lo mismo que ayer. Por ello, para lograr vivir nuestro mundo de hoy con plenitud, es necesario actualizarse, poner al día nuestros conocimientos, reinterpretar nuestras tradiciones y costumbres, hacer nuestra propia cultura.

Aragón, aunque tras una superficial observación pueda parecer lo contrario, tiene una historia en la que ininterrumpidamente los esfuerzos de algunos aragoneses se han ido sucediendo tratando de salvaguardar lo más propio e identificador de nuestra cultura.

Pero también esa historia es una lección de cómo todavía no ha sido posible que todos los aragoneses, la mayoría de ellos, hayan logrado una unidad de sentimientos y deseos capaces de cambiar las —a veces cabe pensarlo—inevitables circunstancias que determinan nuestra historia.

200

Alfonso el Bamilador

COLE CION BASILA RIACONESA.

After the combination of a contract to the con

THE THE TENTON OF THE PROPERTY OF THE PROPERTY

Alfonso el Batallador

Alfonso el Batallador

Alfonso el ilaralindor

Alfonso el Batallador

guara editorial, s.a.



Alfonso el Batallador

© José María Lacarra, 1978

Edita: Guara Editorial, S. A. San Juan de la Cruz, 13. Zaragoza-6

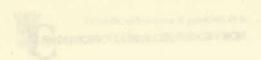
I.S.B.N.: 84-85303-05-9

Depósito legal: Z.-420-78

Imprime: Tipo-Línea, S. A. Mallorca, s/n - Zaragoza

Printed in Spain

A la memoria de José M. ª Ramos y Loscertales, maestro y amigo



A la memoria de José M. * Ramos y Locestales. macestro y antigo

C Just Maria Laratte, 4714

Teles Guerra different, S. A., Jos. Rem de la Guer. III. Receptivo de la Compute de la

Preliminar

El estudio de una personalidad que ha alcanzado un puesto destacado en la vida pública deberá, forzosamente, incluir dos aspectos muy diversos: el estudio del hombre, de la psicología del personaje, de sus reacciones humanas —en lo que nos sea dado alcanzar—, y el estudio de su obra, de su actuación como gobernante, si se trata, como en este caso, de un rey cuya gestión personalísima fue decisiva para la formación de Aragón y para la trayectoria que habían de seguir después los reinos peninsulares.

El primer aspecto resulta dificil, si esta semblanza ha de recoger los rasgos más íntimos y decisivos de la personalidad del biografiado, ya que siempre suele quedar un fondo recatado en la conciencia, no abierto aún para los seres más queridos. De no penetrar en la intimidad de los móviles, los juicios que formulemos de su conducta tendrán que basarse en actos exteriores, juicios siempre falibles, por las muchas interpretaciones a que pueden dar lugar.

Pero, si es difícil enjuiciar con acierto los actos de nuestros próximos, la dificultad se acrecienta cuando queremos enfrentarnos con los hechos de aquellos seres alejados de nosotros por largos siglos de historia, cuyas preocupaciones o cuyas aspiraciones colectivas nos serán siempre imposibles de comprender. Al hermetismo de los seres —de los cuales siempre tendremos informaciones deficientes— se agrega el hermetismo de la época, cuya alma y sensibilidad siempre escaparán a nuestra total comprensión.

Aún se acrecientan estas dificultades al tratar de reconstruir la personalidad humana del Batallador. Porque sobre los

ocho siglos que nos separan del famoso monarca aragonés, pesa otra dificultad no menor: el rey Alfonso tuvo lo que hoy llamaríamos «mala prensa». El historiador sólo puede juzgar del pasado a través de los testimonios que de él nos quedan, y si éstos, por haberle sido adverso el juicio de los contemporáneos o de la posteridad inmediata, se concitan contra el biografiado, dificilmente podrá aquél adivinar una verdad unanimemente falseada o disimulada.

Pero, es más, tiende nuestra mente a juzgar del acierto de una conducta o de la pureza de unas intenciones, no ya apreciando las dificultades y las circunstancias del momento, sino los resultados —éxitos o fracasos—, alcanzados a veces a largo plazo, cuando éstos pueden ser debidos a causas totalmente imprevisibles, posteriores y, por tanto, ajenas a la actuación del biografiado.

Y, si los éxitos militares del rey Alfonso—que en poquísimos años duplicó la extensión de sus reinos a costa del infiel—nadie los puede negar, su tentativa, fracasada, de alcanzar la unidad nacional por vía matrimonial cuatro siglos antes que los Reyes Católicos, le acarreó la enemistad de amplios sectores de la opinión de León y de Galicia—nobleza y alto clero—, y la del príncipe sucesor, su hijastro Alfonso Raimúndez, a cuyo alrededor habían de componerse los únicos relatos históricos trazados por contemporáneos. De aquí que su semblanza, según se mire a la luz de los éxitos aragoneses o de los fracasos castellanos, aparezca dibujada con fuertes y contradictorios contrastes, difíciles de hermanar en una misma persona.

El otro aspecto de la biografía, el de la obra o reinado de Alfonso I, resulta más fácil de reconstruir, pues hay ya recogida una masa notable de documentación. Pero ahora no se trata precisamente de eso, de reconstruir la historia política de Aragón en tiempo de Alfonso I, sino de aprovechar lo conocido de su obra como gobernante para valorar lo que en ella hay de actuación del biografiado y es expresiva de su personalidad política.

Ahora bien, los documentos emanados de su cancillería son, naturalmente, documentos oficiales, de carácter administrativo y, por tanto, muy poco expresivos desde el punto de vista humano. De aquí que en la silueta biográfica se acuse nítidamente el fuerte contraste entre los cinco años de vida

matrimonial apasionada —y relatados con pasión por los cronistas— y los treinta años de reinado en Aragón reconstruidos a través de fríos documentos de cancillería.

Los dos aspectos de la biografía —el humano y el político— que aquí se señalan, irán entremezclados en la exposición, sin que constituyan partes distintas de la misma: la personalidad del monarca se irá acusando en su obra, y al mismo tiempo la exposición de la historia política o interna permitirá dibujar mejor los rasgos más decisivos de su carácter.

La obra de un reinado no puede apreciarse con justeza si no se conoce, de una parte, cuál era la situacion del país antes de 1104, en que comienza el suyo Alfonso I, y de otra cuáles fueron las derivaciones previsibles de su actuación y cuál era la situación del reino en los años siguientes a su muerte.

Todo ello procuraremos exponerlo sin excesiva erudición, pero señalando en notas concisas los fundamentos en que nos apoyamos, notas que serán suficientes para que el especialista bueda ampliar o discutir nuestros puntos de vista.

No tratamos, en suma, de estudiar la historia del reino de Aragón bajo Alfonso I, sino en cuanto ésta nos permita reconstruir la vida y el carácter del hombre. Application of application of the continuent of

The state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the state of the s

ministers between an interest to any minister of the second of the secon

To come aspecto de la finguesta, el de la biene o recisado de Alfredo I, constituente filica de recommente, pued bay ya relagado com asses notales de desperantellas. Pero atom en atrata procumento de ese de recommen la heroma política
de Arques en bienglos de Alfredo I, sino de aprovidan la
temporar de transcripa de entre opolítica de la procesión de la procesión de la procuración de la procursión de la
perantellada política.

Acces sires, los departeres emanodos de su cancillego non entantimento, dictandescos eficades de contener admiactuarios y, por sireto, mán pero explicitos destás el parte de montramento. De equi que en la alexa dispublica en acua altrefamiento de frante contenta entre des atmos altos de mala

Introducción

El reino de Aragón inicia su vida independiente en 1035, cuando, a la muerte de Sancho III el Mayor, se encarga de su gobierno el primero de sus hijos llamado Ramiro.

El territorio era reducido —poco más que el actual partido judicial de Jaca—, pero sus gentes tenían una personalidad bien definida. Se trataba de montañeses —pastores y labradores— que durante varios siglos venían mirando con recelo a las gentes del sur, de las que discrepan profundamente en su fe y en su estructura social y económica.

Pronto toda la línea montañesa que separaba a los aragoneses del Islam aparecerá dividida en distritos militares, cuyas gentes, adscritas preferentemente al cultivo agrícola o a necesidades de la defensa, dependen directamente de un señor o tenente, designado libremente por el rey. Esta línea se hallaba establecida de antiguo al sur de la cadena montañosa, y tenía como plazas más importantes Sos, Carcastillo, Luesia, Biel, Agüero, Cacaviello —Carcavilla, en las gargantas del Gállego— y Loarre. La Sierra de Guara, por constituir una defensa natural, no precisaba protecciones especiales, salvo pequeños puestos de vigilancia en las gargantas de los ríos o en la cima de sus montañas.

Al morir Gonzalo, hermano de Ramiro I, se incorporaron a los dominios de éste las tierras de Sobrarbe y Ribagorza, que habían sido adjudicadas por el padre de ambos, Sancho el Mayor. Eran tierras más pobres, más aisladas y cuyas gentes obedecían a tradiciones jurídicas diferentes. Habían sido reconquistadas por los condes de Tolosa, y por mucho tiempo Ribagorza, juntamente con Pallars, habían estado gobernadas por condes propios, de origen carolingio.

Así, pues, el naciente reino de Ramiro I estaba constituido por tres núcleos diversos: Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. El aislamiento en que habían vivido durante siglos había ido perfilando la personalidad de cada uno de ellos, con unas tradiciones jurídicas propias y tal vez una cierta unidad cultural. Lo único que les unía era el rey y la necesidad de defenderse del enemigo exterior.

Esta pequeña extensión del territorio, la falta de unidad geográfica y la dificultad de las comunicaciones interiores, reducían enormemente la potencia ofensiva del reino de Ramiro I. De aquí que, al igual que sus antepasados, se esmere en reparar fortalezas y arreglar puentes y caminos. Es decir, una política esencialmente defensiva.

Por otra parte, aunque Ramiro era el mayor de los hijos tenidos por el rey Sancho III, no reunía la condición legal de primogénito. Era hijo de Sancha de Aibar, y había nacido antes del matrimonio de su padre con doña Munia o Mayor, hija del conde de Castilla. Ramiro ocupará, por tanto, una posición subordinada respecto a su hermano García, que había heredado el reino de Pamplona. Lo mismo le ocurre a su hijo y sucesor, Sancho Ramírez, pero éste sabe sacar el máximo provecho de las circunstancias.

Sancho Ramírez casó primero con una hija del conde de Urgel, con lo que fortificó su posición en la frontera oriental; al quedar viudo casaría con una hija de Hilduino, conde de Roucy. Buscando apoyos más remotos entra pronto en contacto con Roma. En la primavera de 1068 acude allí en peregrinación, y como hijo sumiso de la Iglesia coloca su persona y su reino en manos de Dios y de San Pedro. Como prueba de devoción filial, puso a su hijo, nacido este año, el nombre de Pedro, inusitado por aquellas fechas en el país. El Papado, que estaba metido en la empresa de restaurar la unidad espiritual de la Cristiandad y aún aspiraba a la supremacía política sobre los reinos de Occidente, acogió estos primeros pasos del monarca aragonés con la mayor complacencia.

Una Cruzada predicada por el Papado había dado lugar a la efímera conquista de Barbastro (1064); ahora prepara otra Cruzada contra los moros de España, cuyo mando se confía al conde Eblo de Roucy (1073). Es interesante señalar cómo el pequeño reino de Aragón logra atraer el interés del Pontificado para que sirva de escenario a las primeras Cruzadas que conocerá la Cristiandad. La fama de las grandes Cruzadas a Tierra Santa ha eclipsado en la historiografía europea el recuerdo de este precedente peninsular. Pero conviene señalarlo ya que ha de persistir fuertemente arraigado en el país, y será el motor espiritual de las empresas guerreras de Alfonso el Batallador, según tendremos ocasión de ver.

Ahora bien, si acogidos a sus montañas los aragoneses podían defenderse con facilidad, en cambio su capacidad ofensiva era escasa. Para avanzar en la llanura de Huesca necesitaban fuerzas de caballería para enfrentarse con la caballería musulmana, máquinas de batir para poder asaltar las ciudades amuralladas y, sobre todo, un ejército lo bastante numeroso para acantonarlo frente a las ciudades sitiadas, completar el cerco y rechazar a la vez a los ejércitos que acudieran en socorro de la plaza. En suma, había que pasar de una actitud defensiva a una ofensiva, y para esto eran precisos unos recursos humanos y técnicos de que carecía el reducido reino de Ramiro I.

Aún tenía que enfrentarse el reino con otra dificultad no menor. Los reyes de Castilla y de Pamplona, cada uno por su parte, se erigen en protectores del reino moro de Zaragoza, y por ello perciben grandes cantidades de dinero (parias). Castilla incluso aspira a extender sus dominios por todo el valle del Ebro hasta Tortosa. Esta protección se ejercerá, bien directamente con tropas enviadas por sus reyes, o con fuerzas mercenarias, como las mandadas por el Cid Campeador. No hay que decir que el pequeño territorio de Aragón era incapaz de hacer frente tanto al reino moro de Zaragoza reforzado por los cristianos, como a las pretensiones imperialistas de Castilla de hacerse con el dominio de toda la Península.

Así, cuando Ramiro intentó abrirse paso hacia la llanura, fracasó; Graus, sobre el Esera y El Grado, sobre el Cinca, eran posiciones clave que paralizaban todo el avance cristiano, y al intentar apoderarse de Graus perdió la vida el monarca aragonés (1063). Apoyaban en esta ocasión a Muqtadir de Zaragoza fuerzas castellanas al mando del infante don Sancho.

Pero no tardaría en alterarse tan sombrío panorama. En 1076 muere el rey de Pamplona, Sancho de Peñalén, y gran parte de su territorio se incorpora al reino de Aragón; poco después, en 1081, moría Muqtadir de Zaragoza. Si lo primero venía a aumentar considerablemente las fuerzas del reino —y a la vez privaba al enemigo del apoyo de los pamploneses—, la muerte de Muqtadir y el reparto del reino entre sus hijos, con la secuela de rivalidades entre ellos, dejarían muy debilitado al principal enemigo de Aragón. No mucho después, la llegada de los almorávides a la Península (1086), que constituían un peligro mucho mayor para toda la cristiandad hispana, haría que Alfonso VI de Castilla solicitara el concurso del rey de Aragón. Con esto cesaba el aislamiento en que había pretendido encerrarse al reino de Aragón.

Sancho Ramírez puede ahora avanzar en todas direcciones. No se trata de batallas campales, sino de un asedio metódico de fortalezas. En la región de Sobrarbe ocupa la importante plaza de Alquézar (1067), que fortifica en 1085, el castillo de Muñones (1081), Graus y Estada (1087). En la cuenca del Gállego, Ayerbe (1083); frente a Tudela, Arguedas (1084), y junto a Huesca, Tierz (1088). Luego, avanzando peligrosamente por la cuenca del Cinca, se ocupa Monzón (1089).

Ahora no hay una línea de frente, sino aldeas fortificadas o castillos, que se ocupan según la oportunidad del momento, y el campo queda abierto a las algaras de cristianos y musulmanes. La iniciativa individual, alentada por los premios que da la realeza a los conquistadores, parece que juega un papel importante en estas empresas. El rey, por su parte, y con un plan muy meditado, va colocando posiciones destacadas en sitios aislados con el fin de vigilar y hostilizar las plazas más importantes y facilitar su ocupación. Así, Montearagón (1087) y Pueyo de Sancho (1095) frente a Huesca, que no se conquistaría hasta 1096; Pueyo de Barbastro, junto a esta ciudad (1099), que se ocuparía al año siguiente; El Castellar (1091) y Juslibol (1101) frente a Zaragoza, que no se ocuparía hasta 1118; Arguedas, Milagro (1098) y otro Pueyo de Sancho, para vigilar Tudela que se rendiría en 1119.

En este ambiente de lucha y heroísmo va a desarrollarse

la infancia y juventud del futuro monarca Alfonso I.

1. Infancia y juventud

Los padres y abuelos

El que había de reinar en Aragón con el nombre de Alfonso el Batallador era hijo del segundo matrimonio del rey Sancho Ramírez con Felicia de Roucy, y había nacido hacia el año 1073.

Los documentos de la época son muy parcos en informaciones de tipo personal o privado, aun tratándose de personas reales. Así, el nombre de la reina no figura en los documentos reales si éstos no afectan directamente a su persona o a sus intereses particulares. Como, por otra parte, faltan crónicas o relatos escritos por contemporáneos, resulta especialmente difícil el reconstruir, no ya la intimidad familiar, sino los hechos más salientes de la biografía, incluso de las personas de estirpe regia.

Los condes de Roucy —abuelos del Batallador por línea materna—, sin pertenecer a la primera nobleza, eran figuras muy importantes en el ambiente de su época. Su actividad se desenvolvía entre París, Amiens y Reims. Por sus alianzas matrimoniales estaban ligados a los barones de la Isla de Francia, de Picardía, de Champaña y del condado de Borgoña. La abuela de Felicia era hija del rey de Francia, Roberto el Piadoso.

Roucy es un pueblecito del cantón de Neufchatel-sur-Aisne (departamento del Aisne), a mitad de camino entre Laon y Reims. Hilduino de Ramerupt y Adela de Roucy habían tenido nueve hijos, dos varones y siete hembras. Eran aquellos

Eblo y Andrés. Felicia era la menor de las hijas. Hilduino había muerto en 1063. ¿Cómo entró la familia en contacto con el rey de Aragón?

Sin que pueda afirmarlo con seguridad, creo que este hecho guarda alguna relación con el viaje que Sancho Ramírez hizo a Roma en 1068. Tal vez el matrimonio fuese negociado en Roma mismo. Eblo II, conde de Roucy y hermano de Felicia, era bien conocido de la corte romana. Sabemos que había combatido en Italia en las filas de los normandos, defensores de Gregorio VII, y había casado con una hija de Roberto Guiscardo. Pudo haber encontrado a Eblo en la misma Roma. De ser cierta esta hipótesis, habría que pensar que la primera mujer de Sancho Ramírez, Isabel de Urgel, había muerto en 1068, al dar a luz a Pedro I. En todo caso son de retener estos primeros contactos entre el rey de Aragón, la corte pontificia y la familia de Roucy, por iniciar la apertura de la corte aragonesa hacia un mundo nuevo: el espíritu de Cruzada que iba germinando en Roma y la nobleza aventurera, cuyos éxitos guerreros eclipsaban la figura del mismo rev de Francia

El matrimonio de Sancho y Felicia debió de celebrarse alrededor del año 1070, y la nueva reina recibió como dote las tierras de Ribagorza.

La llegada de la champañesa doña Felicia contribuiría a ampliar los horizontes políticos y culturales del pequeño reino de Aragón. Es entonces cuando los monasterios de San Juan de la Peña y San Victorián se ponen bajo la tutela directa de la Santa Sede; cuando se introduce el rito romano en sus iglesias (1071), mientras que Navarra y Castilla insistían en su adhesión al rito tradicional.

Dos años después, el papa firma un pacto con Eblo de Roucy —hermano de Felicia— quien recibe el encargo de dirigir en España una expedición militar, con la condición expresa de que todas las tierras que se ganen han de quedar bajo la soberanía de San Pedro. Como legado de la expedición es designado el cardenal Hugo Cándido, y el cardenal Geraldo de Ostia y el abad de Cluny le estarán subordinados. La decisión pontificia no tenía nada de sorprendente a los ojos europeos. ¿No había constituido el suegro de Eblo un principado vasallo de la Santa Sede en la Italia del sur? El rey de Aragón acababa de reconocer la soberanía de San Pedro. Gregorio VII

creía firmemente, y así lo declaraba al anunciar su programa hispánico, que todo el reino de España había pertenecido en la antigüedad a San Pedro y que, aunque ocupado transitoriamente por los infieles, ningún mortal tenía derecho a arrebatárselo a la Santa Sede.

Eblo, según dicen las crónicas, reunió un ejército digno de un rey. Pero la expedición parece que no llegó a realizarse. Quizá no fuese ajeno a este fracaso la alianza acordada aquel mismo año entre el rey de Pamplona y Muqtadir de Zaragoza, contra el rey de Aragón. Según los estudios de Ch. J. Bishko, parece clara la responsabilidad, al menos parcial, de Cluny, en el bloqueo de este segundo proyecto de Cruzada papal aragonesa.

Apertura sí, pero sin intromisiones peligrosas. En 1074 el obispo Sancho de Aragón acudía en peregrinación a Roma; el abad de San Juan de la Peña, Sancho, había recorrido los grandes santuarios de devoción: Roma, Montecasino y Santiago de Compostela. Se estaba levantando por aquellas fechas la catedral de Jaca, primer gran monumento de arte románico europeo que conocerá nuestra Península. Pensamos que la reina Felicia no sería ajena a estas novedades y a este ambiente renovador. Un objeto suyo, muy personal, comprueba su buen gusto y fina atención a las nuevas técnicas artísticas: son las tapas de un evangelario, obra de filigrana de oro con relieves de marfil en el centro, que hoy se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York 1.

Educación y ambiente juvenil

Del matrimonio de Sancho y Felicia nacieron tres hijos: Fernando, que murió antes de 1094; Alfonso, que nació, según hemos dicho, hacia 1073, y Ramiro, que en 1093 ingresaría como monje en la abadía de Saint-Pons-de-Thomières. Nadie, pues, podía prever los altos destinos que estaban reservados a Alfonso. Era el segundón de un segundo matrimonio de su padre.

El primogénito, Pedro, pronto se acreditó como hombre de gobierno y excelente militar. Su padre, joven todavía, parecía cansado y delega en su hijo las misiones más arriesgadas. Cuando Alfonso VI, alarmado por la llegada de los almorávides, solicita la ayuda del rey de Aragón, éste envía a su hijo Pedro, que combatió valientemente en la batalla de Sagrajas (1086). Para que le ayudara en el gobierno de un modo más permanente y responsable le había entregado el territorio de Sobrarbe y Ribagorza con el título de rey, aunque subordinado a la suprema autoridad del rey padre (1085). Esta delegación de funciones en el primogénito no hace sino afirmar el alejamiento de los hijos de Felicia de la sucesión al trono. Pedro casó en enero de 1086 con Inés de Poitiers, y ese mismo año o al siguiente nació un hijo, llamado Pedro, como su padre, que más tarde casaría con María, hija del Cid Campeador. Las perspectivas de una sucesión a la corona entre los hijos de la reina Felicia parecían darse por definitivamente descartadas.

Las tierras con que había sido dotada Felicia en Ribagorza podían mermar los poderes de Pedro en el naciente reino de Sobrarbe y Ribagorza. Pronto se llegó a un arreglo entre éste y Fernando, como primogénito de los hijos de Felicia, por el que éste renunciaba a Ribagorza, y recibía a cambio una serie de villas y fortalezas sitas más al oeste del reino, en territorio propiamente aragonés. Esta renuncia alcanzaba también al infante Alfonso, como presunto heredero de Fernando (1086).

En las sedes reales de Bailo, Astorito y Jaca, residiría doña Felicia, mientras su hijo Alfonso se instruía en las primeras letras y en el arte gramatical. Sabemos que se crió en el monasterio de San Pedro de Siresa, sito en el valle de Hecho. En el monasterio de San Salvador del Pueyo -que hoy es un coto redondo en el valle del río Estarrún, territorio de Sinués (part. de Jaca)—, aprendió gramática con don Galindo de Arbós. Años más tarde, reconociéndose Alfonso su discípulo, otorgaba al monasterio el fuero de que disfrutaban las sedes regias (1108). Fue también maestro suyo, Esteban, cuando probablemente era canónigo de Jaca, y que más adelante como obispo de Huesca, gozaría de la plena confianza real. Felicia, pues, cuidaba amorosamente de la instrucción literaria de sus hijos. En la educación que podríamos llamar militar o política fue su avo o aitano, como entonces se decía, el señor Lope Garcez.

No sabemos cuando el joven Alfonso dejaría de estudiar en los monasterios pirenaicos y entraría de lleno en la vida pública, aunque suponemos que sería muy temprano. Al caballero, como decía en el siglo XV el ayo de don Pero Niño, «non conviene despender luengo tiempo en escuela de letras». Menos convendría a un caballero de los finales del siglo XI, en un pequeño reino que sólo podía subsistir tras largo batallar con el Islam.

Desde su retiro, vería doña Felicia la presentación de su hijo en la corte y sus primeros éxitos en las armas. Muerto tempranamente su hermano Fernando, se hace cargo él de las tierras que constituían la dote de su madre y lo veremos gobernando las plazas de Buil, Luna, Bailo y Ardenes. Es un infante que sólo puede aspirar a ser el tronco de una Casa, y que, si de momento goza del favor e influencia en la corte del padre y luego en la del hermano, esta influencia se irá esfumando a medida que se vaya alejando el parentesco con el monarca reinante.

Desearíamos conocer mejor la influencia que pudo ejercer su madre en el ánimo del muchacho, sus probables viajes al Norte de Francia para conocer a sus parientes por línea materna, y a las tierras del Bearn, de las que era vizcondesa su prima Talesa. La fraternal colaboración de su primo materno, Rotrou II, conde del Perche, y de Gastón de Bearn, en las campañas que llevó a cabo, siendo ya rey, para liberar el valle del Ebro, suponen una amistad y una camaradería de muchos años atrás, y que había de perdurar hasta la muerte.

De entonces datarán también muchas amistades, que luego de rey encumbrará a los primeros puestos del Estado: Castan, procedente sin duda del otro lado de los Pirineoas, a quien Alfonso confiará el gobierno de la plaza de Biel —la misma que él regía siendo infante y que formaba parte de la dote de doña Felicia—; él será su compañero de armas en trances difíciles y su consejero de confianza en las azarosas intrigas castellanas; el hermano de éste, Per Petit, que manda las importantes fortalezas de Loarre y Bolea; Lope Garcés Peregrino, que vigila desde El Castellar la plaza enemiga de Zaragoza, y, conquistada ésta, quedará con el importante señorío de Alagón, y tantos otros ².

Ideales políticos

A poco de nacer Alfonso el espacio del pequeño reino de Aragón se ensancha con la incorporación de parte del territorio de Pamplona (1076). De una actitud defensiva se pasa a la ofensiva guerrera. Pero una guerra impregnada de un fuerte espíritu religioso.

Los caballeros de Aquitania, Gascuña, Languedoc, Provenza, Foitou, Normandía y Borgoña que habían acudido a la llamada de Alfonso VI tras la derrota de Sagrajas, se habían quedado al servicio de Sancho Ramírez e intentaron tomar Tudela, pero no lo consiguieron (1087). Tal vez este fracaso moviera al rey de Aragón a volver los ojos a Roma y a insistir en su ofensiva guerrera, siempre marcada de una fuerte impronta religiosa. Las iglesias-fortalezas - Alquézar, Loarre, Montearagón—son a este respecto muy significativas. Parece que fue con ocasión de la campaña de Tudela, cuando Sancho Ramírez prometió pagar a San Pedro, por sí y por sus hijos, un censo anual de 500 mancusos, y sus caballeros un mancuso cada uno. Con el pago de este «servicio» quedaba formalizado el vasallaje que años atrás había prestado en su viaje a Roma. Como respuesta al mensaje real, el papa no sólo tomaba bajo su dominio y protección la nueva fundación de Montearagón -mediante el subsidio de una onza de oro-, sino que extendía su protección apostólica al rey, a sus hijos y a todo el reino, los cuales lo deberían recibir siempre de manos del papa.

Años después, Urbano II predicaba en Clermont la primera Cruzada a Tierra Santa, que conmovería a toda la Cristiandad, y que arrastraría a los caballeros del Midi, entre ellos al vizconde Gastón de Bearn y a su hermano Céntulo de Bigorra. El rey de Aragón, ahora Pedro I, movido tal vez por los legados pontificios cardenal Ricardo y Gibelino, arzobispo de Arles, que entonces recorrían el reino, prepara una Cruzada contra Zaragoza (febrero-junio, 1101), y asienta sus tropas a las puertas de la ciudad. El campamento, instalado a cinco kilómetros del casco urbano, toma el significativo nombre de Deus o vol (Juslibol), que era el grito guerrero de los cruzados a Oriente.

Si las Cruzadas aragonesas habían precedido a las grandes Cruzadas a Tierra Santa, ahora la lucha que los aragoneses mantienen en el valle del Ebro aparecerá teñida del mismo ideal animaba a toda la Cristiandad, y Pedro I se presentará con sus guerreros ante los muros de Zaragoza luciendo la enseña de Cristo (cum Christi vexillo).

Un doble recuerdo de su infancia y juventud quedará grabado en la mente del infante Alfonso e informará toda su política como rey de Aragón: su apertura a la Europa de los finales del siglo XI y el ambiente de combate que se respiraba en el reino de su padre y hermano. Si a esto añadimos una religiosidad sincera, peculiar de la dinastía aragonesa, tendremos dibujado el panorama espiritual en el que Alfonso I de Aragón desplegará sus actividades.

De su conocimiento de las tierras del otro lado del Pirineo vendría su protección decidida a los burgos de francos, cuyas poblaciones a lo largo de la ruta de Santiago fomenta, y que le han de servir de apoyo en las luchas que mantendrá en tierras castellanas.

Pero la idea que rondará su mente en todo momento es la de colaborar en la Cruzada a Tierra Santa para liberar el Sepulcro del Señor. Es muy posible que, al igual que su hermano Pedro, intentara tomar parte en la Primera Cruzada, o que como su tío el conde don Sancho proyectara visitar como peregrino los Santos Lugares. Su íntimo amigo y confidente, el obispo Esteban de Huesca, emprendió el viaje a Jerusalén cuando Alfonso comenzaba su reinado. No cabe duda que en el tránsito de los siglos XI a XII el ir a Jerusalén —en Cruzada o en peregrinación— era la obsesión de los elementos dirigentes y responsables de la Corte de Aragón, tanto caballeros como eclesiásticos.

Por eso todas las empresas bélicas de Alfonso I estarán teñidas de un espíritu de auténtica religiosidad, y la liberación de las tierras de Aragón le servirá, de acuerdo con sus ideales, para alcanzar la costa mediterránea, preparando así el camino para llegar a Jerusalén por vía marítima, según se reconoce en un documento de su tiempo ³.

Alfonso, rey de Aragón

Pero si Alfonso no estaba destinado a regir el reino de Aragón, una serie de adversas circunstancias van truncando los planes trazados por su padre para los hijos de su segundo matrimonio, y los hijos menores —primero Alfonso y luego Ramiro— se verán lanzados a la gobernación del reino en momentos especialmente difíciles.

Primero muere el infante don Fernando, con lo que Alfonso ocupa la jefatura de los hijos del segundo matrimonio. El infante don Pedro, hijo de Pedro I, que ha casado con la hija del Cid, muere sin descendencia (1102?); el rey Pedro I,

viudo de Inés de Poitiers, vuelve a casarse, ahora con una italiana, Berta (16 de agosto de 1097), pero tampoco tiene descendencia, y en 1104 la muerte prematura del rey su hermano —no tendría más de treinta y seis años— lanza bruscamente al infante don Alfonso al gobierno del reino, al que ni aspira ni para el que se siente preparado.

Tan impreparada estaba la familia real aragonesa para esta nueva orientación en la sucesión del reino, que cuando los infantes herederos casaban en plena juventud —su sobrino Pedro tendría unos doce años cuando contrajo matrimonio con la hija del Cid— Alfonso permanece soltero, y su hermano menor, Ramiro, era ofrecido por su padre, según hemos dicho, a la abadía benedictina de Saint-Pons-de-Thomières, con la idea de apartarlo de las inquietudes del mundo abrázando el estado religioso.

Lo cual no quiere decir que Alfonso no hubiera dado hasta entonces pruebas de su carácter arrojado y aun temerario ante el peligro. Antes al contrario, tanto su padre como su hermano no habían dudado en encomendarle durante su gobierno misiones militares de confianza.

Cuando Sancho Ramírez inicia el asedio de Huesca, Alfonso VI promete enviar un ejército en socorro de los oscenses, y el rey de Aragón encomienda a los infantes Pedro y Alfonso que lo rechacen; los castellanos se retiran sin llegar a luchar, temerosos de un encuentro con los aragoneses. En la batalla de Alcoraz, que decidió la conquista de Huesca, Alfonso manda la vanguardia de las tropas aragonesas en unión de sus íntimos amigos Castan y Barbatorta. Tenía entonces veintitrés años. Muy poco después, Alfonso, «varón dotado de gran valor y animosidad», como dice la Crónica de San Juan de la Peña, acudía con su hermano Pedro en socorro del Cid Campeador y tomaba parte en la batalla de Bairén. El futuro rey de Aragón tenía así oportunidad de conocer los campos levantinos, que sus tropas habían de recorrer victoriosas más adelante, y a la vez de informarse acerca de la nueva táctica guerrera de los almorávides, con los que tendría que contender en años sucesivos.

Notas

Se han reducido al mínimo las notas justificativas, que el especialista podrá completar fácilmente. En éstas, los libros o documentos se citan por el orden en que son utilizados en el párrafo correspondiente. Algunas abreviaturas más usadas: Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón (EEMCA); LACARRA, Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro, publicados en EEMCA, tomos II (1946), pp. 469-546; III (1949), pp. 499-727; V (1952), pp. 512-668, que se citan Documentos; hay en prensa una segunda edición ampliada; A.C.A. es Archivo de la Corona de Aragón; A.H.N. es Archivo Histórico Nacional; B.A.H. es «Boletín de la Real Academia de la Historia»; R.H.F. es Receuil des historiens de la France.

¹ LACARRA, Semblanza de Alfonso el Batallador, Zaragoza, 1949, que utilizamos a lo largo de toda la obra. P. DAVID, Etudes historiques sur la Galice et le Portugal du VIe au XIe siècle, Lisboa-París, 1947, pp. 376 y ss. Herimanni Laudunensi monachi «De miraculis beatae mariae Laudunensis libri tribus», Lib. I, cap. 2, ed. M. Bouquet, R.H.F., t. XII, p. 267. BALUZIO, Hist. Tutel., pp. 156-157. S. DE VAJAY, Ramire II le Moine, roi d'Aragon et Agnes de Poitou dans l'histoire et dans la légende, en «Melanges René Crozet», Poitiers, 1966, p. 730, cree que el matrimonio de Felicia y Sancho Ramírez tuvo lugar en Pamplona poco después de la incorporación de Navatra en 1076. La Crónica de San Juan de la Peña dice que Alfonso I tenía al motir 61 años. LACARRA, Dos tratados de paz y alianza entre Sancho el de Peñalém u Moctâdir de Zaragoza (1069 y 1073), en «Homenaje a Johannes Vincke», Madrid, 1962-1963, pp. 121-134. A. DURAN GUDIOL. La Iglesia de Aragón durante los reinados de Sancho Ramírez y Pedro I (1062?-1104), Roma, 1962. P. KEHR, El Papado y los reinos de Navarra y Aragón hasta mediados del siglo XII, en EEMCA, t. II (1946), pp. 74-186. CH. J. BISHKO, Fernando I y los origenes de la alianza castellano-leonesa con Cluny, en «Cuadernos de Historia de España», Buenos Aires, XLIX-L (1969), especialmente, p. 97.

A. UBIETO ARTETA, Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra, Zaragoza, 1951; A. DURAN GUDIOL, Colección diplomática de la catedral de Huesca, Zaragoza, 1965, núm. 119; LACARRA, Documentos, núm. 296. Para Rotrou, véase L. H. NELSON, Rotrou of Perche and the Aragonese reconquest, en «Traditio», XXVI (1970), 113-133.

³ KEHR, Cómo y cuándo se hizo Aragón feudatario de la Santa Sede, en EEMCA, I (1945), pp. 285-326; A. DURAN GUDIOL, La Iglesia de Aragón, pp. 52-54; Chronicon Sancti Maxentii Pictavensis, ed. Marchegay et Mabille, en «Chroniques des églises d'Anjou», París, 1896, p. 409, y también «Rec. des hist. de la France», t. XII, p. 402; UBIETO, Colecc. diplomática de Pedro I, pps: 112 y ss.; del mismo, La participación navarro-aragonesa en la primera Cruzada, en «Príncipe de Viana», VIII (1947), pp. 357-383.

From nor more arrang a selecte consider the start at object of the reds do it minimo has north particularly a que ci que ca perchapita modes completes facilitation for team, i.e. indicate a documentos se citato por el orden co sua son utilizadas en el partific correspondiente algunas survivaturas en adam.

The state of the s

Lip cent do quiere dezir que Alfonso no hutière dado hamcotrolles proclas de su carlaire arrojado y suo tentencia ante el pellero. Antes al contrario, tanto ne padre camo su harmana no hatian diatate en montrentarle distante na golderno misseure militares de configura.

Annual Action of the control of the

* EDRIK Chorn y radesh so him Angulo (malayara de ir Sama Spik, en EDRIKA) I (1973) pp. 183-130. A CHIMAN GERIECH In Igiwan de Angulo, pp. 10-34; Chimanou Lindau Marcani Ayranouch, ed Marchague en Malaille, en «Chimanouch in tribuna (n. 281) pp. 403; (Angulo, Scalik 1976). E 450, e membrio and her her des la Frances i 281 p. 403; (1974) C. Edder algoloculous de Probes I, pp. 183 y m. del minori in personaucies en expensagement en la proposal Constata en el·lingue de Visica VIII (1947), pp. 133-183.

2. Comienzos del reinado

La situación militar

Cuando Alfonso I se hace cargo del gobierno del reino de Aragón no había una línea bien definida que separara la tierra dominada por el rey de Aragón o por el rey moro de Zaragoza. Tras la conquista de Monzón (1089), Huesca (1096) y Barbastro (1100), ya no hay batallas campales ni aun asedios prolongados de villas y castillos. La guerra es un avance zigzagueante, en el que se buscan los puntos de menor resistencia. Hay penetraciones espectaculares y arriesgadas, que dejan a retaguardia puntos fortificados en poder del enemigo, y como en los campos predomina la población musulmana y en las plazas conquistadas apenas puede instalarse una reducida guarnición cristiana, cualquier sorpresa es posible.

Siguiendo el curso del Cinca se ha llegado hasta Alcolea, Albalate, Ontiñena. Zaidín y Velilla de Cinca. Entre los ríos Alcanadre y Flumen se ha ocupado Sariñena, Piracés, Almuniente y Robres. Los inmensos desiertos de los Monegros, La Violada y Las Bardenas parecen defender las plazas de Zaragoza y Tudela, codiciadas por los cristianos, pero difíciles de alcanzar con los escasos medios ofensivos con que contaban. Aun así, Sancho Ramírez y Pedro I han ido colocando junto a ellas una serie de posiciones claves que las vigilan y hostilizan continuamente; frente a Tudela, Arguedas, el Pueyo de Sancho y Milagro; ante Zaragoza, el Castellar y Juslibol.

Pero la falta de un frente continuo y la dificultad de vigilar tan extenso territorio, dada la separación de las posiciones de moros y cristianos, permite el paso de combatientes de uno y otro bando hasta el interior del territorio enemigo, con tal de que se eviten los castillos y grandes ciudades, en las cuales cristianos y musulmanes se sienten inexpugnables. Por otra parte, el hecho de que los territorios tan rápidamente conquistados sigan habitados por la antigua población musulmana, facilitará la infiltración del enemigo hasta posiciones situadas muy a retaguardia.

Así, la plaza de Bolea, ocupada por los cristianos en 1083, tuvo que ser recuperada por Pedro I en 1101; las de Zaidín y Ontiñena, se perdieron en 1110, no recuperándose de modo definitivo hasta 1147 y la de Sariñena tuvo que ser reconquistada por Alfonso I en 1122, y nuevamente por los aragoneses en 1141. Algo análogo ocurría en territorio musulmán, cuando los reyes de Aragón podían permitirse poner sitio a Tortosa (1086, 1092), acudir puntualmente a las citas del Cid Campeador en Valencia y retener en la provincia de Castellón las plazas de Culla, Oropesa, Castellón de la Plana y otras.

Los objetivos del rey de Aragón serán proseguir la política de conquistas iniciada por su padre y hermano: la ocupación de Lérida y Zaragoza como más inmediatos, y como más remotos la conquista de Tortosa y de Valencia, esta última como camino para alcanzar Jerusalén, a donde le llevaba su alma ardiente de cruzado.

Avance por las Cinco Villas y por las rutas de Balaguer y Lérida

La conquista de Lérida había sido una vieja aspiración de la monarquía aragonesa. La había intentado Sancho Ramírez (1083), pero siempre tropezó con la oposición del conde de Barcelona, que se atribuía la jefatura de la frontera con el Islam (Marca Hispánica) y que detentaba una serie de castillos al sur de Ribagorza —Pilzán, Caserras, Purroy, Estopiñán—que imposibilitaban el avance aragonés por este sector. Tan interesado como Aragón por ocupar la ciudad del Segre estaba el conde de Urgel, pero entre éste y el rey de Aragón hubo siempre buena armonía. No olvidemos que Pedro I era hijo de un primer matrimonio de Sancho Ramírez con Isabel de Urgel y que en el testamento del conde Ermengol IV (19 enero, 1081) ya se preveía que a falta de descendientes legítimos

suyos o de sus hermanos, heredaría el condado de Urgel su sobrino Pedro de Aragón.

Esta amistad había hecho que Aragón y Urgel se pusieran de acuerdo para atacar Lérida bajo el mando de Pedro I, y que éste ayudara a Ermengol IV en la conquista de Balaguer. En 1101, cuando Pedro I dirigía sus ataques contra Zaragoza, el papa Pascual II le aconsejaba que no desistiera de atacar y aun de conquistar Lérida, si le era posible.

El avance en dirección al Ebro presentaba un aspecto muy distinto. La llanura que se extiende entre los ríos Gállego y Aragón, apenas poblada, hacía que las viejas bases de Uncastillo, Luesia y Biel conservaran el valor de línea fronteriza. Pero a la vez los cristianos se permitían situar posiciones de vigilancia en la línea del Ebro (Arguedas, El Castellar, Juslibol). Los musulmanes de Ejea y Pradilla, para asegurar su tranquilidad, pagaban parias al rey de Aragón, parias que éste había cedido al monasterio de la Sauve-Majeure (Gironda).

Alfonso atacó casi simultáneamente por los dos sectores. En 1105 había ocupado Ejea y Tauste. En esta empresa debieron colaborar el monasterio de San Juan de la Peña, y tal vez Leire y la mitra de Pamplona. Alfonso, que iba personalmente al mando de sus tropas, penetró tanto en campo enemigo que tuvo que ser rescatado de manos de los sarracenos por un caballero, tal vez de origen extranjero —Cic de Flanders— y por sus cinco hijos, «excelentes y pulcros caballeros», que pagaron su fidelidad con la vida. Con este avance podían darse por sometidas todas las tierras de la orilla izquierda del Ebro hasta Juslibol, aunque la posesión de Tauste aún volvería a ser disputada por los musulmanes.

La cuestión del avance hacia Lérida se había complicado por la muerte del conde Ermengol V de Urgel, en Mollerusa (septiembre, 1102), luchando con los almorávides que habían subido desde Valencia. Balaguer se perdió, y tuvo que hacerse cargo del condado Pedro Ansúrez, conde de Carrión y abuelo materno de Ermengol VI, menor de edad. Pedro Ansúrez se apresuró a solicitar la ayuda del rey de Aragón, ahora Alfonso I, y del conde Ramón Berenguer III de Barcelona, para la recuperación de Balaguer, cuya posesión era fundamental para avanzar por el Segre hasta Lérida. Con el rey de Aragón firmó un acuerdo por el que le cedía la zuda de Balaguer y

tres partes de la ciudad y la mitad de una serie de castillos sitos a la derecha del Segre, si Alfonso ayudaba a conquistarlos; Alfonso socorrería al conde con diez caballeros con su soldada correspondiente. Con Ramón Berenguer hizo un tratado semejante, cediéndole la mitad dela zuda de Balaguer y el resto de la ciudad (3 noviembre, 1105).

No hay noticias, sin embargo, de que ambos príncipes colaboraran directamente en el asalto a la zuda de Balaguer, que era el asunto más dificultoso. En agosto de 1105 se estaba luchando en la ciudad; en octubre ya se había tomado la plaza, pero no la zuda, que era de muy difícil acceso. Para sostenimiento de los sitiadores, Pedro Ansúrez había llevado grandes tesoros desde Castilla; los monjes de Tavernoles ayudaron con 150 sueldos de plata para pagar a los caballeros asediantes; el obispo de Huesca, también ayudó, ignoramos de qué forma. El hecho es que Pedro Ansúrez concedió en 1106 a la catedral de Huesca y a su obispo Esteban la iglesia de la zuda de Balaguer. El esfuerzo principal debió de llevarlo el vizconde Guerau Pons, quien en 1106 (6 abril) encomendaba la zuda de Balaguer a Arnau Berenguer de Anglerola.

Alfonso I, que en enero de 1106 estaba todavía en El Castellar, pasó a Santa Cruz de la Serós (marzo), para dirigirse inmediatamente a la región del Segre en apoyo del conde de Urgel. En mayo Alfonso había ocupado una serie de castillos próximos a Lérida «para confusión de la ciudad». Ignoramos cuáles eran, pero nada tendría de extraño que hubiera asentado sus reales en Gardeny -como volvería a hacerlo dieciséis años más tarde- para amenazar la plaza de Lérida y descongestionar el sector de Balaguer. Alfonso volvió a sus reales de Monzón (julio, 1107) y preparó el asedio de Tamarite, que ocupó, y poco después San Esteban de Litera. Con ello se facilitaba el acceso al Segre tanto por la ruta de Balaguer como por la de Lérida. El rey premió a Esteban de Estadilla, por ser el primero que había entrado en Tamarite, con las casas que en esta villa tenía el moro Aben Alfaquí. Los meses de noviembre y diciembre de ese año los pasó entre Tamarite y Monzón.

En los sucesos del condado de Urgel estaba también interesado el rey de Castilla, a quien en mayo de 1107 vemos dirigirse con todo su ejército hacia Aragón. Afortunadamente, la frontera de Urgel, tan bruscamente agitada por la llegada de las primeras tropas almorávides, se tranquilizó de momento; Ermengol VI —que se había educado en Castilla— fue declarado mayor de edad (1107?), y Pedro Ansúrez se veía requerido urgentemente en Castilla donde las cuestiones militares y políticas se complicaban de modo alarmante 1.

Proyección del rey de Aragón en los condados del Midí francés

Mientras tanto, Alfonso era requerido para intervenir en los asuntos del Midí.

La salida de gran número de caballeros del Sur de Francia para la primera Cruzada, produjo inquietudes diversas, y no faltaron quienes se aprovecharon de estas ausencias para medrar a costa de los cruzados. Otros, en previsión de estos peligros, entraban en vasallaje de un príncipe poderoso a quien cedían sus dominios, recibiéndolos luego de él en feudo. Era el modo de procurarse un protector que amparase sus tierras durante una ausencia larga o tal vez definitiva.

Así, el duque Guillermo IX de Aquitania se apodera de Tolosa, mientras su suegro el conde Ramón IV estaba en Jerusalén. Amenazado de excomunión, el duque devolvió el condado (1100) a Bertrán, hijo de Ramón IV. Este murió en Tierra Santa el año 1105. Bertrán, a su vez, movido del mismo ideal de cruzada, partía para Tierra Santa en marzo de 1109, con su mujer y su hijo, Pons, dispuesto a no regresar a sus Estados. Al frente de éstos quedó su hermano, Alfonso Jordán, de seis años de edad, bajo un consejo de regencia. Pero Bertrán, en previsión de posibles peligros, buscó para sus Estados la protección de Alfonso el Batallador.

Al efecto, se presentó en Barbastro (mayo, 1108), con un lucido séquito en el que iba el conde de Pallars entre otros personajes. Bertrán se ofrecía a entregar al rey de Aragón las ciudades de Rodez, Narbona, Béziers y Agde. Si más adelante recuperaba Tolosa, se la daría también con todo el condado tolosano y las ciudades de Cahors, Albi, Carcasona y la parte del condado de Foix que pertenecía al conde de Tolosa, y el rey se las devolvería para que las tuviera en feudo por él. El convenio alcanzaba tanto a ellos como a sus sucesores.

No parece que el rey de Aragón llegara a ejercer ningún poder efectivo sobre estos territorios. Bertrán murió en Tierra Santa poco después (21 abril, 1112), y su hijo Pons fallecía también en Palestina en 1137, sin que sus descendientes directos llegaran a recuperar el condado de Tolosa, que se perpetuó entre los descendientes de Alfonso Jordán.

La fama del rey de Aragón hace que no sea el conde de Tolosa el único cruzado que busque su apoyo. Por estas fechas, Bernardo Atón, vizconde de Béziers, que había regresado de Tierra Santa en 1105, se encuentra con que no puede solicitar la avuda de su señor, el conde Bertrán de Tolosa, por estar en la Cruzada. Acude entonces a Alfonso I v le vende -en fecha imprecisa, pero antes de 1112— la ciudad y territorio de Razès a cambio de 12.000 sueldos de la moneda corriente, ciudad y territorio que conservará en feudo por el rev de Aragón. Bernardo prestó fidelidad a Alfonso I por el «honor» de Razès, comprometiéndose a entregarle la «potestas» siempre que fuese requerido, y a ayudarle contra todos los hombres bajo el cielo, excepto contra el conde de Tolosa y de Rodez. Por eso, cuando el mismo Bernardo Atón presta homenaje de fidelidad a Ramón Berenguer III de Barcelona, le aclara que, en lo que respecta a Razès y a su condado, vea Ramón Berenguer si lo puede recibir del rey Alfonso de Aragón, o bien que, si el rev muere sin hijos, podría también hacerse cargo de esos territorios; en este caso Ramón Berenguer entregaría Razès al vizconde para que lo tuviese de su mano.

La documentación aragonesa nada nos dice de estas gestiones y de estos intereses del rey de Aragón al otro lado del Pirineo. Sólo sabemos que Pedro I había muerto al frente de su hueste en el valle de Arán, cuando sin duda acudía a proteger los intereses de algunos cruzados a Tierra Santa; que desde el año 1108, algún documento pone a Alfonso el Batallador reinando en Arán y en Pallars, y que años después el vizconde Bernardo Atón, cumpliendo deberes de vasallaje, emprenderá la ruta de España cuando Alfonso I prepara el asedio de Zaragoza².

Notas

¹ A. UBIETO ARTETA, Colecc. diplomática de Pedro I, pp. 29, 65, 137 y ss. Testamento de Armengol IV en M. JIMENEZ CATALAN, Apuntes para la historia de Balaguer, Zaragoza, 1913, p. 195. LACARRA, Documentos, núm. 8, 100, 103, 104, 105, 293. A. J. MARTIN DUQUE, Cartulario de Santa María de Uncastillo, en EEMCA, VII (1962), núm. 3, DURAN, Colecc. diplomática de la catedral de Huesca, núm.97, 98, 103, 109. Liber Feudorum Maior, ed. F. Miquel Rosell, núm. 159, 160. J. SOLER GARCIA, El cartulario de Tavernoles, Castellón de la Plana, 1964, núm. 54. C. SANCHEZ ALBORNOZ, ¿Dónde vas Alfonso VI?, en «Príncipe de Viana», 1966, pp. 315-319.

² DEVIC ET VAISSETE, Hist. Générale de Languedoc, III (Toulousc, 1882), pp. 567 yss.; Liber Feudorum Major, núms. 2, 3, 841, 842; R. D'ABADAL, A propos de la «domination» de la maison comtale de Barcelone sur le Midi français, en «Annales du Midi», t. 76 (1964), 329-331; LACARRA, Documentos, núm. 297.

3. El matrimonio de Alfonso y Urraca

Castilla ante los almorávides

A la vez que era requerido para proteger los intereses de los caballeros del Midi que iban a la Cruzada, Alfonso era llamado de modo apremiante para intervenir en los asuntos de Castilla, donde la situación no podía ser más aflictiva.

Recordemos que por estas fechas toda la Península estaba bajo la amenaza del imperio almorávide, que, después de haber sometido a los reinos de Taifas, acentuaba la presión sobre los reinos cristianos. Valencia había tenido que ser evacuada por la viuda del Cid Campeador (1102), al no poder ser defendida por Alfonso VI, y por la ruta de Tortosa los almorávides empezaban a presionar sobre Lérida y Balaguer, según hemos visto. Sólo el reino de Zaragoza se libra de la ocupación de los nuevos invasores africanos, pues Al-Mustain aparecía a los ojos del Islam como defensor de la frontera ante las arremetidas del Batallador. Por eso, de momento, será Castilla la que reciba los más fuertes ataques.

A fines de mayo del año 1108, al atacar los almorávides Uclés, muere el infante don Sancho, heredero del trono de Castilla y León. Con Uclés se pierden Huete, Ocaña y Cuenca, es decir, casi toda la llamada «tierra de la mora Zaida», por suponer la leyenda que correspondía a la dote que había llevado la madre del infante.

Castilla parecía abierta a las más graves acometidas, como en efecto ocurrió cuando en agosto del año siguiente —al mes de muerto Alfonso VI— el emperador Alí desembarca en

la Península, toma Talavera, cerca Toledo durante tres días—que es defendida por Alvar Hañez—, alcanzando y saqueando sus tropas Madrid, Guadalajara y toda la frontera.

Alfonso I de Aragón aparecía en aquellas circunstancias como el único hombre fuerte de la España cristiana.

El problema sucesorio en Castilla

La muerte del infante don Sancho planteaba un gravísimo problema al rey y al reino más importante de la Península. Alfonso VI, viejo y achacoso, se daba perfecta cuenta de ello. Quedaba como posible heredera su hija Urraca, viuda del conde Raimundo de Borgoña, que no había acreditado las dotes de prudencia y firmeza que el estado de los tiempos requería. De aceptarla como reina, era preciso buscarle un marido que ejerciera efectivamente el mando del ejército y dirigiera la defensa de las fronteras. Era, pues, preciso buscar a la vez un marido y un rey.

En aquel verano de 1108 dos tendencias parecían dibujarse en la corte. Una secundada por los eclesiásticos, a cuya cabeza estaba el arzobispo de Toledo don Bernardo, y otra que agrupaba a algunos nobles castellanos. La primera se inclinaba por el rey de Aragón, cuya religiosidad, y la de su dinastía, conocían; los nobles proponían al conde don Gómez González —luego llamado «de Candespina»—, lo que hace pensar que ya Urraca había mostrado alguna predilección hacia él. Estos últimos se reunieron en Magán, cerca de Toledo, y no atreviéndose a insinuar al rey el nombre de su candidato, recurrieron al médico judío que le asistía, Cidello, para que lo hiciera en su nombre. Pero Alfonso VI reacionó tan indignado, que los nobles, asustados, no se atrevieron a insistir.

El rey convocó entonces al arzobispo de Toledo, obispos, abades y a sus consejeros habituales, entre los que estaría el conde de Carrión, pedro Ansúrez, ayo de la infanta, y acordó con ellos que se llamara al rey de Aragón para proponerle el enlace con Urraca. Poco después de tomar este acuerdo, moría el rey de Toledo, el día 30 de junio de 1109.

Rápidamente, sin duda antes de la muerte del rey, se tomaron las primeras decisiones. Ante la curia se formalizaría la institución sucesoria a favor de Urraca. Alfonso de Aragón se trasladaría a Toledo para, una vez aceptada la propuesta de matrimonio, negociar con el rey de Castilla las condiciones del mismo, tanto en los que se refería a la constitución de las arras —que correspondía al marido—, como a la investidura de la soberanía de éste sobre el reino de León a la muerte de su suegro.

Alfonso no podía negarse a un enlace que se le pedía con apremio, y todo debió de tramitarse con gran celeridad. Sobre las personas más responsables de Castilla pesaría el temor a una sucesión femenina, amenazada, además, por un cuñado y una hermana ambiciosos e intrigantes, aparte del peligro almorávide, que a todos tenía sobrecogidos. Al rey de Aragón no dejaría de halagarle la idea de una posible unión, por vía matrimonial, de los dos reinos peninsulares, cuyas fuerzas, aunadas, podrían no sólo contener el peligro almorávide, sino proseguir con éxito sus sueños de guerrero de la Cruz¹.

Alfonso y Urraca

Sin duda un alto ideal movía al rey Alfonso I al aceptar este matrimonio, toda vez que, contra lo que era habitual entre los príncipes de su tiempo, había cumplido los treinta y seis años y seguía soltero.

Es muy posible también que una inclinación natural le apartara del trato con mujeres, manifestada de modo público en todos sus actos, y que trascendió, incluso, al campo musulmán. Refiere Ibn al-Athir, que en cierta ocasión le preguntaron por qué no tomaba ocultamente por concubina alguna de las hijas de los magnates musulmanes que tenía cautivos, a lo que él respondió: «Un verdadero soldado debe vivir con hombres y no con mujeres».

Pero al matrimonio con Urraca, propuesto por el anciano y achacoso monarca castellano, no podía poner excusa alguna una conciencia tan escrupulosa de sus obligaciones como caballero cristiano. Su fe sencilla armonizaba mejor con el ideal caballeresco que peconizaba Gregorio VII: nada de acogerse egoístamente a la vida monástica, abandonando a los pobres, viudas y huérfanos, y a la Iglesia más amenazada que nunca.

Ya que no podía acudir personalmente a liberar el Sepulcro del Señor, pondría sus armas, como un verdadero miles Dei, al servicio de la Cristiandad y de la iglesia amenazada en su patria, donde, como hemos visto, la irrupción almorávide había frenado las victoriosas ventajas alcanzadas por Alfonso VI en Castilla y anulado los éxitos del Cid en Levante, agudizando la secular discordia de cristianos y musulmanes.

La figura de Urraca no podía ser más opuesta a la del rev de Aragón. Casada en primeras nupcias, cuando sólo contaba trece años de edad, con el conde Ramón de Borgoña, había pasado su juventud retirada en Galicia. Ramón, hombre de ánimo débil y poco leal, no gozó de las simpatías de Alfonso VI. En 1093, al nacer el infante Sancho, ve que se le escapa la sucesión del reino y acuerda con su primo el conde don Enrique repartirse el reino de su suegro el día que este muera, postergando así los derechos de su mujer, heredera legítima. Ramón daría a Enrique, según este acuerdo, el reino de Toledo, v de no ser posible, el de Galicia, que lo tendría bajo el señorío de Ramón, y un tercio del tesoro de Toledo si lograban apoderarse de él. Esto y la debilidad que mostró con su primo que, como conde de Portugal estaba bajo su dependencia, hizo que Alfonso mantuviera al matrimonio apartado en tierras gallegas, donde Urraca sería el centro de otra pequeña corte regional en que podría mandar a su capricho.

Casada con un hombre débil y condescendiente, podía ella dar rienda suelta a su carácter dominante e irascible, caprichoso y voluble. A los 24 años tuvo su primer hijo, Alfonso Raimúndez, y el padre encomendó su custodia al conde Pedro de Traba. Es de señalar esta disposición paterna, que parece indicar una cierta desconfianza hacia la madre del niño. Después nació una hija, la infanta doña Sancha.

En 1107 el conde enfermó en Grajal, cerca de Sahagún y falleció poco después (noviembre-diciembre), dejando a Urraca, viuda de veintisiete años, con dos niños pequeños, el mayor, Alfonso, de tres años de edad. Urraca sigue, no obstante, alejada de la sucesión a la corona y relegada a segundo término, ya que el heredero presunto, por el que el enérgico Alfonso VI muestra todos sus afectos, es el infante don Sancho, no obstante lo irregular de su nacimiento.

Pero, impensadamente, la muerte del infante, en 1108, cambiará por completo los destinos de Urraca, quedando abocada a regir los destinos de los reinos de León y Castilla en las trágicas circunstancias que conocemos. Es entonces cuando

Urraca se presenta en la corte del rey su padre, acompañada del arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez. Entonces también conocería al conde don Gómez González y, sin duda, el conde y la infanta mostraron alguna mutua inclinación que explicaría el que los nobles vieran en él al futuro marido de la joven viuda.

La boda y la carta de arras

Una vez enterrado Alfonso VI en Sahagún (agosto), se apresuró la ceremonia de las bodas, que tuvo lugar, con la aprobación general, en el otoño de 1109, en el castillo de Muñó, cerca de Burgos.

Desde luego el matrimonio contaba con el asentimiento del alto clero que lo había aconsejado, y de momento no se percibía ninguna nota discordante. Sólo las Crónicas Anónimas de Sahagún —escritas poco después y apasionadamente hostiles al rey de Aragón— nos hablan de premoniciones desastrosas. Eran, dicen, los días de las vendimias y se anunciaba una gran cosecha de uvas, cuando, la noche «de aquel maldito y excomulgado ayuntamiento» cayó tan gran helada que el vino se malogró, tornándose de un sabor ácido «el qual bebido retorcía las entrañas e purgábalas, no sin gran daño de la salud, así como si más claramente nuestro Señor por gran señal quisiese demostrar aquel ayuntamiento ser fecho para daño e destruición de España, non para conservación della».

Mientras tanto los representantes de los esposos trabajarían en la preparación del contrato matrimonial, muy complejo en este caso, y que además carecía de precedentes.

Con anterioridad a la celebración del matrimonio, y en vida de Alfonso VI, estaría prevista la dotación que, de acuerdo con las costumbres de la época, el marido debía hacer a la mujer (arras), ya que ninguna mujer noble contraería matrimonio sin este requisito. Pero había que determinar, y esto sí que tenía mayor trascendencia política, qué atribuciones tendría Alfonso en los reinos de su mujer, de acuerdo con los móviles que habían aconsejado al rey padre a proponer el matrimonio y, sobre todo, quién sucedería en los reinos de ambos cónyuges en el caso de que el matrimonio tuviera descendencia. En esto no parece que se hubiera pensado cuando con tanta premura se propuso la boda.

Urraca había sido dotada con una serie de castillos en Navarra y Aragón (Estella, Ejea, Huesca, Montearagón, Bespén, Naval...), y ahora se agregó a la donación toda la tierra de Alfonso para que ella pudiera ejercer la soberanía en el reino de su marido, y con la tierra recibió el vasallaje de los hombres de Aragón. Alfonso recibía, en compensación, los reinos de Castilla y León que Urraca había heredado de su padre.

Respecto a la sucesión se prevé que si el matrimonio tiene un hijo, éste heredaría los reinos de sus padres; de no tener hijos, Urraca heredaría el reino de Aragón si Alfonso muere primero; si es Alfonso el que sobrevive, reinaría conjuntamente en su reino y en los de su mujer, pero le sucedería Alfonso Raimúndez, el hijo de ésta, que estaba en Galicia al cuidado del conde de Traba. Así pues, los derechos de éste a heredar preferentemente Castilla y León quedaban preteridos a los de la presunta prole del nuevo matrimonio, y sólo en el caso de que no tuvieran descendencia podría Alfonso Raimúndez heredar sus Estados patrimoniales de Castilla y León, acrecidos ahora con los de su padrastro el rey de Aragón.

Los enemigos del matrimonio

Se prevé entre las cláusulas finales de esta escritura cómo debe procederse si el marido no mantiene decorosamente a su mujer, y si la mujer abandona al marido. Alfonso se compromete expresamente a no separarse «ni por parentesco, ni por excomunión, ni por ninguna otra causa». La carta está fechada en diciembre de 1109. Este atar cabos tan previsoramente indica que en esos días ya se barruntaba —¿se deseaba? ¿se temía? — que el matrimonio podía naufragar.

Como dice Ramos Loscertales, en un hombre propenso a la misoginia como lo fue el Batallador, y poseedor, además, de un profundo sentido religioso, la amenaza de excomunión fulminada desde Roma era una salida demasiado franca para que no escapara por ella, y ésta fue la puerta que trataron de cerrar sólidamente los partidarios de la unidad matrimonial y nacional.

Porque la realidad es que, a la oposición de caracteres, suficiente por sí para la discordia conyugal, o al menos para que no se produjera la íntima compenetración espiritual que diera unidad a la política de los monarcas, se añadían los encontrados intereses que el matrimonio venía a lesionar. Sin duda algunos nobles castellanos que habían patrocinado ante Alfonso VI la candidatura del conde Gómez González, animarían a Urraca, una vez casada, a gobernar sus estados sin la obligada colaboración de su marido. Los que representaban en la corte la tradición y la voluntad del rey padre, apoyarían en esto los derechos indiscutibles del Batallador, provocando con ello una primera y violenta reacción de Urraca, cuya primera víctima fue su ayo y consejero don Pedro Ansúrez. Había sido éste leal consejero del padre de Urraca; le había acompañado en el destierro a Toledo; fue el primero en informar a su señor de que era reclamado como rey de Castilla y León por muerte de su hermano Sancho. Ahora, al incurrir en la ira de Urraca, el anciano Pedro Ansúrez tiene que salir desterrado de Castilla, y es el rey de Aragón quien repara la injusticia caprichosa cometida por su mujer.

En Galicia pronto se alza la protesta del conde de Traba, encargado de la tutela y crianza de Alfonso Raimúndez, cuyos derechos a la sucesión en los reinos de Castilla y León pasaban a segundo término con el nuevo matrimonio de su madre. Este candidato contará pronto con la adhesión del astuto arzobispo de Santiago, en ocasiones con la propia reina para ir contra su marido, y encontrará asenso casi unánime en el alto clero.

Este partido trata de dejar bien sentado que los derechos del hijo de Urraca al reino de Galicia y a una eventual sucesión a los reinos de León y Castilla, arrancan de la última voluntad de Alfonso VI, quien así lo dejó previsto para el caso de que la reina llegara a las segundas nupcias. No hay, pues, rebelión al levantar la bandera de Alfonso Raimúndez, piensan ellos, sino tiranía por parte del segundo marido al combatirla.

Otro sector lesionado —en su amor propio y en sus apetencias de poder— lo formaban los condes de Portugal, doña Teresa, hermana bastarda de Urraca, y su marido Enrique de Borgoña. Tras haber planeado un día repartirse con el conde Ramón los Estados de su suegro, ven ahora a Urraca suceder en la totalidad de la herencia paterna, acrecida con los territorios de Aragón y Navarra. Una corona que abarcara desde Galicia al Cinca, transmitida por el fruto de este matrimonio, anularía para siempre los sueños de expansión e independencia de los condes de Portugal. Teresa y Enrique no dejarían de encizañar todo lo posible el matrimonio de su hermana.

La alusión que se hace en los capítulos matrimoniales a la posible excomunión de los cónyuges por razones de parentesco, indica que alguien había lanzado ya la especie. Este no fue ni el arzobispo de Toledo, Bernardo —que había patrocinado el enlace—, ni tampoco el de Santiago, Gelmírez, indeciso en un principio sobre el partido que había de tomar. Probablemente fue idea del francés Pedro de Agen, obispo de Palencia y primera víctima de las rigurosas medidas de Alfonso I, pues siempre mostró una fiel adhesión hacia la persona de Urraca.

Que el matrimonio era nulo canónicamente es un hecho sobre el que no hay que insistir, como lo fue el de Urraca y Ramón de Borgòña y el de Alfonso VII y Berenguela. Lo importante en este caso, como dice Ramos Loscertales, no es la nulidad canónica, sino el uso y abuso que de ésta se hacía como arma política. Años adelante el propio Gelmírez interpondría sus buenos oficios en favor del matrimonio de Alfonso VII y Berenguela en un concilio presidido en Carrión por el cardenal legado Huberto.

La maraña de intereses encontrados, de esperanzas fallidas, de odios y envidias, arrastraron a los súbditos de Urraca a una lucha civil y enconada, con la secuela de crímenes, saqueos y destrucciones sin cuento, que fue padecida muy especialmente por el pueblo menudo de Castilla. Por la participación que en ella tuvo el rey Barallador y por lo que estos sucesos pueden ayudarnos a conocer mejor la psicología del personaje, haremos una relación sucinta y ordenada de los hechos más destacados.

Primera discordia matrimonial

Durante los primeros meses del año, el matrimonio marcha acorde, al menos exteriormente. Los diplomas, tanto de Aragón como de León o de Asturias, presentan a los dos soberanos reinando en todos sus reinos, o como se dice en uno de ellos, «gobernando la monarquía de toda Iberia... desde los montes Pirineos hasta la vuelta del Océano». Alfonso se ha cuidado de reforzar la frontera, colocando guarniciones aragonesas en algunas plazas amenazadas, como Guadalajara, Gormaz, Segovia y Toledo.

Mientras tanto los nobles de Galicia se agitaban; constituyeron una hermandad para sustraerse a la obediencia del conde Pedro de Traba, que gobernaba el territorio, hermandad que contaba con la simpatía y el apoyo de Gelmírez. A comienzos del verano Urraca y Alfonso acudieron juntos para poner orden. Alfonso es apoyado por algunos nobles y por los burgueses de la ciudad de Lugo. Es entonces cuando el conde de Traba levanta la bandera de su pupilo el niño Alfonso Raimúndez oponiéndola al matrimonio.

La lucha se lleva a cabo con la violencia propia de los tiempos. Alfonso ataca las tierras del conde de Traba, destruye el castillo de Monterroso y saquea el territorio. Los cronistas de Compostela y de Sahagún cargan las tintas sobre la actuación de las tropas aragonesas contra las personas y cosas religiosas.

Es entonces cuando tiene lugar un primer distanciamiento del matrimónio. Según una de las versiones, en el castillo de Monterroso se encontraba un caballero, llamado Prado, bien conocido de la reina, y a pesar de interceder ésta en su favor, no se libró de la muerte. El Anónimo de Sahagún nos presenta a la reina movida de piedad cubriendo con su manto y extendiendo los brazos para protegerle mejor, y al rey, «a manera de bárbaro cruel», matándole personalmente con un venablo.

¿Qué ocurrió en realidad? Si repasamos los hechos veremos que Urraca tenía una verdadera obsesión por imponer su voluntad y un gran temor de que se llegase a suplantar su poder relegándola a un segundo término. Si el rey era un hombre de energía, decidido y buen guerrero, estaba en cambio desprovisto de las cualidades más elementales para contemporizar con su mujer, conduciéndola hábilmente a hacer la voluntad de él de manera que le hiciese creer era la de ella. Por otro lado, en la comitiva de la reina había gente interesada en crear diferencias a los esposos y en ahondarlas. No faltaban nobles partidarios del conde don Gómez González, que trabajaban de buena fe para que la reina reinase sin control. Dos personas que no se entendían y otras que tenían interés en que no se entendieran.

La energía desplegada por Alfonso en la guerra contra el conde, la dureza de la lucha, los abusos que se cometieron, el éxito y el apoyo que encontraba el rey, acaso alguna desconsideración con la reina y la actuación de los murmuradores

a que tan inclinada fue ella, motivaron una separación momentánea. Urraca se volvió a León, mientras Alfonso se quedó pacificando Galicia ².

Zaragoza en poder de los almorávides

Sin embargo, poco tiempo pudo permanecer Alfonso en Galicia, ya que los asuntos de Aragón urgían su presencia.

En efecto, el 24 de enero de 1110, mientras Alfonso se hallaba en los reinos de su mujer, moría en un incidente fronterizo el rey moro de Zaragoza, Al-Mustain; con ello se abría una crisis en la sucesión del último reino de taifas que sobrevivía a la oleada almorávide.

He aquí cómo se habían desarrollado los sucesos. Al-Mustain, que solía residir en el castillo de Rueda para mayor seguridad, bajó con su hijo a Zaragoza para que sus habitantes renovasen el juramento de fidelidad al padre y reconociesen al hijo como heredero del trono. Después proyectó hacer una razzia por la frontera cristiana. Pasó por Tudela y se dirigió hacia Arnedo, apoderándose de sus arrabales, mientras que sus habitantes se defendían en una iglesia fortificada. Se apresuró a pactar con ellos por una suma que le darían y les tomó rehenes en garantía de su pago. Una vez de regreso, lanzó algaras por toda la región, destruyendo, quemando, matando y cautivando cristianos, pero cuando se acercaba a territorio musulmán, en Valtierra, le alcanzó la caballería reunida de aragoneses y pamploneses, saliendo vencedores los cristianos con gran mortandad de enemigos. Entre las víctimas estaba el rev Al-Mustain. La campaña había sido tan corta que apenas duró un mes, y no hubo tiempo ni necesidad de llamar al rev de Aragón. La Crónica de Veinte Reyes añade nuevos detalles sobre la muerte de Al-Mustain: «matolo con su mano Lope Garciez de Viluiello e Martin Lopez de Valtierra. Alli fue preso el conde Ladrón e el conde don Enrique, padre del rey don Enrique de Portogal».

Su hijo Abd al-Malik, titulado Imad al-Dawla, fue reconocido por los habitantes de Zaragoza ese mismo día, después de comprometerlo formalmente a no servirse de los cristianos y no mezclarse para nada en sus asuntos.

Tan pronto como se enteró el gobernador de Valencia, Abd Allah b. Fatima, de la muerte de Al-Mustain, volvió a reavivar su antigua ambición de apoderarse de Zaragoza y se dirigió a ella casi al mes de la batalla de Valtierra. Cuando se acercaba a la ciudad con sus tropas, le rogaron sus habitantes que se retirara y no provocase la revuelta con los que ya habían reconocido a Abd Al-Malik, pues temían que éste llamase de nuevo a los cristianos y se renovase la lucha. En efecto, Abd Al-Malik no se atuvo a las condiciones a que se había obligado de echar a los cristianos, y no tardó en entrar otra vez en tratos con ellos. Los zaragozanos al saberlo llamaron al nuevo gobernador de Valencia, el emir Muhammad b. al-Hayy, el cual se presentó en Zaragoza en la mañana del 31 de mayo de 1110.

Se le abrieron las puertas sin resistencia e instaló su campamento en las afueras de la ciudad; luego ocupó la Aljafería, que encomendó a personas de su confianza, mientras que el hijo de Al-Mustain se refugiaba en Rueda y, finalmente, siguiendo el camino de su padre, entraba en tratos con Alfonso el Batallador.

Alfonso, desde Galicia, se apresuró a regresar a Aragón y se puso en contacto con Abd Al-Malik. Este le ofreció el castillo de Tudela, en cuyas cercanías estaba Ibn Al-Hayy con sus tropas. Regresó éste rápidamente a Zaragoza seguido de Alfonso, que llegó a acampar no lejos de la ciudad. Se organicó la defensa, aunque con poco orden. Alfonso aprovechó la oportunidad para dividir sus tropas en dos cuerpos, uno que atacó al gobernador Ibn Al-Hayy y el otro a su hijo Abu Yahya; este último pereció en el encuentro con algunos de sus hombres. Ocurría esto el 5 de julio.

El rey de Aragón se retiró a Ejea.

Mientras tanto actuaba cerca de Urraca el prudente y leal conde Pedro Ansúrez volviéndola de su actitud y decidéndola a ponerse al frente de un ejército para marchar en apoyo de su marido. A mediados de agosto llegaba a Nájera, e iban en su comitiva, además del conde Pedro Ansúrez, su antiguo pretendiente Gómez González, el conde Pedro González y otros personajes de Castilla y Navarra.

En Aragón permanecieron los reyes hasta octubre, en que regresaron a Castilla. Todavía Alfonso hizo algún viaje a tierras de Aragón, aunque por breve tiempo, ya que los asuntos de Castilla y León se iban agravando por momentos ³.

Alfonso se enemista con el clero y se gana a los burgueses de Castilla y León

La paz matrimonial parecía restablecida y, lo que parecía más difícil, se había aceptado la fórmula contenida en las capitulaciones de que uno y otro fuesen reyes conjuntos de los reinos de los dos.

En efecto, mientras Alfonso iba recibiendo el homenaje de los señores de Casulla y León, se estimó oportuno enviar a Urraca a que hiciera lo mismo en Aragón. «Que la reina—como dice el Anónimo de Sahagún— se fuese a Aragón a recebir e disponer el reino de su marido, e el rey quedase semejantemente a andar e disponer el reino de su mujer, e cada uno donde quiera que fuese podiese tomar juramento de fee por el otro quasi por sí mesmo, e ansí el espanto e miedo atemorizase a los enemigos dellos».

Era la misma fórmula que, con mayor éxito, había de ensayarse siglos después con los Reyes Católicos. Pero, como dice Menéndez Pidal, en el caso que nos ocupa faltó todo: el genio político, la concordia conyugal y la prole.

En León, Alfonso tenía que hacer frente a nuevas dificultades. Le acompaña una hueste de aragoneses y navarros, en la que figuran, entre otros, el vizconde de Gerona, señor de Ager, Geraldo Ponce, Sancho Juánez, a quien veremos de señor de Huesca, Castán de Biel y otros varios. Alfonso no sólo recibe el homenaje de los tenentes de diversas fortalezas y ciudades, sino que en ocasiones pone al frente de las mismas a aragoneses de fidelidad bien probada. Así, al mando de la villa de Sahagún pone a Sancho Juánez (Sanchianes), como más adelante encargará del gobierno de la abadía a su propio hermano el monje Ramiro.

Ante la noticia de las primeras discordias matrimoniales, redoblaron sus esfuerzos los partidarios de la disolución del vínculo.

Los eclesiásticos, que esperaban ver aumentada su influencia con el rey de Aragón, influencia que se había visto frenada en ocasiones por la autoridad de un rey enérgico, como lo fue Alfonso VI, se sienten postergados. Se dice que el arzobispo de Toledo, Bernardo, había recibido un despacho pontificio con el encargo de disolver el matrimonio, lo que había comunicado a la reina cuando estaba en Sahagún, en presencia

de los obispos de León y Oviedo, y que ella lo aceptó de buen grado «por cuanto avia ocasión de se partir de el marido, lo qual ella deseaba». Así, al menos, lo afirma el monje Anónimo de Sahagún.

Lo que sí es cierto que el rey, desconociendo la autoridad moral y la fuerza material que en Castilla y León tenía el alto clero, prescindió de su consejo. Educado en un pequeño reino, con un alto clero pobre y de escasa influencia política, trasladó a una monarquía mucho más extensa —y carcomida por sordos odios en las clases altas— un sistema de gobierno más personal y a la vez más patriarcal, que a él le era familiar. En todo caso, esta ignorancia no le acredita de político sagaz. Por eso, exagerando la nota, le acusará Urraca de que se avergonzaba de recibir el consejo de los sabios y nobles varones de Castilla.

A ello se añadían las revueltas sociales. Labradores y burgueses hacen hermandad y se levantan en todas partes contra sus señores, negándose a prestar servicios y a pagar impuestos. Los burgueses de Sahagún, en pugna tradicional con su abad, se ponen de parte del rey de Aragón. El abad, Diego, tiene que dimitir y es elegido García, que, ordenado por el arzobispo de Toledo, muere a los ocho días. Eligen luego a Domingo, que tiene que dimitir también (diciembre 1110-marzo, 1111).

Todos los burgueses del reino, lo mismo los de Burgos que los de Carrión, se suman a los de Sahagún, y toda la tierra de Castilla, desde los montes de Oca al Esla, y hasta Zamora y el Duero, se ponen de parte del Batallador. Junto a los burgueses de Sahagún, que podían sentirse movidos por resentimientos sociales, están los guerreros de la frontera —los «caballeros pardos», como se les dice— entusiastas defensores de la persona y derechos del rey de Aragón 4.

Prisión y fuga de Urraca

Mientras tanto, el abad depuesto de Sahagún, Domingo, sale para Aragón a fin de informar a la reina de todos estos sucesos y atraerla a su partido. Sus palabras se dirigen a despertar las fibras sentimentales de la reina, recordándole sus derechos y ascendencia y excitando sus rencores, ya olvidados, hacia su marido. Los días que había pasado en Aragón, con

su corte adulatoria de nobles aragoneses y castellanos, la habían hecho sentirse, una vez más, reina sin limitaciones ni cortapisas.

Al escuchar al abad, las lágrimas asoman a sus ojos, y según la versión del monje de Sahagún, exclamó: «Cuando el abad que guarda los restos de mi madre y vive de sus limosnas, no consiente el rey que viva en paz, no cabe duda que en su corazón me guarda un odio y una enemistad profundas».

Aconsejada por algunos de su séquito, soltó los rehenes que estaban en poder del rey de Aragón y que respondían de la actitud pacífica de Imad Al-Dawla, recibiendo a cambio gran cantidad de oro y plata. Con este dinero compró la voluntad de algunos nobles de Aragón y atrajo hacia sí a otros que el rey tenía castigados. Tal vez haya que relacionar con la estancia de Urraca en Aragón la rebelión de García Sánchez, primo carnal de Alfonso I —como hijo del conde Sancho Ramírez— en Atarés, según nos informa un documento del Archivo de San Juan de la Peña. Muy en secreto rogó también Urraca al abad Domingo que escribiera de su propia mano y en su nombre a los nobles que tenían las fortalezas de Castilla y León, para que no obedecieran las órdenes de su marido.

Pronto se enteró Alfonso de las arbitrariedades de su esposa, y muy especialmente de la devolución de los rehenes, con que Urraca malbarataba toda su política de intervención en los asuntos musulmanes, como paso previo a la conquista de Zaragoza. Regresó inopinadamente a Aragón y la encerró en la fortaleza de El Castellar. La entrevista no pudo ser más violenta, si pensamos que no parece haber sido la paciencia una de las virtudes dominantes de Alfonso, ni la dulzura en el trato una de sus cualidades. A ella creo que aludía Urraca cuando, poco después, se quejaba al conde Fernando García de que «no sólo me había injuriado continuamente con groseras palabras, sino que muchas veces ha llenado de confusión mis mejillas con sus inmundas manos, y hasta ha llegado a herirme con sus pies».

Quitando todo lo que haya de pasión en esta catilinaria de Urraca contra su marido, al que califica de «celtíbero cruel», y de exageración y de malicia en los autores de la *Historia Compostelana*, que nos las refieren, no cabe duda de que la ocasión no era para menos.

Sin embargo, las enérgicas medidas de Alfonso sólo sirvieron para que el matrimonio, ya espiritualmente escindido, naufragara completamente.

Urraca distribuyó entre los nobles aragoneses parte del oro y plata obtenidos de Imad al-Dawla, y luego con la complicidad de sus favoritos, Gómez González y Pedro González de Lara, escapó de la fortaleza reintegrándose a su reino, mientras que el rey enfermaba gravemente en el castillo del Milagro. La reina con su séquito se dirige a Burgos, donde ocupa el castillo, en manos de los aragoneses, aunque luego sus gentes—enteradas, sin duda, de la nueva discordia conyugal—, se apresuraran a enviar mensajeros a Alfonso, a la vez que daban aviso a los burgueses de Carrión y de Sahagún del nuevo giro que tomaban los asuntos del reino ⁵.

Urraca solicita el apoyo del conde de Traba

Para estas fechas se van definiendo con claridad dos tendencias en relación con el matrimonio: una que estimaba necesaria la continuidad de la unión conyugal como garantía del mantenimiento de la paz pública y de la integridad del reino—que era la predominante en gran parte de la nobleza leonesa-castellana y, sobre todo, en la burguesía—, y otra que consideró inaceptable la unión como anticanónica, inclinándose a reconocer los derechos del infante Alfonso Raimúndez, bien por razones de necesidad pública o fundándose en bases jurídicas.

Para los interesados directamente, el marido y la mujer, la unión, falta de todo lazo espiritual, era ya en este año una necesidad pública. El aceptó la carga y hay que suponer que con orgullo. Era hombre que casualmente había llegado al trono navarro-aragonés y casualmente vio abierta la sucesión de toda España cinco años escasos después, encontrándose al frente del Estado más grande que, desde la época visigoda, existiera en la Península. Su mujer había sido el instrumento del engrandecimiento insospechado desde el primer momento, pero le faltó el tacto necesario para utilizarlo.

Para la reina, el rey consorte era un estorbo para el ejercicio del poder real que ansiaba, y el marido el único obstáculo de otra posible unión feliz, y no aceptó la carga. El único temor que mantenía a la reina dentro del matrimonio era que muchos

de aquellos en quienes necesitaba apoyarse contra el rey eran partidarios de la unión y la habían impuesto después de la ruptura por razón de estado, razón que ella no percibió ni un solo momento; se plegaba en esta ocasión, como en las sucesivas, por motivos, no por razones. El menor esfuerzo bastaba para conducirla al divorcio tan pronto tuviese una relativa seguridad de encontrar un partido y un ejército en qué apoyarse.

Mientras el rey hacía efectiva su autoridad en Toledo y en otras plazas, según veremos, Urraca, apartada de la presencia de Alfonso, se encontró cercada por las amenazas eclesiásticas, que le proporcionaban cuidados porque eran el anuncio de la pérdida del reino y, sobre todo, por las gestiones de sus partidarios —de los de su persona—, que la querían a ella sola y sólo a ella, lo que halagaba a la vez su vanidad de reina y de mujer. Entre ellos figuraba Pedro, obispo de Palencia, y los condes Gómez González y Pedro González de Lara. Estos dos últimos buscaban también a la mujer.

No parece que los dos condes dispusieran de muchas fuerzas, y su presencia constante en la corte más le daña que le favorece al poner su honorabilidad en entredicho. La situación de Urraca no podía ser más desairada. Todas las ciudades castellanas y los hombres de la frontera estaban con Alfonso. La mayoría de la nobleza, acatando la voluntad del rey padre, está también con el matrimonio. Al sentirse abandonada de todos, se acuerda por primera vez de su hijo Alfonso Raimúndez y pide apoyo al partido gallego del conde de Traba, prometiendo que hará coronar a su hijo como rey.

Los nobles de Galicia se ponen rápidamente en camino, pero al acercarse a León les llega el rumor de que Urraca ha hecho las paces con su marido. Continúan su camino, y cuando se aproximan a Castrojeriz el rumor se confirma. La situación no puede ser más delicada. Llevan consigo al infante niño, y mientras unos parecen inclinarse a seguir el partido de la reina, otros, como el conde de Traba, solicitan rápidamente el consejo del conde don Enrique de Portugal y deciden, de acuerdo con él, regresar inmediatamente a Galicia, no sin antes prender a algunos de la comitiva que se resistían a reconocer al infante como señor de Galicia.

Las aventuras de la comitiva del niño Alfonso no terminan aquí, pues a cambio de la libertad de los nobles gallegos

retenidos, obtiene el conde de Traba que le cedan el castillo del Miño —tal vez Santa María de Castrelo, a orillas del Miño, cerca de Rivadavia—, para instalar en él como lugar seguro al infante con su aya la condesa. Allí, para colmo de las desgracias, la condesa y el infante se verían sitiados por la gente de la comarca, que andaba sublevada. El mismo arzobispo Gelmírez, que acudió para mediar en la capitulación, se vio apresado durante cinco días por los sitiadores, propagándose el tumulto hasta la misma ciudad del Apóstol.

¿Cuál había sido la causa de este cambio tan rápido e inesperado en la actitud de la reina? ⁶.

Vuelta a la unión conyugal

Sin duda la causa fue la aparición en escena de Enrique de Portugal, que con su esposa Teresa renuevan las pretensiones, ya antiguas, al reparto de la herencia de Alfonso VI. El matrimonio de Alfonso y Urraca había contenido de momento sus apetencias. Es posible que Enrique fuese a Francia en busca de un apoyo que no encontró. Pero ahora, al ver desunido el matrimonio, sus esperanzas aumentan, apoyándose para ello en uno u otro de los cónyuges, según las circunstancias.

Alfonso, tal vez para prevenir cualquier contingencia, pasó a Toledo, donde entraba el 18 de abril de 1111. Una vez allí se decidió a actuar contra el jefe del partido eclesiástico, el arzobispo don Bernardo, quien después de haber sido el principal consejero del matrimonio, amenazaba con la excomunión a los cónyuges si no rompían un vínculo a todas luces ilícito; el arzobispo fue desterrado. Dada la concepción que Alfonso tenía del poder real, que era, en general, la de su época, don Bernardo era un señor rebelde y como tal fue tratado. Pero la habitual energía del rey ponía aquí al descubierto su inhabilidad política, dado el puesto que don Bernardo ocupaba en la jerarquía eclesiástica y sus relaciones con Roma.

Alfonso y el conde Enrique de Portugal

A Alfonso llegaron noticias de la maniobra de su mujer, tal vez a principios de septiembre, maniobra que lo ponía en

situación delicada, y desde Burgos comenzó a hacer los preparativos indispensables para contrarrestarla. De una parte buscando dinero con el fin de armar sus huestes, en los únicos lugares que de momento podían proporcionarlo por sus reservas, en objetos, de metales preciosos fácilmente monetizables, es decir, en los monasterios, que eran los bancos de la época, y para ello entregaba bienes inmuebles del patrimonio de su propia mujer. De otra parte, iniciando un acercamiento al conde de Portugal.

La alianza de ambos se hizo, al decir del monje de Sahagún, a base de «que todo aquello que del reino de la reina ganasen, fuese partido por la mitad ente amos a dos». Pero aquí se ve una vez más la malevolencia del monje historiador, pues la realidad fue algo más modesta. El precio fue el señorio sobre dos de las ciudades occidentales leonesas, Astorga y Zamora, y parece que por poco tiempo tuvo también el señorio de las tierras de Oca, todo bajo la autoridad del rey Alfonso. Bien poca cosa para las pretensiones del conde francés, que había aspirado al reino de Toledo o al de Galicia.

El rey, de momento, salvaba la situación evitando que Enrique se inclinara del lado de los gallegos o de los castellanos. Alfonso actuó así como soberano del reino de su mujer, fija la vista en lo que exigían de él una parte de los hombres de la tierra: que se mantuviera como rey, defendiéndose de sus enemigos, y tales lo eran los dos condes castellanos y el gallego conde de Traba.

Contra los condes castellanos, que amenazaban más de cerca, decidió actuar inmediatamente el rey de Aragón, y unida su hueste a la portuguesa marcharon contra el ejército de los dos condes, al que encontraron el 26 de octubre de 1111 en las inmediaciones de Sepúlveda, en el llamado Campo de la Espina. Apenas trabada la batalla, el conde de Lara, que mandaba la vanguardia, se puso en franca fuga con su mesnada, encontrando la derrota y la muerte el desgraciado conde Gómez González, que estaba «unido a la reina —dice un cronista castellano— por una familiaridad más allá de lo conveniente». El fin que perseguía el conde de Lara era, según refiere al menos la tradición histórica castellana, anular a su rival para ser él sólo favorito de Urraca 8.

Urraca busca el apoyo del conde de Portugal y se arrepiente

La batalla del Campo de la Espina (Candespina) fue para Urraca un duro golpe en su doble condición de reina y de mujer. El triunfo de su marido era un porvenir de sumisión. Urraca se escapó de Burgos con el conde de Lara, refugiándose en la fortaleza de Monzón de Campos.

Los nobles de su séquito enviaron mensajeros al conde don Enrique afeándole su conducta para con la reina y proponiéndole que se apartara del rey de Aragón, pues ellos gestionarían que Urraca partiese con él el reino «con suerte fraternal». Le recordaban la antigua amistad que les había unido como compañeros de armas y le decían que «él sería capitán dellos e principe del exercito».

Enrique da oídos a las sugerencias de estos nobles, y «como quien va a ver sus heredades, partiose del rey». Se pone al habla con el poderoso conde Fernando García —hijo, al parecer, del destronado rey de Galicia, don García, hermano de Alfonso VI y, por tanto, primo carnal de Urraca—, y decide ir al encuentro de ésta al castillo de Monzón de Campos, donde la reina confirmó el pacto hecho por su marido.

No faltaron mensajeros que llevaron esta noticia al rey, quien para asegurarse de cualquier sorpresa se dirigió al castillo de Peñafiel, fortaleza inexpugnable, donde se le juntaron los «caballeros pardos» de la frontera sur del Duero. Allí acudieron la reina y el conde Enrique con mucha gente de a pie y de a caballo, que no pudieron asaltar el castillo y se limitaron a saquear las tierras de alrededor.

Mientras tanto llegaba desde Coimbra doña Teresa, la hermana de Urraca y mujer del conde Enrique, con grandes prisas por obtener el poder, que ya veía próximo. Incitaba a su marido a proceder primero al reparto del reino, antes de echar al rey. Insistía porfiadamente en que era un gran engaño emplear el propio esfuerzo en salvar el honor y el reino de otro, y sudar por perseguir al rey de Aragón. Además, «como es costumbre en lenguas lisonjeras», dice el monje de Sahagún, Teresa «era ya llamada reina de los sus domésticos e caballeros, lo qual oyéndolo la reina mucho mal le sabía, mayormente como se viese destraida e desamparada del solaz varonil, e a su hermana verla con el ayuntamiento de varón sobresalir».

Urraca se siente postergada en su condición de reina y de mujer, y apremiada insistentemente al reparto del reino, llama ocultamente a un consejero de su marido, Castán de Biel, y decide reintegrarse a la vida matrimonial. Los ejércitos de las dos hermanas levantaron el cerco de Peñafiel, dirigiéndose hacia Palencia, donde reunidos nobles y prudentes varones de una y otra parte «comenzaron a partir e dividir el reino por igual suerte.».

En el reparto, hecho en Palencia, correspondieron a Enrique, entre otras ciudades, según el monje Anónimo de Sahagún, la de Zamora y el castillo de Cea, y este último fue inmediatamente entregado al conde. En el texto de dicho reparto conservado en el Liber Fidei de Braga, se enumeran una serie de ciudades comprendidas entre Zamora y Sanabria por el norte, Talavera y Coria por el sur, y Avila, Arévalo, Olmedo y Tudela del Duero por el este, incluyéndose entre las adjudicadas a don Enrique las plazas de Salamanca, Toro y Medina.

La reina y Teresa salieron hacia León, mientras Enrique era enviado a tomar posesión de Zamora, pero con tropas de la reina, que llevaban órdenes secretas de no entregar la ciudad al conde. La reina había avisado también a los ciudadanos de Palencia, por medio de Fernando García, para que, tan pronto como se presentara allí el rey de Aragón, le abrieran las puertas, y las mismas instrucciones dio en la villa de Sahagún, a donde se dirigió enseguida. Urraca dejó a su hermana en Sahagún y ella siguió para León.

Irritado Enrique por el cambio de actitud de Urraca —a punto había estado Teresa de caer prisionera del rey en Sahagún— y por el fallido reparto del reino, se dirigió contra los esposos y los tuvo cercados en Carrión. Pero el asedio fue breve. Enrique pensó que pronto se arrepentiría Urraca de la nueva aproximación a su marido —como así fue en efecto—y levantó el campo 9.

Urraca se aproxima al partido gallego

En la larga exposición de estos acontecimientos hemos encontrado una mujer caprichosa, la reina; un hombre enérgico y buen guerrero pero mal político, el rey; una serie de personajes de segundo término leales, como Pedro Ansúrez y el conde de Traba; intrigantes, como Gómez González y el conde de Lara; vacilantes, como el arzobispo Bernardo, pero ninguno inteligente y hábil que fuese hurtando los acontecimientos y sacando partido de ellos para llevar a buen término su designio. Este hombre lo proporcionó Galicia en la persona de Diego Gelmírez.

Cautamente había mantenido una actitud expectante a fines de 1109, todo el 1110 y parte del 1111, en el que los acontecimientos de Galicia le llevaron a convertirse en el director del partido del infante, sustituyendo al leal, pero torpe, conde de Traba. El conocimiento del estado de las cosas en León y Castilla le permite tomar una posición clara y definida, decidiéndose por el infante don Alfonso. Envió mensajeros secretos a la reina, para contar con su apoyo, y se decidió a coronar al infante como rey de Galicia el 17 de septiembre de 1111, cuando sólo tenía seis o siete años de edad.

Urraca consultó, como en otros casos difíciles, con Fernando García, «noble y sabio conde», como le llama la Historia Compostelana, cuyo consejo fue favorable a las propuestas de Gelmírez. La conducta de Urraca había decepcionado a todos, y todos la abandonaban. El apoyo de Gelmírez y la bandera de su hijo eran su última esperanza.

Gelmírez decidió poner inmediatamente al hijo en manos de su madre y salió con un corto ejército en dirección a León. En el camino pasaron por Lugo, ciudad partidaria del rey de Aragón y la someten. En la expedición iban con el príncipe el conde de Traba, el obispo Gelmírez y el legado de la reina don Fernando. Pero el Batallador anduvo más rápido que el nuevo enemigo que surgía en Galicia, y en Viadangos —entre Astorga y León— apareció cortándole el camino. El conde Fernando murió en el combate, don Pedro de Traba fue hecho prisionero, pero Gelmírez se las ingenió para escapar de la persecución y puso al niño en manos de su madre, volviéndose a toda prisa a Galicia. Esto ocurría a fines del año 1111. La reina se refugió con su hijo en Monzón, plaza que fue atacada por Alfonso I 10.

La lucha entre el matrimonio

Como el único apoyo firme de Urraca está ahora en Galicia, trata de ponerse en estrecho contacto con Gelmírez. Para ello deja a su hijo en Monzón, bajo la custodia de nobles castellanos, y en pleno invierno emprende el camino de Galicia. Como la ruta directa estaba cortada por los partidarios de Alfonso, va por los montes astures a Oviedo, de donde pasa a Lugo y de aquí a Santiago, desde donde convoca la curia para la Pascua de 1112.

El matrimonio podía considerarse como definitivamente deshecho. El último golpe que había recibido era muy duro, y desde luego era imposible de restablecer la compenetración de espíritu necesaria entre los cónyuges, sobre todo después de la prisión de El Castellar. Solamente factores políticos podían actuar para un acercamiento de intereses, no de espíritu, acercamiento que forzosamente tenía que ser efímero.

Para hecer la guerra contra su marido, necesitaba dinero, y Urraca lo halló en Gelmírez a cambio de la donación de un infantazgo a Santiago. Le interesaba también atraerse al conde Enrique, no obstante la malquerencia que hacia él sentía, y consiguió su ayuda a cambio de ofrecimientos de reparto de tierra.

En la primavera de 1112 Urraca, al frente de su hueste, se dirige a tierras de León. En Astorga se ve obligada a detenerse para dar descanso a las tropas y a los elementos auxiliares que llevaban los bagajes, fatigados por el paso de los montes, que un invierno tardío hacía difíciles de atravesar. Aprovechando este descanso envió pregones a sus fieles de Castilla, Asturias y Tierra de Campos para que reforzaran su ejército. Los nuevos elementos convocados fueron llegando velozmente y levantaron sus tiendas y pabellones en torno a la ciudad.

Alfonso, mientras tanto, congregaba ocultamente su ejército. El núcleo principal lo constituían las milicias burguesas de Nájera, Burgos, Palencia, Carrión, Zamora, León, Sahagún y otros núcleos de población. Todos éstos, dice la Compostelana y otra abundante turba de réprobos llenos de graves maldades e infamias: homicidas, malhechores, fornicadores, adúlteros, ladrones, malvados, raptores, sacrílegos, encantadores, adivinos, ladrones odiosos, apóstatas execrables. Esta turba que rodeaba al «impío aragonés» no dejó muy grato recuerdo de su paso por tierras de Castilla y León, sobre todo en los señoríos eclesiásticos. Para hombres que tenían una concepción perfecta de la jerarquía feudal, era la revolución en marcha.

Con estas fuerzas sitia la ciudad de Astorga, sin éxito por una y otra parte; al Batallador le es difícil mantenerse en un medio hostil; además una expedición de caballería que le enviaban desde Aragón es derrotada. Alfonso levanta el asedio y marcha a Carrión con escasas fuerzas, y allí estuvo cercado por su mujer durante algún tiempo.

Por otra parte, Alfonso había continuado a fines del año anterior su ofensiva contra el alto clero: los obispos de Palencia, Osma y Orense fueron apresados, los de Burgos y León expulsados y el abad de Sahagún sustituido por su hermano Ramiro, monje de San Ponce de Tomeras. Esto y el estado anárquico en que se desarrollaban las cosas en España, movieron a Roma a enviar un legado para que, enterado del desarrollo de los sucesos, pudiese informar exactamente al papado con objeto de que éste interviniera en debida forma.

Durante este año de 1112 el abad de Chiusa recorre España recogiendo sus informes. No hay qué decir que el que recibe de Gelmírez es tajante: «!Que Dios libre a España de la boca del león sanguinario! Y puesto que entre el rey de Aragón y la reina Urraca su consanguínea existe ya la separación y desunión, permanezcan, como es justo, separados. Debemos empeñarnos y resistir con todas nuestras fuerzas de cuerpo y alma, porque no vuelva jamás entre ellos aquella ilegítima unión... Porque, si este ilícito casamiento del lobo aragonés con nuestra reina Urraca se consolidase —lo que Dios no permita- muchos seguirían su ejemplo, y este horrendo hecho de las uniones ilegales prevalecería en estas partes occidentales. Y la Santa Madre Iglesia se vería arruinada y destruida». La alusión al parentesco entre los cónyuges era muy oportuna para dirigirse al enviado pontificio, pero nadie duda que sobre el ánimo de Gelmírez pesaban más otras razones, que no podía ocultar. Ni el parentesco de Urraca con su primer marido, ni el de sus padres había provocado la indignación del clero nacional.

El rey de Aragón, con objeto de asegurar sus líneas de invasión y su retirada en caso de peligro, y también para ensanchar sus tierras patrimoniales con aquellos territorios que antes habían pertenecido a la corona de Navarra, entregó el señorío de las plazas del Oeste a vasallos de Aragón: Cerezo, Belorado, Grañón, Nájera, Calahorra, etc. 11.

Nuevos pactos entre el matrimonio

A lo largo de los años 1111 y 1112 bandas incontroladas recorren los caminos y los campos, pues no hay una autoridad, o mejor, no hay conciencia de cuál sea la autoridad legítima. Un documento castellano nos cuenta cómo los combatientes de uno y otro bando se tomaban mutuamente cautivos, «como si fuesen sarracenos y cananeos» y los encerraban en duras prisiones con grandes hierros, sometiéndolos al tormento del hambre, la sed y la desnudez hasta que eran redimidos. No sólo causaban estos males a los que militaban en los ejércitos, sino que saliendo de las ciudades y castillos se dedican a saquear la tierra, violando monasterios e iglesias de las que se llevan los ornamentos sagrados «como si fuesen herejes y cismáticos»; se llevan también el pan y el vino y toda clase de animales, tomando cautivos a los hombres, que eran sometidos a toda clase de torturas para que se redimieran por lo que en realidad no tenían. Tan desolados estaban los campos, que sus gentes se refugiaban en las ciudades y castillos, v aún en las cuevas.

Los daños alcanzaban igualmente a los hombres de las ciudades, burgueses casi siempre de origen extranjero, que se dedicaban al comercio a lo largo de la ruta de Santiago. Nobles y burgueses gestionan una nueva reconciliación del matrimonio, renovando el pacto acordado anteriormente en Peñafiel. De él tenemos dos versiones, apasionadas las dos, una procedente del monasterio de Sahagún, la otra recogida en la Historia Compostelana.

En sustancia, según el monje de Sahagún, Alfonso se había comprometido en Peñafiel a no tener guarnición, castillo o villa del reino de Urraca en poder de aragoneses, sino que las entregaría a nobles de la tierra, con consejo de la reina, como mejor le pareciese; si quería Alfonso traer en su hueste franceses y aragoneses, podía hacerlo con tal que no pasaran de cien los jinetes. Estos guerreros habían de estar a sueldo, no pudiendo recibir fortalezas por sus servicios.

Según la Compostelana, nobles y burgueses se juramentaron para que si el rey de Aragón injuriaba a Urraca, «como solía hacerlo», y rompiendo la paz traspasaba el pacto establecido entre ambos, nobles y burgueses se pondrían de parte de la reina, pero que si era la reina la que injuriaba al rey, se pasarían al lado de éste. El pacto, así concebido, era lo bastante vago para que admitiera toda clase de interpreta-

En efecto, ambos cronistas achacan su incumplimiento al rey de Aragón. La realidad, sin embargo, parece ser muy otra, pues pronto la reina se vio abandonada de todos, especialmente de los castellanos. Este abandono castellano de la causa de la reina levanta la indignación de la Compostelana, que lo atribuye a cobardía: «porque si bien en Castilla, dice, había número superior de caballeros que podían, si no les faltara valor expulsar de allí facilmente a los aragoneses, con todo no se despertaba en ellos de modo alguno el arrojo antiguo».

Así pues, en 1113 el pacto entre los esposos podía darse por deshecho 12.

Gelmírez acude en socorro de Urraca

Al verse otra vez aislada, Urraca pide auxilio a Gelmírez para ir contra su marido. La carta que le dirige dice así:

«Venerabilísimo padre, dígnese vuestra Santidad reunir tropas y salir a campaña, y exhortar y amonestar a todos los próceres de Galicia, para que sin pérdida de tiempo vengan en mi ayuda y en la de mi hijo el rey Alfonso; pués el tirano aragonés asuela terriblemente a mi reino, y no hay quien pueda resistir a su fiereza. Por tanto vuestra paternidad obligue a los gallegos a que vengan prontamente a la guerra; ni tan sólo obligueis a los cónsules, magnates y demás caballeros de Galicia a que se pongan en marcha, sino que también vos mismo, reunidos vuestros caballeros no rehuseis venir en compañía de ellos, porque si aquel impío lograse abastecer los castillos de dinero, armas y demás cosas necesarias, antes que Galicia me envíe sus fuerzas, nada aprovechará después su llegada; y para el año próximo será imposible rendir las fuerzas enemigas».

La realidad era que sólo los gallegos amparaban a la reina en los momentos difíciles, y que el verdadero rector de la política gallega era el obispo Gelmírez.

El obispo convoca a los gallegos, y el 30 de mayo de 1113 salen en ayuda de Urraca. Pronto les llegaron rumores de que la reina estaba enojada con los gallegos, y que descargaría sus iras sobre algunos de ellos por no haberla socorrido a tiempo;

en Astorga los rumores se fueron confirmando; Gelmírez decidió enviar unos emisarios, que encontraron a la reina en Carrión. Todo había sido una añagaza de los nobles gallegos Arias Pérez y Fernando Sánchez, enemigos de Gelmírez y del conde de Traba, a los que Urraca había prestado oídos. Ante la amenaza de retirarse toda la hueste, la reina cede, pero al aproximarse a Carrión, no fiándose de la reina, exigen prendas de seguridad antes de presentarse a ella, temeroso don Pedro de Traba y otros nobles gallegos de que Urraca vuelva a hacer caso de delatores y chismosos.

Mientras se llevaban a cabo estas negociaciones llegó la noticia de que el Batallador se dirigía a Burgos para abastecer su castillo, que se hallaba rodeado de gentes leales a la reina.

En una noche tempestuosa las tropas gallegas corrieron hacia Burgos, lo que sirvió para que Alfonso renunciase a ir en auxilio de los sitiados. Estos pidieron quince días de tregua para ver si llegaba el socorro del rey, y expirada ésta, se entregaron.

Alfonso recurrió entonces a otro expediente: enviar legados a Urraca proponiendo, una vez más, una alianza. Sabía muy bien lo que se hacía. Gelmírez se vio sorprendido al ir a despachar con la reina, según costumbre, con que en la cámara estaban los enviados del rey de Aragón; su sorpresa iba en aumento al ver que «a tan sacrílegos consejos» asentían todos los presentes, especialmente los franceses —es decir, los burgueses o mercaderes—, pero allí había también gallegos, asturianos, leoneses, gentes de la Tierra de Campos y otros muchos.

Rápidamente condujo a todos al claustro de Santa María, y después de escuchar a los legados del rey de Aragón, en presencia de la reina les dirigió una encendida arenga: «Acabais de escuchar a los mensajeros del rey de Aragón y habeis asentido a sus palabras. Oid ahora al mensajero del Rey omnipotente y guardad sus mandatos en lo íntimo de vuestro corazón». Pero la mayoría de la asamblea recibe con tal hostilidad su discurso, en el que amenazaba con excomunión a los defensores de toda unión matrimonial, que Gelmírez tuvo que escapar rápidamente protegido por sus soldados. Todavía al pasar por Carrión fue recibido tan rudamente por los burgueses, noticiosos de lo ocurrido en Burgos, que tuvo que salir disfrazado de mercader: con una capa roja y un

sombrero lombardo. Todo el camino lo hizo en adelante perfectamente escoltado por sus mesnadas y esquivando las celadas que le tendían por todas partes. Hasta que no penetró en Galicia no se sintió seguro.

Todo ello muestra las escasas simpatías que el partido gallego gozaba en Castilla y León; los fuertes apoyos que entre los burgueses tenía el rey Batallador, que era una garantía de orden y, por tanto, de prosperidad para sus negocios, y que la nobleza se hallaba dividida: unos adheridos a la legalidad establecida por Alfonso VI al acordar el matrimonio, y a la vez temerosos del desorden que suponía el estar mandados por una mujer cuya versatilidad era manifiesta; otros adheridos a la persona de Urraca por móviles más o menos nobles, o resentidos de que Alfonso, de acuerdo con los pactos matrimoniales, hubiera encomendado algunas fortalezas de Castilla a gentes de su confianza personal.

Sobre todos estaba latente el problema de la frontera con el Islam. En mayo de 1111 el gobernador de Sevilla, Sir, toma Santarem, Oporto, Evora y Lisboa, y aunque Cuenca es recobrada en julio por Alvar Hañez, Toledo sigue amenazado y los monjes de San Servando tienen que abandonar su monasterio saqueado por los almorávides; poco después Mazdali, gobernador de Córdoba, Granada y Almería, hace una expedición contra Guadalajara, que fracasa; Alvar Hañez es cercado en Montesant y el peligro almorávide llegó hasta Berlanga, para donde tuvieron que acudir desde Burgos algunas tropas gallegas llegadas con Gelmírez. Entonces, 1113, se perderían los castillos de Oreja y Zorita, al año siguiente los moros corrieron la Sagra y se llevaron más de quinientos cautivos de Cabañas y Magán, y Toledo volvería a ser cercado por Mazdali. En estas circunstancias la persona del rey de Aragón era una garantía de que las fronteras estarían bien defendidas. De ahí la adhesión que hacia él mostraban los «caballeros pardos» o guerrilleros de la frontera.

La impresión que recoge el monje francés Orderic Vital es que Urraca se había vuelto contra su marido tan sólo por el consejo y apoyo de los gallegos. Por eso los autores de la Historia Compostelana, indignados contra los castellanos los presentan «aterrados de solo oir el nombre de los aragoneses, que ni podían defenderse a sí ni a sus cosas y rehusaban en absoluto las fatigas de la guerra» ¹³.

El repudio

La situación se iba haciendo insostenible. Alfonso se encuentra desengañado de luchas estériles que a nada conducían, ya que su sueño de una cooperación de los dos grandes reinos peninsulares en una empresa superior resultaba insostenible. Por otra parte, el desvío de Urraca es cada vez más manifiesto. Sus amores con don Pedro de Lara son ya del dominio público. Su hermana Teresa, una vez muerto su marido, el conde Enrique, aspira a la absoluta independencia de sus dominios portugueses, y «con un saber astuto e ingenioso» se apresura a sembrar la discordia entre el matrimonio haciendo saber a Alfonso que Urraca se disponía a envenenarle con hierbas. El rumor tenía la consistencia suficiente —tal vez la vehemente Urraca, poco discreta en sus palabras, hubiese manifestado estos deseos—, puesto que el historiador Orderic Vital lo recoge también.

Pero sobre todo actuaría sobre la escrupulosa conciencia del rey la insistente presión de los obispos. La causa de ambos cónyuges había sido abocada por Pascual II a su tribunal para tratar de ella (3 febrero, 1113) en presencia de los delegados españoles, aun cuando la sentencia definitiva no sería traida a España hasta mucho más tarde, y a ello respondería el artículo 14 del concilio de Burgos de 1117 (18 febrero). Antes, en un concilio reunido en Palencia el 25 de octubre de 1113 nada se había conseguido en orden a la paz del reino. Parece que el arzobispo de Toledo y delegado pontificio, Bernardo, había quedado encargado de tratar separadamente con el rey y la reina, y explorar las posibilidades de un arreglo, pero no tuvo éxito por la resistencia del rey. En vista de esto, se convocó una nueva reunión episcopal, que tuvo lugar en León el 18 de octubre de 1114. Allí se dispuso, entre otras cosas, que «aquellos que se unieron siendo consanguíneos o parientes, sepárense irremisiblemente o sean excomulgados». Por si cabía alguna duda sobre el alcance bien concreto del decreto, se ordenaba que lo acordado en el concilio debía cumplirse «en Tierra de Campos o en Castilla, en Portugal o en Galicia, en las Extremaduras o en Aragón, bajo pena de anatemas

Entonces —la fecha exacta es desconocida— tendría lugar el repudio de la reina de que nos habla la tradición castellana recogida por Ximénez de Rada y la *Crónica de San Juan de la*

Peña. Alfonso condujo a Urraca hasta Soria y la entregó a los castellanos, «porque no quería vivir en pecado con ella». La noticia conmovió profundamente a los castellanos. Hasta entonces era Urraca, con sus veleidades, la que se apartaba de la vida matrimonial, y los castellanos habían trabajado por unir a los cónyuges, y lo habían logrado repetidas veces. Ahora era Alfonso el que solemnemente la repudiaba, y conociendo su carácter entero, no cabía pensar en un arrepentimiento.

Los castellanos contristados al ver a su reina en tal situación se apresuraron a hacerle entrega de los castillos y fortalezas que hasta entonces habían gobernado en nombre de Alfonso. Particularmente emotiva fue la escena con el conde Pedro Ansúrez, avo de Urraca, que en aquellos años se había esforzado en ser leal a sus reyes, interpretando la voluntad de Alfonso VI. Después de haber devuelto a la reina sus dominios, se presentó ante el rey cubierto con un traje escarlata, sobre un caballo blanco y llevando una soga en la mano: «Señor, le dijo, la tierra que me disteis, la restituí a la reina, mi señora natural, de quien era; pero la mano, la boca y el cuerpo, que os prestaron homenaje, os las ofrezco para que hagáis de ellas la justicia que os plazca». Irritado el rey, se disponía a castigarle, cuando mediaron los que le rodeaban, haciéndole ver que el conde había cumplido con su deber devolviendo a la reina sus dominios y el homenaje al rey, y le aconsejaron que le perdonara. Así lo hizo el rey Alfonso, dándole además regalos y tierras. «Por eso, concluyen los cronistas, cuando en España acontece un caso semejante se resuelve del mismo modo».

A pesar de la corriente de simpatía que atrajo hacia su persona, al verse repudiada, pronto volvió Urraca a encontrarse sola y con su reino muy reducido: el condado de Portugal independiente de hecho, Galicia en manos de Alfonso VII su hijo, y la mayor parte de Castilla en manos de su ex-marido. De todas sus vacilaciones y cambios repentinos, en cinco años escasos de desgraciado matrimonio salía conservando tan sólo el reino de León y una parte pequeña de Castilla, y con la autoridad completamente quebrantada. Mujer decidida, que actuaba a la vez que pensaba o que actuaba sin pensar, libre de la pesadilla de su marido, intentó recobrar Galicia, pero no encontró en Gelmírez la acogida que esperaba.

En adelante se vio obligada a luchar, bien con Gelmírez,

bien con su propio hijo, para recuperar una autoridad que, si legalmente le correspondía, moralmente estaba perdida.

Durante varios años Alfonso el Batallador siguió titulándose rey de Castilla y aun «imperator» —al estilo leonés, título éste que usa cada vez con menos entusiasmo—, mientras que Urraca se dice reinar en León y en Galicia¹⁴.

Notas

- Para todo lo referente al matrimonio de Alfonso y Urraca hemos utilizado ampliamente el estudio de J. M.ª RAMOS LOSCERTALES, La sucesión de Alfonso VI, en «Anuario de hist. del Derecho español», XIII (1936-1941), pp. 36-39. También nos han sido muy útiles para la preparación de este estudio las notas de trabajo del mismo Ramos. Véase igualmente, LACARRA, Semblanza de Alfonso el Batallador, Zaragoza, 1948, y Dos documentos interesantes para la historia de Portugal, en «Revista Portuguesa de Historia», III (Coimbra, 1945), pp. 291 y ss.; P. DAVID. Le pacte successoral entre Raymond de Galice et Henri de Portugal, en «Bull, Hispanique», t. L. (1948), 275-290. Fuentes fundamentales, que hay que utilizar con precaución por su apasionamiento contra el rey de Aragón, son la Historia Compostellana, en «Esp. Sag.», t. XX, de la que hay traducción anotada por fray Nanuel Suárez y fray José Campello (Santiago de Compostela, 1950), y Las Crónicas Anônimas de Sahagún, ed. de Julio Puyol (Madrid, 1920). El punto de vista castellano, más ecuánime, se recoge principalmente en Ximénez de Rada, De rebus Hispaniae, y a él sigue la llamada Crónica de San Juan de la Peña.
- M. LUCAS ALVAREZ, Libro Becerro del monasterio de Valbanera, Zaragoza, 1950, n.º 195; documento de marzo de 1110, Arch. Catedral de Jaca, leg. I, n.º 17; Anónimo de Sabagún, n.º 18.
- ³ Documento de 24 marzo 1110, P. HUESCA, Teatro histórico, VIII, 476-477; IBN IDARI, Al-Bayan al-Mugrib, trad. A. Huici Miranda (Valencia, 1963), pp. 125 y ss. A. HUICI MIRANDA, Los Banu Hud de Zaragoza, Alfonso I y los almorávides (Nuevas aportaciones), en EEMCA, t. VII (1962), pp. 12 y ss.; documento de julio de 1110 en la huerta de Alagón en MUNOZ, Coleco. de fueros, p. 427; otro de la misma fecha, en Ejea, en Idem., p. 299; documento de 15 de agosto de 1110, en SERRANO, Cart. de S. Millán, n.º 297; documento de 15 octubre 1110 en SERRANO, El obispado de Burgos, III, n.º 72; de Alfonso I en Osorno, junto al Pisuerga, en VILLANUEVA, Viage literario, XV, pp. 367-368. Sobre la Crónica de Veinte Reyes, véase «Hispanic Review», XXXI, 1963, p. 213. Sobre el conde Enrique de Portugal es fundamental, T. DE SOUSA SOARES, O governo de Portugal pelo Conde Henrique de Borgonba: suas relaçoes com as monarquius Leonesa-Castelhana e Aragonesa, en «Revista Portuguesa de Historia», XIV (1974), 365-397.
- ⁴ Anónimo de Sahagún, n.º 19, 23, 25, 27, 28; REYNA PASTOR DE TOGNERI, Las primeras rebeliones burguesas en Castilla y León (siglo XII). Análisis histórico-social de una coyuntura, en «Estudios de Historia Social», octubre 1965, n.º 1, pp. 29-106. Para los «caballeros pardos», Anónimo de Sahagún, n.º 22, 23; Hist. Compost., I, 48 ss.; Chron. Adefonsi imperatoris, ed. Sánchez Belda, n.º 193.
- 5 El anónimo de Sahagún, n.º 28, pone este episodio después de abril de 1111, y en este caso corresponde a una segunda estancia de Urraca en Aragón antes de la batalla de Candespina (26 octubre 1111). LOPEZ FERRERIRO, Hist. de la Iglesia de Santiago, III, pp. 342, 358, 379, supone que Urraca fue aprisionada dos veces, una en El Castellar (1110), y otra en Peralta, combinando las noticias del montaje de Sahagún, que habla de Peralta, y de XIMINEZ DE RADA, De rebus Hispaniae, VII, 1, que habla de El Castellar. En todo caso, la sucesión de hechos que establece el Anónimo de Sahagún debe aceptarse con gran cautela. Hist. Compost., I, 64.

⁶ Hist. Compost., I, 48 y ss.

- 7 Anales Toledanos, I.
- 8 Anónimo de Sabagún, n.º 22; Crónica latina de los reyes de Castilla, ed. M.º Desamparados Cabanes (Valencia, 1964), p. 19; XIMENEZ DE RADA, De rebus Hisp., VII, 2.
- ⁹ Anónimo de Sahagún, n.º 22; LACARRA, Dos documentos interesantes para la historia de Portugal, p. 294 y ss.
 - 10 Hist. Compost., I, 64 y ss.
- 11 Hist. Compost., I, 69 y ss.; F. BALAGUER, Ramiro II y la diócesis de Roda, en EEMCA, VII (1962), pp. 51-53; Hist. Compost., I, 79.
- 12 LACARRA, Dos documentos interesantes para la historia de Portugal, p. 291 y ss.; Anónimo de Sahagún, n.º 30; Hist. Compost., I, 80, 83.
- 13 Hist. Compost., I, 83-87; Annales Port. Veteres, en «Rev. Portuguesa de Historia», III, 108-109; A. HUICI MIRANDA, Ali b. Yusuf y sus empresas en el Andalus, en «Tamuda», VII (1959), 89; IBN IDARI, Al-Bayan al-Mugrib, trad. Huici Miranda. pp. 133 y ss.; FITA, B.A.H., t. 48 (1906) 492-493 y t. 49, p. 281; Anales Toledanos, II; ORDERIC VITAL, Hist. Ecclesiast., ed. Le Prevost, t. V (París, 1855), p. 14.
- 14 Anónimo de Sahagun, n.º 30; ORDERIC VITAL, l. c.; FITA, Concilio nacional de Burgos (18 febrero, 1117). Texto inédito, en B.A.H., t. 48 (1906), 387-407; Hist. Compost., 1, 88, 92, 97, 101; XIMENEZ DE RADA. De rebus Hisp., VII, 1; Crônica de San Juan de la Peña, ed. A. Ubieto Arteta (Valencia, 1961), p. 72; R. MENENDEZ PIDAL. Un tratado de paz entre Alfonso I de Aragón y Alfonso VII de Castilla, en «Miscelânea histórico-literaria» (Colección Austral), pp. 119-134; P. RASSOW, Der Kampf um das Ebrech im XII. Jandt, en «Mitteilungen des Instituts für Oesterrechiche Geschichts forschung», t. LVIII (1950), pp. 310-316.

The control property of a single control was an activated as a seal of a single control of a single contro

The property of the property o

at 100 days bearing to 100. See Control of the Land of

Aller A Company of the Company of th

A control of Major, N. 78, page 10 pictures along the first in 101, year of the control of the c

A Mark Country 1 of the same

4. La reconquista de Zaragoza

Alfonso estaba deseoso de regresar a sus estados patrimoniales, donde le aguardaban empresas más en armonía con su temperamento, y aquí cosechará éxitos perdurables, que ni los mismos cronistas castellanos, enemigos suyos, intentarán disimular.

Antes tenía que dejar tranquilo y afirmado el sector castellano, del que se consideraba soberano, no sabemos si por tratarse de bienes especiales aportados por Urraca al matrimonio o como reivindicación de territorios arrebatados a Navarra antes de su incorporación a Aragón. Se cuida de poblar y fortificar la frontera de los montes de Oca, y aún sigue manteniendo guarniciones en Burgos, Castrojeriz, y en Carrión.

Zaragoza bajo los almorávides

Por otra parte, los asuntos de Zaragoza se han ido complicando de modo extraordinario. Ocupada la ciudad por los almorávides el 30 de mayo de 1110, Alfonso acentúa su protección a Abd al-Malik Imad al-Dawla, quien desde su fortaleza de Rueda del Jalón polariza la resistencia de los musulmanes hispanos a los almorávides africanos.

Cuando éstos quieren apoderarse de Calatayud, Imad al-Dawla pide refuerzos a Alfonso el Batallador, quien remedió la situación haciendo entrar sus tropas en el castillo; luego éstas hicieron una salida de noche asaltando el campamento de los sitiadores y capturando al emir Kunfat, que fue llevado a Rueda por los cristianos, donde quedó prisionero, hasta que más tarde, al concertarse una tregua, se le dio la libertad. «La guerra es variable, dice el cronista musulmán que nos relata estos sucesos, y las almas dan vueltas en ella». Cuando al año siguiente Imad al-Dawla reanudó la lucha y avanzó contra Zaragoza, el gobernador almorávide, Ibn al-Hayy, salió contra él y le obligó a retirarse.

Poco sabemos de la actuación de los dos gobernadores que tuvo Zaragoza bajo dominio almorávide. Sin duda la división entre los dos sectores de opinión, hábilmente sostenida por el Batallador, frenaba su impulso agresivo en los momentos más delicados para el rey de Aragón, es decir, cuando se debatía en la complejidad de los asuntos castellanos. De Ibn al-Hayy sabemos que hacia el año 1112 hizo una algara por tierras de Huesca, en que llegó hasta Ayera, diez kilómetros al NE. de aquella ciudad, donde hizo cautivos. Tal vez tomara parte en la campaña contra Cataluña que partiendo de Valencia, terminó en la derrota musulmana en el Congost de Martorell (1114). El murió al año siguiente al acudir con tropas de Valencia y Zaragoza para rechazar un ataque castellano en la zona de Córdoba (26 julio 1115).

Su sucesor, Abu Bakr b. Ibrahim, llamado Ion Tifilwit, era primo del emperador almorávide Alí, y en Zaragoza vivió como un príncipe fastuoso, dado a los placeres y rodeado de poetas y de filósofos, como Avempace, que era su visir. Según los autores árabes, se ceñía la corona en sus banquetes, imitando a los reyes cristianos, y se daba aires de verdadero rey. Poco más de un año le duró esta vida de lujo, que venía a revivir los antiguos esplendores de la Aljafería. Es el tiempo que Alfonso tiene que emplear en liquidar los asuntos castellanos y reorganizar los cosas de Aragón, hasta entonces un tanto abandonadas. Abu Bakr sólo se atrevió a hacer una breve algara contra el castillo de Rueda, donde estaba Imad al-Dawla, causando también daños, pero acabó pactando con sus habitantes y volviéndose a Zaragoza. Abu Bakr debió morir en Zaragoza mismo de enfermedad, en noviembre o diciembre de 1117, y ya no volvió a tener Zaragoza gobernador antes de ser sitiada 1.

Alfonso I prepara el asedio de Zaragoza

Mientras tanto, Alfonso va tomando las disposiciones necesarias para la conquista de Zaragoza. Sería el acontecimiento militar más importante después de la conquista de Toledo, y no dejaba de presentar sus dificultades.

De una parte, al estar situada la plaza en la orilla derecha del Ebro, era preciso contar con bases suficientes en este sector, no sólo para completar el cerco, sino para rechazar a las fuerzas que pudieran llegar en socorro de la plaza. Era preciso también contar con los medios técnicos para asaltar las fuertes murallas de origen romano, cuyo recinto estaría todavía completo, y que tanto ponderan los autores musulmanes. No sabemos la actitud que tomó Imad al-Dawla ante el cerco de Zaragoza. Si bien no hay noticia de que se pusiera de parte de los sitiadores, no creo que ayudara tampoco a los sitiados. La conquista se presentaba así como una empresa netamente cristiana, llevada a cabo por el rey de Aragón con sus vasallos, amigos y parientes de la otra parte del Pirineo.

En efecto, el 8 de julio de 1117 Alfonso estaba a las puertas de Zaragoza acompañado del vizconde Gastón de Bearn y de su hermano Céntulo, sin duda para reconocer las murallas de la plaza y tantear las fuerzas enemigas. Los dos hermanos, Gastón y Céntulo, llevarían al Midi francés una impresión fresca de las posibilidades, y comunicarían su entusiasmo a otros señores ultrapirenaicos. A comienzos del año siguiente se había reunido un concilio en Toulouse en el que fue aprobada la expedición a España, que venía así a alcanzar los honores de Cruzada. Se dice que asistieron a dicho concilio los arzobispos de Arles y Auch, y los obispos de Lescar, Pamplona, Bayona y Barbastro, de estirpe francesa todos ellos. Muy reciente todavía el recuerdo de la primera Cruzada a Tierra Santa, que había conmovido a las gentes del Midi, el entusiasmo se propagó a todas las clases sociales.

El hijo del vizconde de Labourd, que había decidido consagrarse a Dios en el monasterio de San Juan de Sorde, antes de entrar en el claustro quiso asistir al sitio de Zaragoza y, careciendo de recursos para tomar parte en la expedición, vende al abad Guillermo Martel la mitad de la iglesia y diezmo de San Félix de Garris. El vizconde de Carcasona, Bernardo Atón, que ya había acudido a Tierra Santa como cruzado, según vimos, ahora, cumpliendo un deber de vasallaje hacia el rey de Aragón, se preparaba a emprender el camino de España, otorgando testamento el 7 de mayo de 1118.

Los cronistas musulmanes nos cuentan que, convocados los franceses por el rey de Aragón, «se colocaron bajo su es-

tandarte como enjambres de langostas u hormigas». En su mayoría eran jinetes y arqueros. Un autor árabe dice que concurrieron en número de 50.000 caballeros, cifra notoriamente exagerada. Quien más trabajó en esta labor de propaganda fue el obispo de Huesca, Esteban, que ya sabemos gozaba de la plena confianza real.

Acudieron los señores feudales de la frontera ultrapirenaica: el vizconde Gastón de Bearn, su hermano Céntulo, conde de Bigorra; Bernardo, conde de Comminges; Pedro, vizconde de Gabarret, casado con una hija de Gastón de Bearn; Auger, vizconde de Miramont o de Tursan; Arnaldo de Lavedan; Guy de Lons, obispo de Lescar. Todos ellos estuvieron presentes en la toma de la ciudad.

La figura más representativa era el vizconde Gastón de Bearn, casado con Talesa, prima por línea bastarda del rey de Aragón. Estaba afincado en Aragón desde años atrás, pues en 1113 le vemos como senior o tenente de Barbastro. Sin duda fue él quien aportó mayores contingentes y el que mandaba la hueste ultrapirenaica.

Para derrocar las murallas, los sitiadores venían provistos de elevadísimas torres de madera montadas sobre ruedas, por medio de las cuales podían sus hombres aproximarse a las murallas; trajeron también máquinas tonantes que emplazaron contra la ciudad, y veinte almanajeques. Este material de sitio sería aportado por los bearneses, cuyo vizconde Gastón había sido ya escogido por los duques de Lorena y Normandía y por el conde de Flandes, en la toma de Jerusalén, para dirigir la construcción de máquinas de ataque, por su conocida habilidad e ingenio en estas artes.

Según Zurita, a mediados de mayo este ejército «franco» estaba ya congregado en la laguna de Ayerbe, y de aquí pasó a ocupar la plaza de Almudévar, todavía en poder musulmán, lo mismo que las de Salcey, Sariñena, Robres y orillas de Gállego, Gurrea y Zuera, con lo que quedaba expedito el camino hasta Zaragoza².

El asedio

El asedio se formalizaría el 22 de mayo. Los zaragozanos, al verse cercados por un contingente incompleto, pues aún no tenía a su frente al rey, que estaba en Castilla, hicieron

una salida, y cruzando el río, trabaron reñido combate; pero al arreciar el ataque de los sitiadores, la plebe de la ciudad, inexperta y mal dirigida, se dispersó, y encaminó sus pasos al arrabal de los curtidores para tomar el puente que lo unía a la ciudad. Al llegar a él se produjo un embotellamiento, y como los cristianos iban a su alcance, se apresuraron a prenderle fuego. Por ser de madera, ardió en su totalidad, y sólo gracias al vado existente entre el arrabal y el casco de la población, pudieron los fugitivos ponerse a salvo y evitar un gran desastre.

Se cerraron las puertas y todo el mundo acudió a las armas, con lo cual se formalizó el asedio, que sería largo y penoso. Alfonso fue avisado inmediatamente, y se incorporó al ejército sitiador a fines de mayo o comienzos del siguiente mes. Con su llegada arreciaron las acometidas cristianas, y antes de cumplirse el mes de cerco, fue asaltado el alcázar de la Aljafería.

Según Huici Miranda, Zaragoza no debía contar con una guarnición adecuada: Alí, en el otoño anterior, se había vuelto a Marruecos con sus tropas traídas para la campaña de Coimbra; Tamim, su hermano, nombrado gobernador general de Levante, al iniciarse el cerco, no se lanzó a intervenir, tanto por su desidia como por no contar con las fuerzas necesarias. Si lo hizo, fue muy a última hora y sin éxito.

Sólo había en Andalucía un ejército capaz de acudir en socorro de Zaragoza y era el contingente mandado por Abd Allah b. Mazdali, gobernador de Granada, que al comenzar el asedio de Zaragoza estaba con sus tropas en Jaén.

Al enterarse de la caída de la Aljafería, reunió sus tropas con las de Córdoba y se encaminó hacia Aragón, con lo cual se reanimaron los sitiados, y llegó a Tarazona, sobre la que el enemigo había redoblado sus algaradas. Sin duda, no eran necesarias todas las fuerzas del ejército cruzado para mantener el asedio, ya que debían limitarse a impedir que los sitiados hiciesen salidas y se aprovisionasen. Sólo así se explica el curso de la campaña, pues según los datos de Ibn Idari, que utiliza Huici Miranda, se trabó un encarnizado combate en las cercanías de Tarazona, y Abd Allah b. Mazdali logró una brillante victoria, que este autor árabe califica de milagro no conocido desde tiempos lejanos.

Alejado así el enemigo de Tarazona, pasó Abd Allah b. Mazdali a establecerse en Tudela, donde se detuvo gran parte del verano. Parece que el hambre había empezado a hacerse sentir en el campamento cristiano, lo que comenzó a provocar deserciones. Fue entonces cuando el animoso obispo de Huesca puso a disposición de los necesitados, extaños e indígenas los tesoros de su iglesia, y contuvo a los que se retiraban. El rey y el obispo de Zaragoza premiaron estos servicios confirmándolo en la posesión de la iglesia de las Santas Masas, y añadiendo la iglesia de San Gil de Zaragoza, las parroquias sitas entre María y Cuarte y la iglesia de Sobradiel.

Abd Allah b. Mazdali, después de su victoria en Tarazona y de detenerse en Tudela para reforzar sus defensas, al ver que Alfonso no abandonaba el asedio de Zaragoza, se decidió a dejar en Tudela los refuerzos de Córdoba con la impedimenta y eligiendo a los más valientes y aguerridos de sus soldados, se dirigió a Zaragoza, en la que entró a fines de septiembre, es decir, a los cuatro meses de haber iniciado el asedio.

Los sitiados aspiraban el aire de la vida —según Ibn Idari, que es quien nos refiere los principales detalles del asedio—, pero al cabo de mes y medio fallecía Abd Allah b. Mazdali, el único emir almorávid que intentó salvar a la Zaragoza musulmana. Se ocultó su muerte, pero no tardó en llegar a conocimiento de Alfonso I, que abrió su boca contra la ciudad y la acometió con nuevo ímpetu, al ver que todos los socorros se habían alejado y que entre los sitiados aumentaban cada día los muertos de hambre ³.

La rendición de la ciudad

Parece que en tales circunstancias los sitiados propusieron a Alfonso una tregua, ofreciendo que, de no ser socorridos dentro de cierto plazo, le entregarían la ciudad. Tal era la costumbre de la época, pues se entendía que una ciudad bien fortificada no debía entregarse sin antes haber agotado todas las posibilidades de defensa, y salvar así el honor de sus defensores ante sus mismos correligionarios. Lo mismo había ocurrido en el cerco de Toledo por Alfonso VI, donde el plazo acordado fue de cuatro años, y en la toma de Valencia por el Cid, ocho meses después de haber pactado secretamente su entrega.

Ignoramos el plazo que el Batallador concedió a los defensores de Zaragoza. Pero una crónica francesa, bien informada de los sucesos de Aragón, nos habla de un combate librado por Alfonso contra un ejército almorávide, que resultó vencido. El combate tenía lugar el 6 de diciembre, y pocos días después se rendía la ciudad. Tal vez su derrota decidiera a los defensores a entregar la plaza, incluso antes de expirar el plazo otorgado por los sitiadores.

Esta entrega tuvo lugar el día 18 de diciembre. Posiblemente la capitulación se acordara el 11 de diciembre, como dice una crónica francesa; el día 18 entra el rey a visitar la Aljafería y al día siguiente tomaría posesión de la azuda o palacio del gobierno y de las oficinas reales, que estaba adosada a la muralla, no lejos de la puerta de Toledo, y que según los términos de la capitulación debía ser ocupada por las tropas de Alfonso. Esta toma de posesión simbolizaba la ocupación de la ciudad, ya que ésta seguiría ocupada por la población musulmana durante un año, según veremos.

Entre los conquistadores figuraban, aparte de los señores franceses que ya hemos citado, los principales señores del reino: don Diego López de Haro, señor de Vizcaya y don Ladrón, afincado en Alava y Rioja; de Navarra, los señores de Leet, Punicastro, Marañón, Turrillas, Nájera, Calahorra, Estella, Funes, etc.; de Aragón, los señores de Sos, El Castellar, Belchite, Biel, Loarre, Ayerbe, Huesca, Piracés, Santa Eulalia, Antillón, Albero, Rodellar, Buil, Tramaced, etc. Los señores de Pallars, Ribagorza y Sobrarbe iban encabezados por el conde Bernardo Ramón de Pallars y le acompañaban los señores de Capella, San Esteban del Mall, Benavarre, Perarrúa, etc. Acompañaban también al ejército sitiador los obispos de Huesca y Pamplona, no así el de Roda que, enemistado con el rey de Aragón, se hallaba en el sur de Francia.

El rey nombró señor de Zaragoza a Gastón de Bearn, principal artífice de la conquista.

Capitulación de la ciudad

Es interesante conocer las capitulaciones en virtud de las cuales se sometió Zaragoza y la participación muy directa que en su estricto cumplimiento tuvo el rey de Aragón. Ibn al-Kardabus, que escribe en la segunda mitad del siglo XII, no

puede menos de reconocer la generosidad y caballerosidad de Alfonso para con los vencidos.

Los musulmanes que quisieran quedarse podrían hacerlo sin ser molestados, y estarían sujetos a los mismos impuestos que venían pagando hasta entonces; los que prefirieran abandonar la ciudad para ir a tierra de moros podrían hacerlo con entera libertad. Durante un año podrían seguir viviendo en sus casas del recinto urbano, y pasado este plazo deberían irse a vivir al «arrabal de curtidores». Hasta entonces seguiría en su poder la mezquita mayor. Los moros conservarían en todo momento sus autoridades y legislación propia, y se reglamentaba el procedimiento a seguir en sus causas con los cristianos. Estas y otras condiciones tan honrosas y favorables responden a una política de benevolencia y de captación, va iniciada por el Cid Campeador en Valencia, y que Alfonso I conocía bien tras la visita que había hecho a esta ciudad a raíz de su conquista. Son las mismas que luego aplicó a Tudela el mismo rey Batallador, y que los musulmanes de Tortosa solicitaron de Ramón Berenguer IV cuando esta ciudad fue conquistada en 1148.

Cuenta el mismo Ibn al-Kardabus, que no bien habían ocupado la ciudad los cristianos, cuando empezaron a evacuarla los musulmanes con sus familias. «Cuando estaba dispuesta esta multitud para la marcha, cabalgó el rey cristiano fuera de la ciudad con su escolta y, presentándose ante los emigrantes, les ordenó formar en filas y mostrarle cuantos bienes, grandes o pequeños, llevara cada uno consigo. Hecho esto, fueron exhibidos tesoros sin cuento, y con todo, cosa extraña, aunque el rey sabía muy bien que jamás en su vida volverían a recrearse sus ojos en tal cúmulo de riquezas, se abstuvo de tomar nada, y les dijo: «Si no hubiera pedido que me enseñaseis las riquezas que cada cual lleva consigo, hubierais podido decir: 'El rey no sabía lo que teníamos; en otro caso, no nos hubiese dejado ir tan fácilmente'. Ahora podéis ir a donde os plazca, en completa seguridad». El rey, además, envió un cuerpo de tropas para escoltar a los emigrantes hasta las fronteras de sus dominios, que todos alcanzaron a salvo, sin ser obligados al pago de ninguna otra pecha o tributo que el migal, que cada hombre, mujer o niño, estaba obligado a pagar antes de salir.

Y termina con estas palabras: «Desde ese día hasta el de su muerte Dios permitió que este insolente cristiano venciera siempre a los musulmanes ⁴.

Se completa la reconquista del Ebro y del Jalón

La ocupación de Zaragoza suponía la sumisión de todo el reino de Zaragoza que en el siglo XI había gobernado la dinastía de los Banu Hud.

Los musulmanes del valle del Ebro estaban desconcertados, divididos entre el grupo intransigente, partidario de los almorávides y el que podríamos llamar «colaboracionista», de la monarquía derrocada, cuyo representante era Imad al-Dawla. Alfonso tenía, pues, que atacar tan sólo aquellas plazas de las que se habían adueñado los almorávides, que eran las de Tudela, Tarazona, Borja y Calatayud. El campo se mantendría en una actitud expectante. No parece tampoco que los almorávides hubieran tenido tiempo de afirmar su autoridad en algunas zonas del interior alejadas de las rutas que les eran habituales: la de Valencia y la de Lérida. Según parece, en 1117 Morella acataba la soberanía del aragonés, y la zona de Pitarque, Galve y Alcalá de la Selva hasta Belchite le estaba también sometida.

Sobre Tudela se dirigió la hueste tan pronto como se sometió Zaragoza, y se entregó el 25 de febrero de 1119, firmándose un pacto de capitulación el 15 de marzo, sobre las mismas bases que el de Zaragoza. Esta capitulación fue jurada por Alfonso el Batallador y quince de sus barones. Del señorío de Tudela se encargaron en un primer momento Aznar Aznarez, que lo era de Funes, y Fortún Garcés Cajal, que lo era de Nájera. A los judíos, que sin duda habían abandonado la ciudad, se les concedió el fuero que disfrutaban los judíos de Nájera a fin de que volvieran a habitarla.

Poco después se ocupó Tarazona, donde inmediatamente se pensó en restaurar la sede episcopal. Borja tal vez no se ocupara hasta 1124, quedando como un enclave. En la primavera de 1120 se dirigió el rey sobre Calatayud.

Mientras tanto, el emperador Alí ordenó a su hermano Ibrahim, gobernador de Sevilla, que dedicara todo el invierno de 1119-1120 a preparar una expedición contra el rey de Aragón para recuperar las plazas perdidas, o al menos para frenar sus avances hacia Levante. Se le unieron contingentes de todos los jefes regionales: de Murcia, Granada, Valencia, Lérida, y hasta de Molina de Aragón acudió Ibn Galbun, el viejo amigo del Cid Campeador. Alfonso tuvo que suspender el asedio de Calatayud —de donde recibió rehenes—,

para dirigirse al encuentro de este ejército. La lucha tuvo lugar en Cutanda, doce kilómetros al este de Calamocha, y el ejército musulmán quedó completamente deshecho. El encuentro parece que tuvo lugar el 17 de junio de 1120.

Los autores musulmanes dicen que Alfonso llegó a reunir unos doce mil jinetes e incontables infantes, y que entre sus aliados estaba Imad al-Dawla; que los musulmanes eran tan sólo unos cinco mil jinetes y cerca de diez mil infantes, y que su menor número fue causa de su derrota. De fuentes cristianas sabemos que en esta ocasión Alfonso estuvo auxiliado de un cuerpo escogido de seiscientos caballeros al mando de Guillermo IX el Trobador, duque de Aquitania, que acudía a España como cruzado al serle levantada la excomunión. Cifran los cristianos en 15.000 el número de muertos enemigos, aparte de gran número de cautivos y un botín de dos mil camellos e innumerables bestias de carga. Aun reduciendo prudentemente estas cifras, no cabe duda que el encuentro de Cutanda había de tener grandes repercusiones, tanto en el campo musulmán, como en el cristiano.

Para el Islam había sido una seria advertencia. Alí dio orden de que en toda la España musulmana se construyeran máquinas de asedio y material bélico, en lo que se empleó el invierno. Pero en mucho tiempo no estarían los almorávides en condiciones de presentar un ejército tan numeroso y bien equipado. Alfonso tendría, mientras tanto, tiempo de consolidar sus conquistas y aún de proseguir sus ataques en todas direcciones. De momento fueron ocupadas Calatayud (24 de junio) y Daroca con las cuencas del Jalón y del Jiloca. La frontera se llevaría hasta Monreal del Campo y Singra, con lo que quedaba abierta la ruta de Levante.

Para Alfonso el Batallador el año 1120 se había presentado especialmente dificultoso. Era, precisamente, el año en que, de acuerdo con los pactos de capitulación, los musulmanes de Zaragoza debían abandonar el recinto urbano para trasladarse a los barrios extramuros. El trasiego de moros no se haría sin las naturales resistencias por parte de los interesados y una humana comprensión por parte del rey. Prueba de ello es que la reconciliación de la mezquita —que debía convertirse en iglesia catedral—se retrasó año y medio sobre lo pactado, es decir, hasta octubre de 1121. En tales circunstancias es cuando cae sobre Aragón la gran armada almoravid, que levantaría los ánimos de la grey musulmana con la esperanza de su pró-

xima liberación, y no es de extrañar que tanto en la ciudad como en el campo hubiera movimientos de simpatía hacia los liberadores. Cuenta un relato conservado en los Archivos del Pilar que por aquellos días el obispo de Zaragoza, don Pedro de Librana, estaba muy preocupado y abatido por tan difícil situación, cuando se le apareció San Valero indicándole que al pie de la puerta de Santa María la Mayor estaban los restos de San Braulio, que, recogidos convenientemente, fueron honrados trasladándolos a un lugar decoroso de la iglesia.

La victoria de Cutanda había sido, por tanto, una batalla campal en toda regla, que decidió la suerte de todos los territorios hasta entonces conquistados, pero mantenidos en forma insegura. Según cuenta una crónica aragonesa, todavía en el siglo XIV, para ponderar una gran derrota, se decía: «Peor fue que la de Cutanda» ⁵.

La cofradía militar de Belchite

Tras el gran triunfo de Cutanda, Alfonso tomó algunas medidas para asegurar y proseguir la reconquista. Una de ellas fue establecer en Belchite una Cofradía —especie de pequeña Orden militar— que atendiera a la defensa de la frontera.

Hemos visto cómo Belchite constituía una avanzada defensiva de Zaragoza, en medio de una región deshabitada, que había sido ocupada antes que la capital del Ebro. Su mando fue confiado a Galin Sanz a perpetuidad, para él y sus descendientes. Concedió a sus pobladores fueros excepcionales, y siguiendo las normas vigentes en la frontera castellana, hizo de la plaza un refugio de maleantes de toda clase: homicidas, ladrones y malhechores que acudieran a poblarla quedaban exentos de responsabilidad alguna (13 diciembre, 1119).

Pero pronto se da a la fundación una orientación muy distinta a tono con el ambiente de la época y el sentir de su fundador. En Belchite se constituye una Cofradía, verdadera Militia Christi, cuyos hermanos servirán a Dios luchando toda la vida con los «paganos». Aprovecha una reunión eclesiástica excepcional (8 marzo, 1122) para obtener de sus prelados la confirmación de la Cofradía o Hermandad y la concesión de grandes indulgencias a los que se alistaran en ella.

Sus estatutos los conocemos a través de la confirmación que de ellos hizo Alfonso VII en 1136, pero creo que recogen

bien el espíritu y aun la letra de los que le otorgó su fundador. Los cofrades, dedicados de por vida al servicio de Dios, quedaban exentos de prestar al rey ningún servicio que fuese dirigido contra los cristianos. Todo lo que ganaran de los moros, lo mismo en dinero que en tierras, sería de su exclusiva propiedad, y podrían poblar estas tierras libremente para el mejor servicio de Dios; del botín que obtuvieran, nada tenían que dar al rey; las ciudades, villas y castillos conquistados entraban también en pleno dominio de la Cofradía, sin traba ni limitación alguna; dos mercaderes a su servicio podrían negociar con todas las tierras del reino sin pagar impuestos. A cambio de esto, los cofrades se comprometían a no tener paz con los moros, y a inquietarles con sus continuas algaras. Todo cofrade malhechor sería juzgado ante el propio tribunal de la Cofradía, mientras que todo el que atacara a uno de los cofrades o le perturbara en la posesión de sus bienes debería pagar al rev 5.000 maravedís de oro.

Esto en lo que se refiere a la reglamentación que podríamos decir civil de la Cofradía. En el aspecto eclesiástico, la carta fundacional distingue dos clases de miembros: los perpetuos y los temporales. Los primeros, supuesta la confesión de sus pecados, obtienen una remisión completa semejante a la del que se hace monje o ermitaño. Si se trata de un servicio temporal, la carta exige un año como mínimo para merecer la indulgencia de Tierra Santa. En los demás casos la remisión de la pena canónica está en relación directa con la duración del servicio. Así al que sirve un mes, se le perdona la penitencia de guardar abstinencia todos los viernes del año.

Esta regulación del tiempo de servicio y de la indulgencia es, según Goñi Gaztambide, la primera vez que aparece en un documento de Cruzada, y será recogida en las bulas pontificias. Nuestra carta se muestra también innovadora al conceder a los que se hacen reemplazar a su costa, una indulgencia mayor o menor según la duración del servicio, como en el caso anterior de prestación personal. Gregorio VIII incorporó esta iniciativa en las bulas generales de Cruzada.

La Cofradía necesitaba para su normal desenvolvimiento no sólo de recursos humanos, sino materiales, como dinero, armas, caballos, alimentos, etc. En esta segunda serie de indulgencias, destinada a los bienhechores de la institución, se aplica el mismo principio: la remisión es proporcional al auxilio prestado, v. gr.: a doce dineros de limosna corresponde

la remisión de una cuaresma. La limosna tiene doble mérito si, para socorrer a lo cofrades, el donante se ha privado de una peregrinación. La entrega de las armas y el caballo a la Cofradía tenía la misma remisión que si se hiciera al Hospital o al Temple. Por primera vez se concede la remisión a los predicadores que hacen propaganda de la Hermandad y recogen limosnas para ella. Esta innovación también será recogida en las bulas de Cruzada.

El fin último de la Cofradía aparece claramente expresado por los prelados que concedían las indulgencias: «Con una indulgencia semejante se arrancaron de la cautividad el Sepulcro del Señor, Mallorca, Zaragoza y otras tierras, e igualmente, con la protección divina, se abrirá por aquí el camino a Jerusalén, y la iglesia de Dios que todavía yace en cautividad, será liberada».

El rey intenta, pues, traducir y aplicar al caso español el ideal que había movido a la creación de las grandes Ordenes Militares de Tierra Santa, y aún pensaríamos que tiene presente el ejemplo de los ribats o rábitas musulmanas, propagadas en aquellas fechas por los almorávides. Recordemos que la Orden del Temple, primera Orden que tuvo desde sus comienzos carácter guerrero, había sido fundada en 1118, y más que a luchar con los musulmanes se aplicaba a velar por la seguridad de los caminos de peregrinación entre el puerto de Jaffa y Jerusalén. La Cofradía de Belchite, en la mente del rey Batallador, es esencialmente cambativa. Su fin era abrir la ruta de Zaragoza al mar para llegar a Jerusalén. Los caminos eran dos: el del Ebro y el de Valencia. Por los dos iniciaría inmediatamente sus ataques, y con ella la Cristiandad hispana —la Iglesia de Dios— que permanecía cautiva, sería liberada ⁶.

Actividad exterior

Nada refleja tanto la febril actividad del rey como seguir su itinerario durante algunos años. Pese a la pobreza de la documentación conservada, nos damos cuenta de que nos encontramos ante un rey que lleva directa y personalmente todos sus asuntos: lo mismo la política que la guerra; la diplomacia, la restauración eclesiástica o la repoblación del país; el premio a los servidores fieles y el castigo a los que le son

desleales; los servicios de información en el campo enemigo, y también en las cortes cristianas de su vecindad.

La situación en Castilla, pese a la separación matrimonial, sigue confusa y le distrae continuamente de los asuntos aragoneses. El 18 de noviembre de 1118, cuando Alfonso está empeñado en el asedio de Zaragoza, Alfonso Raimúndez entra en Toledo. No se crea que por eso se desentiende de las tierras de la frontera —la Extremadura, como se decía—, pues el aragonés sigue dominando en Segovia, Sepúlveda y en toda la línea del Duero, y aún más al sur, en las cabeceras del Jarama y del Henares. En diciembre de 1119 lo encontramos en Pedraza, junto a Segovia; allí se cuida de la restauración eclesiástica de Segovia, cuyo primer obispo, Pedro, fue ordenado el 25 de enero del año siguiente.

La documentación aragonesa alude a una paz acordada este año de 1120 entre Urraca y Alfonso el Batallador. Ignoro los términos y alcance de la misma. En todo caso, Alfonso se apesuró a repoblar y dar fueros a Soria, en la que ya tenía guarnición el año anterior, la cuenca del río Tera, afluente del Duero y otras poblaciones próximas, como Salas, entre Agreda y Olvera, etc. Después de ocuparse ese año de la conquista de las tierras del Jalón y del Jiloca, en septiembre del año siguiente lo vemos sitiando Tardajos, no lejos de Burgos. Se preocupa más tarde de la creación del obispado de Sigüenza, pues trata sin duda de fortificar espiritualmente la frontera al mismo tiempo que crea en ella intereses a su favor. Percibimos en esta etapa un acercamiento de Alfonso a la política y a la persona del arzobispo Bernardo de Toledo, tal vez porque éste se halle ahora más distanciado de Gelmírez. Las sedes de Segovia y de Sigüenza son restauradas en miembros del clero toledano, y el arzobispo Bernardo preside la gran asamblea en que se conceden indulgencias a la Cofradía de Belchite, a la que asisten los arzobispos de Tarragona, Santiago y Aux, y los obispos de Zaragoza, Huesca, Barbastro, Calahorra, Tarazona, Osma, Lescar, Sigüenza, Segovia y el abad del Leire, sin duda por estar vacante la sede de Pamplona (8 marzo, 1122).

En mayo de 1122 está Alfonso en las proximidades de Lérida; en el mismo mes pasa al Bearn, donde, en Morlaas, el conde de Bigorra renueva el vasallaje, que ya su padre había prestado a Sancho Ramírez en 1082; en junio pasa al valle de Soule, donde dice dominar —sin duda porque su vizconde, Gassion, se ha hecho vasallo suyo— y levanta un castillo nuevo. De aquí pasa a Milagro, en Navarra, donde se ocupa de la repoblación de Puente la Reina; en noviembre está en Olmedo, de donde pasa en diciembre a Fresno y allí hace varias donaciones al obispo de Segovia.

A partir de febrero de 1123 ya está otra vez sobre Lérida, donde le hemos de ver ininterrumpidamente hasta el mes de julio. ¿Qué es lo que le lleva hasta la ciudad del Segre? 7.

Alfonso sobre Lérida

Hemos visto cómo la conquista de Lérida era una vieja aspiración de los reyes de Aragón. La amistad entre Aragón y Urgel hizo que no se hicieran proyectos independientes de conquista, sino que sus príncipes aunaran sus huestes como a una empresa común. La alianza se establecía, naturalmente, contra el conde de Barcelona, que aspiraba igualmente a la incorporación de Lérida a sus dominios. Todavía en 1101 Pascual II aconsejaba a Pedro I de Aragón que no desistiera de la conquista de Lérida. Pero poco después el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, obtenía del conde de Urgel —o mejor, de su abuelo Pedro Ansúrez— el compromiso de ayudarle a la conquista de Lérida.

La toma de Zaragoza y la derrota de Cutanda debió asustar al gobernador musulmán de Lérida, que se apresuró a entrar en tratos con el conde de Barcelona.

Siguiendo la política de los pactos, en la que tan duchos estaban los condes de Barcelona, Ramón Berenguer III llegó a un compromiso con Abifilel, alcaide de Lérida, en el que convienen fidelidad y amistad mutuas (14 noviembre, 1120). He aquí sus cláusulas. El conde se compromete a proveerle de tantos barcos como sean necesarios para pasar a Mallorca doscientos caballeros entre cristianos y sarracenos. El alcaide se compromete a enviar al conde como rehenes a sus hijos y a los hombres que estime necesarios para garantizar la donación que le hace de una serie de lugares —doce en total—sitos casi todos entre Lérida y el Cinca. El alcaide, por su parte, tendría Soses en alodio y sus molinos de Lérida y sus alodios. Si el alcaide quiere tener «honores» en Barcelona o en Gerona, el conde se los dará, y si el conde va contra Tortosa u otras

partes de España, el alcaide le ayudará y las tierras que allí recibiera las tendrá bajo la potestad del conde; las parias que el conde perciba de los sarracenos las repartirá por mitad.

Se trata, pues, de un pacto de alianza y amistad —o mejor de sumisión— del alcaide de Lérida al conde de Barcelona, con vistas, según parece, a instalar a aquél en Mallorca y quedarse el barcelonés dueño y señor de todos los territorios comprendidos entre el Cinca y el Ebro, hasta Tortosa. Un pacto de análogas características sería el acordado entre Imad al-Dawla y Alfonso el Batallador cuando aquél renunció a Zaragoza y apoyó al aragonés en sus conquistas.

Tan pronto como el rey de Aragón tuvo noticia de estos acuerdos, se dirigió contra Lérida. En abril de 1122 lo encontramos en Fraga, en mayo en Termes, entre Lérida y Balaguer, y el 13 de este mes fechaba un documento «sobre Lérida».

Para ir contra el conde de Barcelona necesitaba aliados, es decir, unirse a los enemigos de Ramón Berenguer, lo cual automáticamente atraería la enemistad de los amigos de éste.

Era tradicional, según hemos visto, la amistad entre el rey de Aragón, el conde de Tolosa y el vizconde de Beziers, Bernardo Aton. Frente a ellos aparecían aliados los condes de Poitiers y de Barcelona. En 1120 aprovecharon los tolosanos que Guillermo de Poitiers estaba en la Cruzada de España, para expulsar a sus gentes de Tolosa y volver a instalar en sus dominios propios al conde Alfonso Jordán. Los vecinos de Carcasona también aprovecharon la rivalidad de Bernardo Aton con el conde de Barcelona para sublevarse contra su señor y Bernardo Aton tuvo que buscar la ayuda del conde de Tolosa.

Tal era la situación de unos y otros aliados al plantearse la cuestión de Lérida. Los pactos de Ramón Berenguer con el alcaide Abifilel pugnaban abiertamente con los planes del rey de Aragón de abrir una vía por el Ebro hasta el mar. Uno y otro buscaron aliados. El conde de Barcelona contaba con el apoyo del conde de Urgel, y llegaba también a un acuerdo con el conde Hugo de Ampurias (13 octubre, 1122) «contra todos los hombres o mujeres, cristianos o sarracenos» para ayudarse en la conquista de Fraga hasta Tortosa. El rey de Aragón pasaba al Bearn, según hemos visto, recibe el vasallaje del conde de Bigorra, al que colmaba de honores en Aragón,

y del vizconde de Soule, todo ello sin duda para ir contra el conde de Poitiers.

En febrero de 1123 volvemos a ver a Alfonso sobre Lérida, e instalar sus reales en Gardeny, a la vista de la ciudad del Segre. Allí levantó un castillo, dispuesto a vigilar de cerca la plaza, según era táctica tradicional en la reconquista aragonesa. Pero acudieron contra él los condes de Poitiers y de Barcelona y Alfonso levantó el campo.

Un documento del Archivo de la Seo de Zaragoza dice que Alfonso «tuvo un tornio con el conde de Poitiers y el conde de Barcelona». ¿Fue un combate judicial en que se decidía la suerte de Lérida? El hecho es que Ramón Berenguer se consideró señor de la ciudad irredenta e hizo donación de la mezquita mayor de Lérida al monasterio de Solsona para cuando conquistara la ciudad (1125). También es verdad que cuando años adelante Alfonso puso sitio a Fraga y Mequinenza no hubo oposición del conde de Barcelona.

De momento la cuestión de Lérida quedó paralizada, ya que los almorávides reforzaron el frente por este sector, y en 1124 derrotaron a Ramón Berenguer en Corbins, entre Balaguer y Lérida. El pacto firmado con el alcaide de Lérida estaba anulado 8.

Notas

- ¹ IBN IDARI, Al-Bayan al-Mugrib, trad. Huici Miranda, pp. 127 y ss. A. HUICI MI-RANDA, Los Banu Hud de Zaragoza, pp. 15 y ss.; del mismo, Nuevas aportaciones de «Al-Bayan al-Mugrib» sobre los almorávides, en «Al-Andalus», XXVIII, 1963, pp. 313 y ss.
- ² LACARRA, La conquista de Zaragoza por Alfonso I (18 diciembre, 1118), en «Al-Andalus», XII (1974), pp. 65-96; del mismo, Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempo de Alfonso el Batallador, en «Cuadernos de Historia», II (1968), pp. 65-80. Además, la bibliografía citada en la nota anterior.
- ³ A. HUICI MIRANDA, *Nuevas aportaciones*, que traduce los nuevos fragmentos hallados del *Al-Bayan al-Mugrib*, y a quien seguimos literalmente.
- 4 Para la rendición y capitulación de la ciudad, LACARRA, La conquista sw Zaragoza, I.c.
- 5 LACARRA, La fecha de la conquista de Tudela, en «Príncipe de Viana», 1946, pp. 45-54; HUICI MIRANDA, Nuevas aportaciones, pp. 321 y ss.; A. UBIETO ARTETA, Crónica de los Estados Peninsulares, Granada, 1955, p. 126; Chronicon Sancti Maxentii Pictavensis, p. 428; LACARRA, La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador, en «Estudios de Historia social de España», I (1949), p. 222.
- ⁶ P. RASSOW, *La Cofradia de Belchite*, en «Anuario de Hist. del Derecho Español», III (1926), pp. 200-226; A. UBIETO ARTETA, *La creación de la Cofradia militar de Bel*

chite, en EEMCA, t. V (1952), pp. 427-434; J. GOÑI GAZTAMBIDE, Historia de la Bula de la Cruzada en España, Vitoria, 1958, pp. 73-76.

- Anales Toledanos, I; MUNOZ, Col. de Fueros, p. 413; Documentos, n. 306; SERRANO Y SANZ, en «Bol. de la Real Academia Española», VIII (1921), p. 586; MINGUELLA, Hist. de la diócesis de Sigüenza, I, Colec. diplomática, p. 354; Documentos, n.º 21; A. UBIETO, Los primeros años de la diócesis de Sigüenza, en «Homenaje a Johannes Vincke», Madrid, 1962-1963, pp. 135-148; Documentos, n.º 26, 27, 118 y 307; A.C.A. Reg. 2.193, fol 47 v.º y 1.898, fol. 215; Documentos, n.º 116; LACARRA, Fueros de Navarra I. Fueros de Estella-San Sebastián, Pamplona, 1969, p. 55; COLMENARES, Hist. de Segovia, ed. 1637, pp. 109-110.
- 8 A.C.A. Perg. de Ramón Berenguer III, n.º 229; VILLANUEVA, Viage literario, XVI, apénd. I; A. GIMENEZ SOLER, La frontera catalano aragonesa, en «II Congreso de Hist. de la Corona de Aragón», Huesca, 1922. Documentos, n.º 29, 30, 31, 117 y 314; VIC ET VAISSETE, Hist. de Languedoc, III, 654; P. SANAHUJA, La batalla de Corbins, Lérida, 1949.

5. Expedición a Andalucía

Uno de los hechos de armas que más fama han dado al rey Batallador es su aventurada expedición por tierras de Levante, Murcia y Andalucía, de donde rescató a unos miles de cristianos (mozárabes) que estaban oprimidos por los almorávides. Paul Kehr llega a compararla con la que Napoleón realizara a Moscú, pero sin el fracaso que coronó esta última.

Ahora bien, una campaña tan audaz por el interior del territorio musulmán no podía ser fruto de la improvisación, y sabemos que Alfonso era hombre a la vez «experto y audaz en la guerra», como dice de él una crónica de la época. La expedición suponía un excelente conocimiento de los territorios por donde habían de pasar; un buen servicio de información sobre el estado en que se hallaban las guarniciones enemigas; la preparación de un ejército bien equipado y con elevado espíritu; una comunicación frecuente con las comunidades cristianas a las que trataba de liberar. Todo ello realizado en el mayor secreto para aprovechar el factor sorpresa. Sin duda la idea fue madurando en su mente desde que venciera a los almorávides en Cutanda.

Repoblación y defensa

El avance espectacular de las tropas aragonesas planteaba al rey dos graves problemas, los dos estrechamente unidos: la defensa y la repoblación del país. Defensa de las fronteras ganadas al Islam y también de la frontera con Castilla y de las guarniciones aragonesas que llegaban hasta Carrión, Castrojeriz y Burgos.

Para ello trataba de asentar aragoneses y navarros lo mismo en las tierras de la Extremadura que en Soria y en la nueva frontera aragonesa con el Islam. A falta de gentes del país, se aceptan en Aragón castellanos y gascones, pues tanto en las ciudades como en los campos —y sobre todo en los lugares estratégicos—, interesa asentar pobladores cristianos. Esta labor de colonización interior será una de las tareas más importantes, aunque de escaso brillo externo, entre las llevadas a cabo por Alfonso el Batallador a los largo de su reinado. Para las ciudades favorecía todo lo posible la inmigración de francos o extranjeros, que ya habían comenzado a instalarse desde hacía una generación en Jaca, Pamplona y Estella, y que él intensificó en Belorado, Sangüesa, Puente la Reina y otros burgos de la ruta de Santiago, con la concesión de fueros especiales.

El problema más grave, desde el punto de vista urbano, lo planteaba el llenar con cristianos las plazas más importantes, como Zaragoza y Tudela, a medida que los musulmanes que habían capitulado se iban trasladando a los arabales que les habían sido designados. A ello contribuyeron, en parte, los señores extranjeros que habían ayudado al rey en la conquista y a los que el rey otorgó como pago de su colaboración tierras y señoríos. Y en efecto, en Zaragoza encontraremos entre los pobladores de primera hora bastantes bearneses, como en Tudela encontraremos gentes procedentes de Normandía.

Porque el entusiasmo despertado en el sur de Francia por la Cruzada de España no se apagó con la toma de Zaragoza y siguieron llegando nuevos señores con sus huestes, unos espontáneamente, otros invitados por el rey. Tras Gastón de Bearn, sin duda el personaje más importante, que ya no se desvinculó de Aragón, donde participó en todas sus empresas bélicas hasta su muerte heroica en 1130, llegaron otros varios señores: Rotrou, conde del Perche, primo carnal del rey, a quien haría señor de Tudela; Gassion, vizconde de Soule, que será señor de Belorado; el conde Céntulo de Bigorra, que tendrá la mitad del señorío de Tarazona; Arnaldo de Lavedan, que tenía casas y tierras en Zaragoza, etc.

Como vasallos del rey, con grandes rentas, están obligados a poner sus huestes al servicio del Batallador, que pronto las emplearía en las muchas campañas que planeaba. Porque el rey no piensa ya en la defensa del país, sino en tomar pronto la ofensiva. Nada mejor para hacerse idea de la actividad del rey que seguir sus pasos en estos años. En marzo de 1124 estaba en Daroca, de donde pasó a Logroño y estuvo allí hasta mayo. En julio estaba sitiando el castillo de Haro, donde se habían alzado ladrón y Diego López, pues Alfonso había desposeído a este último de sus tierras de Vizcaya y Haro. De aquí pasó con su hueste hacia el interior de los territorios de Diego López y en el mes de agosto le vemos en Pangua, aldea del condado de Treviño.

En septiembre vuelve a la frontera de moros, e instala sus reales en la nueva población que allí ha fundado con el nombre de Monreal, actual Monreal del Campo. Allí está en septiembre y octubre ocupándose de la repoblación de la frontera, desde Cariñena hasta Singra, pero sobre todo estudiando las medidas necesarias para llevar a cabo su expedición por Andalucía. En la documentación privada se dice enfáticamente que el emperador Alfonso reinaba «en Aragón y en Castilla y en toda la tierra de cristianos y de los sarracenos de España». Al menos ésta era su aspiración y su programá.

Al entrar el invierno vuelve a Zaragoza, y en diciembre le vemos ocuparse desde Zaragoza, Gallur y Ejea del asentamiento de cristianos en el valle del Huerva¹.

Expedición a Peña Cadiella

En este invierno es cuando Alfonso organizó una audaz expedición a Peña Cadiella, que apenas es conocida de los historiadores.

Peña Cadiella, según el poema del Cid, Benicadell en la actualidad, es una cumbre en la zona del valle de Albaida que defiende el paso natural entre la huerta de Valencia y Alicante. Por allí pasaban los ejércitos almorávides cuando se dirigían a Valencia. Por eso el Cid había reedificado su castillo en 1091 para defender Valencia de los almorávides. En el invierno de 1096-1097, cuando Pedro I acababa de someter la ciudad de Huesca, recibe la llamada angustiosa del Campeador, y allí acude con una hueste acompañado de su hermano Alfonso. Sus tropas, unidas a las del Cid, pudieron abastecer la plaza cuando sus defensores se hallaban reducidos al último extremo. Por eso cuando el rey Alfonso planea su expedición por tierras de Valencia y Granada conoce perfec-

tamente la ruta que debe seguir y la importancia de tener asegurado el paso de Peña Cadiella. Tal fue el objetivo que se encomendó a una hueste que envió el rey en el invierno de 1124 a 1125, y de la que formaban parte sus tropas más escogidas. Iban en ella caballeros aragoneses, normandos y francos: los condes Rotrou del Perche y Gastón de Bearn; Galindo Sánchez, señor de Belchite, con cofrades y caballeros fronterizos; el obispo de Zaragoza, don Pedro de Librana; Silvestre de Saint-Calais, Rainald de Bailleul y otros.

El historiador normando Orderic Vital, que procura exaltar al máximo las gestas normandas, presenta la campaña de Peña Cadiella como una empresa netamente francesa, cuyos éxitos trata el rey Alfonso de superar con la posterior expedición a Andalucía.

La fortaleza estaba constituida, según Orderic Vital, por dos torres inexpugnables, que los expedicionarios reforzaron. Al cabo de seis semanas se retiraron, dejando sólo sesenta guardianes, que tuvieron que resistir un fuerte asedio durante tres días de agosto. La crónica nos cuenta las penitencias y ayunos a que se dedicaron los guerreros hasta que el día quince, tras una lucha que duró todo el día, sus enemigos se dan a la fuga por caminos desconocidos. Parece que la defensa de la fortaleza había sido encomendada tan sólo a Galindo Sánchez con sus cofrades (fratribus de Palmis), cuyo heroísmo alaba (vir multis laudandus), pues ellos solos, con el auxilio de Dios, pusieron en fuga al rey musulmán con sus 154.000 soldados, después de haber perecido innumerables en la pelea. Prescindiendo de estas fantasías del cronista, no cabe duda que la conducta de los cofrades de Belchite había impresionado fuertemente a los caballeros franceses. Consta que, en todo caso, Galindo Sánchez estaba va de vuelta en Aragón en 1125.

La entrada del nuevo año debió de sorprender al Batallador recorriendo las tierras de Huesca, pues en el mes de enero
lo encontramos en Bolea, en febrero está en Ayerbe, y en
marzo aparece en Uncastillo y Tarazona. En mayo sube hasta
Sangüesa y fecha documentos en la misma Sangüesa y en
Murillo-Berroya —en el valle de Romanzado— y en Huesca.
En junio estaba en Sádaba y se preocupaba de la repoblación
de Luesia. El 17 de junio le vemos en Haro, donde hace
constar que reinaba «en Zaragoza y por todo Aragón y
Pamplona hasta Carrión». En agosto estaba en Senegüé (partido de Jaca) y a fines de septiembre emprende la famosa

expedición por tierras andaluzas. El último documento que de él conocemos como expedido este año es una donación que hace a su merino Banzo Fortuñón con vistas a la repoblación que estaba realizando en Luesia. Está fechado el 29 de septiembre, en Plasencia —sin duda Plasencia de Jalón—«cuando el rey salió en la hueste de España» ².

Expedición a Andalucía

Sobre la expedición del rey a Andalucía disponemos de varios relatos de autores musulmanes que siguen la relación de Ibn al-Sayrafi, y que nos cuentan al detalle los incidentes desarrollados en tierras granadinas. Del lado cristiano las narraciones son mucho más breves. la más importante se contiene en la llamada «Crónica de los Estados peninsulares», de comienzos del siglo XIV, a la que siguen literalmente la «Crónica de San Juan de la Peña»; también informan de la expedición Orderic Vital y, con su acostumbrada concisión, los «Anales Toledanos». Los aragoneses siguen con interés la atrevida aventura de su monarca, y en las datas de año de sus documentos puede seguirse su itinerario con bastante precisión, lo que indica que los correos circulaban con alguna regularidad.

A base de todas estas fuentes procuraremos hacer un relato coherente de los hechos más notables.

No eran una novedad las relaciones de los cristianos andaluces con el reino de Aragón. Recordemos que en 1084 eran trasladados a San Juan de la Peña los restos de San Indalecio, primer obispo de Urci, junto a Almería, y la inmigración de mozárabes no debía ser infrecuente. Conocemos el caso de Pedro de Almería, que pasó a Aragón a servir al rey Sancho Ramírez, que más tarde fue canónigo de Huesca, se retiró a Jaca y a Sasabe, y todavía vivía en 1116, en que hacía testamento. La situación de los cristianos andaluces había empeorado con el dominio de los almorávides, fanáticos saharianos. La destrucción de una iglesia en las afueras de Granada por orden del emir Yusuf b. Tasfin, incitado por los alfaquíes, enconaría los ánimos (23 mayos, 1099).

Insisten los autores árabes en que los cristianos de la zona de Granada, de las montañas del Darro y de las Alpujarras enviaron al rey de Aragón «cartas sobre cartas y mensajes tras

mensajes, en súplica de que se aprestase y viniese sobre Granada; y como viesen que dudaba, le enviaron un registro que contenía los nombres de doce mil de sus mejores combatientes, y en el cual no habían apuntado a ningún viejo ni a ningún adolescente. Informáronle también que además de las personas allí nombradas, y que ellos conocían porque moraban en su vecindad, había otras muchas que estaban ignorantes del caso por vivir a gran distancia; pero que se descubrirían tan pronto como el rey en persona se dejara ver. De tal modo le inspiraron el deseo de intentar la empresa, y trataron también de mover su curiosidad y excitar su interés describiéndole todas las excelencias de Granada, con que aventaja a todos los demás países; su dilatada vega, sus copiosas producciones, su trigo, su cebada, su lino, su abundancia en seda, en viñas, en olivares y en toda clase de frutos; sus muchas fuentes y arrovos, su fortísima alcazaba, el dulce carácter de su pueblo, la urbanidad de sus ciudadanos, la belleza de sus nobles y de sus mujeres. Añadieron que una vez conquistada esta bendita ciudad, le serviría de punto de partida y apoyo para conquistar otras, y, finalmente, que esta comarca, según se leía en las historias de ella, había sido conquistada por los reves como la mejor parte de España».

Tal como lo presentan los autores árabes, más que a liberar a los cristianos oprimidos, el plan tendía a instaurar en Granada un principado cristiano apoyado por los mozárabes. Es muy probable que el ejemplo de la Valencia sometida al Cid—que había conocido en su juventud— estuviera muy presente en la imaginación del rey de Aragón.

Alfonso se dejó convencer y reunió un ejército escogido de cuatro mil caballeros, según unos, o cinco mil caballos y quince mil infantes, según otros. De la expedición formaban parte Gastón de Bearn y los obispos Pedro de Zaragoza, Esteban de Huesca y Ramón de Roda. El rey abandonó Aragón a finales de septiembre y el 20 de octubre llegó a Valencia. Se dice que el Batallador ocultó su salida y no se conoció su plan hasta que llegó a Valencia. Todos los componentes de la expedición se habían juramentado para no abandonarse los unos a los otros.

Pasó junto a Valencia, donde había guarnición almorávide al mando de Ben Warqa, con la que tuvo alguna escaramuza. Se le unieron muchos cristianos, bien para incorporarse a su ejército o para servirle de guías e informadores. Atacaron Alcira, sin éxito, luego fueron a Denia, que atacaron la noche del 31 de octubre y talaron los campos. Por el desfiladero de Játiva y Peña Cadiella pasaron a Murcia, de aquí a Vera, luego a Almanzora y a Purchena, y en Tíjola se detuvo la hueste ocho días a la orilla del río. De aquí pasó a Baza, y viendo que la ciudad estaba situada en una llanura y que la mayor parte de los barrios no estaban amurallados, Alfonso quiso tomarla, pero no pudo. Se dirigió a Guadix que atacó por el lado de los cementerios; acampó en la alquería de Graena y luego en la de Alcázar volviendo a atacar Guadix por el poniente. Aquí estuvo cerca de un mes y pasó la Navidad «con grant gozo y con bastecimiento de viandas».

Alfonso envió mensajeros a los cristianos de la región y entonces se descubrió el secreto de su llegada. El gobernador almorávide Abu-l-Tahir, que residía en Granada, no se consideró con fuerzas para reprimirles y encerrarles a todos en prisión, y los mozárabes se fueron deslizando por distintos senderos hasta el campamento del rey. Se ordenó una movilización general y se pidieron refuerzos a Africa, a Murcia y a Valencia. El emir almorávide, hermano del gobernador, envió desde Africa un ejército numeroso.

Desde Guadix, por Diezma, las tropas aragonesas se presentaron a la vista de Granada el día 7 de enero de 1126. Alfonso contaba entonces, al decir de los autores árabes, cincuenta mil hombres bajo sus banderas.

Las atalayas anunciaron la aproximación del ejército cristiano y el pánico cundió en la ciudad. Las murallas se llenaron de gente y no se dejó en las casas más que a las mujeres y a los niños. Durante más de diez días estuvo Alfonso inmóvil en su campamento, instalado en la aldea de Nivar, esperando que los cristianos de Granada saliesen a su encuentro y le abriesen las puertas de la ciudad. Como llovía mucho y aún helaba, no podía enviar sus tropas para proveerse en los alrededores, y eran los mozárabes los que se trasladaban hasta su campamento llevándole víveres y forrajes; la caballería de los musulmanes lo rodeaba y se le acercaba sin atacar.

Entre tanto escribió al jefe de los mozárabes de la capital, llamado Ibn al-Qalas, reprochándole por haberle llamado sin haber cumplido luego lo prometido. El se excusó por la tardanza en llegar el ejército cristiano, pues la lentitud de su marcha y sus continuas paradas habían dado tiempo para que

se congregaran las fuerzas musulmanas hasta de la otra orilla del Estrecho; se lamentó de que después de haber sacrificado todo, no podían esperar perdón por parte de los musulmanes. Sin duda los más comprometidos decidieron sumarse al ejército de Alfonso y, según Orderic Vital, éstos eran cerca de diez mil.

Fracasado el intento primitivo, la hueste de Alfonso recorrió las tierras de Granada y Córdoba tanteando las posibilidades y causando el mayor estrago posible sobre el enemigo. De Macarena fue a Pinos-Puente, y por Assica (probablemente Las Angosturas, en término de Montefrío) pasó a Luque, Baena y Espejo, en dirección a Córdoba. Luego se desvió hacia Cabra y Lucena, desde donde volvió a pensar en ir a Córdoba, dirigiéndose a Aguilar.

Abu Bakr, hijo del emir de los musulmanes, llegó con un ejército de Sevilla, cuando ya Alfonso se había retirado de Granada, y fue a su alcance. El encuentro tuvo lugar en Arnisol, Arinzol o Aranzuel —hoy Anzul—, a tres leguas de Lucena, en término de Puente Genil. Los musulmanes atacaron de madrugada y les quitaron gran número de tiendas. A medio día Alfonso vistió su armadura y colocó sus hombres en cuatro cuerpos o escuadrones, lo que contribuyó a su victoria, ya que los musulmanes peleaban esparcidos por el campo. Cuando se puso el sol, Abu-l-Tahir mandó levantar sus tiendas de una hondonada para colocarlas en una colina, lo que desmoralizó a los combatientes que buscaron la salvación en la fuga. Alfonso no se decidió a entrar en el campamento enemigo hasta una hora muy avanzada de la noche. Este encuentro victorioso había tenido lugar el día 10 de marzo.

El ejército cristiano cambió de dirección y se volvió hacia el sureste por la parte más pobre de las Alpujarras y fragosidades del río Guadalfeo, hasta llegar a la costa por Motril y Salobreña. Al pasar por estas gargantas, entre rocas escarpadas, dicen que Alfonso se volvió hacia uno de sus principales caballeros y le dijo: «¡Qué tumba si alguien nos tirara arena desde arriba». Al llegar a la costa de Vélez-Málaga hizo preparar un barco pequeño, desde el que pescaron un pez y se lo comió. «¿Es que había hecho un voto que ahora cumplía —dice el cronista musulmán— o lo hacía solamente para que luego se hablara de él? Lo ignoro».

Desde aquí volvió a tomar el camino de Granada y acampó en la aldea de Dilar, luego en Alhendin, a una legua de Gra-

nada y en las cercanías de La Zubia. Entonces llegaron los refuerzos africanos con las tropas de Mequínez, mandadas por Abu Halfs b. Tuzyin, y las de Fez, por Inalu al-Lamtuni, que acosaban a Alfonso. Este se fue retirando por Alicún de Ortega a Guadix, donde se le adelantó Inalu, que le atacó por el lado del río, matando a uno de los principales capitanes de Alfonso. Este éxito valió a Inalu el nombramiento de gobernador de Granada en lugar del inepto Abu-l-Tahir Temim. Ya en retirada y atacado por los musulmanes, pasó por el llano de Caravaca, cercanías de Murcia y Játiva, para entrar directamente en su reino, donde estaba de regreso en el mes de junio.

Aunque el objetivo fundamental de la empresa —crear un reino cristiano en Granada- no se había conseguido, la campaña suponía una gran audacia y decisión por parte de su jefe y unas excelentes dotes de organizador. Como acudía más a una toma de posesión que a una guerra de conquista, no llevaba material de guerra para asaltar ciudades amuralladas. Por eso ninguna ciudad fue ocupada, pero en campo abierto venció en la única batalla campal que le ofrecieron los ejércitos enemigos. Una retirada en estas condiciones es siempre penosa. Recordemos que al ejército de Alfonso se habían sumado gran número de cristianos granadinos no combatientes, y que no obstante lo que trabarían su marcha, logró llevarlos hasta Aragón. Los autores musulmanes ponderan las pérdidas del ejército aragonés, en el que dicen que, además, se cebó la peste. La vida de San Ramón, obispo de Roda, nos cuenta cómo el hambre, el frío, las dificultades del camino. diversas enfermedades y la intemperie se cebaron sobre los expedicionarios, y que San Ramón hizo cuanto pudo por remediar estos males. El mismo falleció a su regreso, en Huesca, el 21 de junio, víctima de las penalidades del viaje.

Una vez en Aragón, Alfonso cuidó a estos mozárabes que, como decía, «con el auxilio de Dios saqué del poder de los sarracenos y conduje a tierra de cristianos». Ellos, según reconocía el rey, «habían dejado sus casas y sus heredades y se habían venido a poblar sus tierras». Era lógico que el rey tratara de instalarlos decorosamente. No podían ser siervos ni vasallos de ningún señor, sino que gozarían de plena libertad y franquicia, ellos y sus descendientes, con cuanto pudieran cultivar y adquirir en las villas y términos que les adjudicara. Quedaban exentos de *lezda*—impuesto sobre la circulación

de productos— al igual que los infanzones; no serían llamados a ninguna hueste ni cabalgada contra cristianos, y en todo momento podrían apelar en sus juicios a la justicia real, y si el rey no se encontraba en aquellas tierras se aplazaba la resolución del asunto hasta que estuviera presente³.

Notas

¹ LACARRA, A propos de la colonisation «franca» en Navarre et en Aragon, en «Annales du Midi», t. 65 (1953), pp. 331-342; del mismo, Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador, en «Cuadernos de Historia», II (1968), pp. 65-80; del mismo, Alfonso el Batallador y las paces de Tamara. Cuestiones cronolgicas (1124-1127), en EEMCA, t. III (1947), pp. 461-473.

² MENENDEZ PIDAL, La España del Cid, 4.ª ed., p. 528; LACARRA, Los franceses en la reconquista, p. 69; del mismo, Alfonso el Batallador y las paces de Tâmara, p. 464; M. GUAL CAMARENA, Precedentes de la Reconquista valenciana, Valencia, 1952, p. 12.

³ F. BALAGUER, Notas documentales sobre los mozárabes oscenses, en EEMCA, t. II (1946), pp. 397-416; DOZY, Recherches, I, 3. ded., pp. 348 y ss.; SIMONET, Historia de los mozárabes de España, Madrid, 1897-1903, pp. 745 y ss. Al-Hulal al-Mawsiya, trad. A. Huici Miranda, Tetuán, 1951, pp. 108 y ss.; IBN IDARI, Al-Bayan al-Mugrib, ed. Huici Miranda, pp. 160 y ss.; HUICI MIRANDA, Los Banu Hud de Zaragoza, pp. 27 y ss.; Vita sancti Raimundi, en VILLANUEVA, Viage literario, XV, pp. 314 y ss.; Documentos, n.º 51.

Fijación de fronteras y política exterior

El texto del fuero otorgado a los mozárabes nos está revelando la continua movilidad del rey. En su mente está el recorrer periódicamente todos sus reinos, y que sus súbditos puedan dirigirse a él directamente a exponer sus quejas. Y en efecto, la documentación nos prueba, pese a sus innumerables lagunas, que el rey estaba en continuo movimiento. Se preocupa por la seguridad de las fronteras, pero persiste en él la idea de la expansión a costa del Islam. Esta expansión no siempre era fácil, y le obligó en ocasiones a sostener asedios de castillos durante largos meses, en los que se ponía a prueba la tenacidad del monarca. En algún caso estas empresas exteriores más que a su propia iniciativa se debían a compromisos adquiridos anteriormente y que de una u otra forma tenía que liquidar. Tal era, en primer lugar, la cuestión de la frontera con Castilla.

Las paces de Támara

Mientras la hueste aragonesa estaba en Andalucía, en Castilla han ocurrido graves acontecimientos que obligarán a distraer la atención del rey en esta dirección. El 8 de marzo de 1126 muere doña Urraca, dando con ello paso, de forma definitiva, a la sucesión a la corona de Castilla y León. Alfonso Raimúndez reclama los derechos de su madre, pero como su padrastro tiene guarniciones establecidas hasta en Carrión, aún prescindiendo de otras tierras de soberanía más controvertida —las reivindicadas por el Batallador como descendiente de los reyes de Navarra, y la Extremadura Soriana, por él

repoblada—, son muchas las tierras sobre las que el rey de Aragón tendrá que comar una decisión en plazo perentorio. Tal vez estos sucesos le decidieran a acelerar el regreso desde Andalucía.

En efecto, Alfonso Ramírez, desde ahora Alfonso VII, al día siguiente de la muerte de su madre hacía su entrada en León y pronto comenzó a recibir la adhesión de los prelados y de la alta nobleza. En Ricobayo (Zamora), a donde se trasladó desde León, tiene un coloquio con su tía doña Teresa de Portugal, firmando paces, y pronto se le suman los señores de Galicia, Cea, Saldaña y del sur del Duero. Algunos parece que sólo muestran una adhesión externa, y que en el fondo su simpatía está por el rey de Aragón. Tal ocurría con los condes castellanos Pedro de Lara y su hermano Rodrigo González, que residían en las Asturias de Santillana, y Jimeno Iñiguez, que gobernaba en tierras de León.

Al rey de Aragón atendía no sólo la guarnición de Carrión, sino la de Castrojeriz y los castillos próximos, la de Burgos, Villafranca Montes de Oca, Belorado, Nájera, etc.

Aquel invierno, sin embargo, otros asuntos distrajeron su atención. Tal vez aprovechando la ausencia en Andalucía, los moros de la zona de Fraga-Lérida hicieron una atrevida incursión por tierras del interior, que hacía muchos años no no habían presenciado el paso de los musulmanes, y llegaron hasta Lascuarre, al pie de la sierra del Castillo de Laguarres. Para rechazar y castigar estas agresiones, o tal vez para sondear la actitud del conde Barcelona ante la sucesión al trono castellano-leonés, Alfonso tuvo una entrevista en Calasanz con el conde de Barcelona y sus dos hijos, el futuro Ramón Berenguer IV y Berenguer Ramón.

Al comienzo del año 1127 encontramos al monarca aragonés en Huesca, Sos y Sangüesa dictando disposiciones sobre la repoblación del reino y otros asuntos de gobierno interior: fueros de Zaragoza, Tormos, Cabanillas. En Pamplona asistió a la consagración de la iglesia catedral, pasando luego por Estella a Entrena, cerca de Logroño, donde estaba en el mes de abril.

El 30 de abril las tropas de Alfonso VII, eficazmente ayudadas por los judíos y cristianos de la ciudad, ocupan el castillo de Burgos después de herir a su defensor, el aragonés Pedro Arnal. El rey de Aragón se ve obligado a tomar cartas en el asunto. Hasta ahora ha obrado con gran parsimonia en la cuestión de la sucesión al reino de León. Espera, sin duda, a que primero se aclaren las cosas en el país, para luego tomar posiciones. No sueña con reconquistar unas tierras que no pudo someter cuando contaba con mejores títulos, pero tiene que amparar a las guarniciones que le son fieles en territorio castellano. Tiene que dar una impresión de fuerza para que las posiciones que conserva a lo largo del camino de Santiago, no cedan ante la popularidad creciente del hijo de doña Urraca, o a lo menos para negociar su traspaso al nuevo monarca. En el mes de junio le encontramos en Briviesca y en julio está con sus huestes entre Castrogeriz y Hornillos del Camino, en el valle de Támara. Es allí donde tuvo lugar el encuentro con el ejército leonés, que acabó en pacto.

De lo que allí ocurrió tenemos dos versiones. Una, la de la *Crónica de Alfonso VII*, triunfalista, que es un continuo ditirambo de su biografiado y cuyo autor guarda un resentimiento enconado contra el rey de Aragón, pero cuya parcialidad se trasluce fácilmente. La otra, más ecuánime, que nos transmiten el arzobispo Ximénez de Rada y la *Crónica de San Juan de la Peña*, los cuales parece que, además, dispusieron del texto de los acuerdos allí tomados.

Según esta versión, el rey de León, inducido por los mediadores entre ambos ejércitos, suplicó a su padrastro que le restituyera de hecho el reino de sus mayores, ya que no podía privarle de él en derecho, pues él estaba dispuesto a ayudarle como un hijo. No olvidemos que en aquellas fechas el rey de Aragón carecía de descendencia y bien podía Alfonso VII ser su heredero eventual. El Batallador, conmovido, accedió a los ruegos de su hijastro y ordenó que todos los que tenían castillos y fortalezas por él se las restituyeran al joven Alfonso. Firmada así la paz, volvieron cada cual a sus tierras, quedando en adelante amigos y Alfonso VII restituido en el trono de sus mayores.

¿Cuál era el alcance de esta retitución? De acuerdo con el pacto de Támara, el Batallador entregaría a Alfonso VII antes de cueranta días el reino que le correspondía por derecho hereditario, tal y como lo tuvieron sus padres. Esta fórmula vaga del cronista se concretaría mejor en las cartas que con este motivo se redactaron. Naturalmente no todas las tierras que habían constituodo el reino de Alfonso VI pasaron inmediatamente a poder de su nieto Alfonso VII. Parece que éste

renunciaba a todas las adquisiciones por Castilla a lo largo del siglo XI, en la frontera con Navarra, restaurándose los viejos límites navarros según quedaron a la muerte de Sancho el Mayor, hasta cerca de la ciudad de Burgos. El Batallador renunciaba al título de emperador, que le había correspondido mientras mantuvo sus derechos al reino de León, pero que va apenas utilizaba. Sabemos que el rey de Aragón conservó Alava y parte de Castilla, Soria y la Extremadura Soriana hasta San Esteban de Gormaz, donde se mantuvo guarnición aragonesa. Una plaza donde, contra el texto del pacto, se mantuvo guarnición aragonesa fue Castrojeriz. En realidad, su último gobernador, el conde Beltrán, sobrino del Batallador, y yerno del conde Pedro de Lara, no era sino uno de tantos caballeros rebeldes a Alfonso VII, que el nuevo rey de Castilla iba paulatinamente sometiendo a su autoridad. Se sostuvo allí hasta 1131 1.

La frontera de Molina a Almazán

Alfonso conservaba Soria, que él había poblado con gentes de su reino. Más controvertida podía ser la solución de aquellas plazas de la frontera, como Atienza, Sigüenza y Medinaceli que, ocupadas primero por Alfonso VI, se habían perdido tras la batalla de Uclés (1108), para ser recuperadas después por el rey de Aragón. Se estimó que debían corresponder a la corona de Castilla, y Alfonso VII, antes de que expirara el plazo señalado en Támara, disponía de las regalías actuales y futuras de estas plazas en favor de la catedral de Sigüenza. Intentó hacer lo mismo con ciertos bienes dentro de Soria, pretêndiendo ignorar que Soria era una población aragonesa.

Se imponía, pues, por parte del rey de Aragón dejar bien delimitadas las fronteras de estos territorios, ya que la ocupación del valle del Jalón por parte de Aragón había planteado una situación nueva. Parece que, incluso, cuando Alfonso I llevó a cabo la restauración de la sede episcopal de Sigüenza (1121-1122) la había dotado con todas las tierras que en su reino habían sido conquistadas desde junio de 1120 hasta enero de 1121 o 1122, es decir, Sigüenza, Medinaceli, Ariza, Calatayud y Daroca, por lo menos. Al quedar ahora la sede de la nueva diócesis en territorio castellano las cosas se complicaban todavía más.

Alfonso, cuando regresaba de Támara se dirige a Tudela y se preocupa de la repoblación de Cella, preparando así el avance que proyecta hacia Valencia. A comienzos de octubre lo encontramos en su fundación de Monreal, ocupándose de esta última ruta, pero inmediatamente, ese mismo mes le vemos dirigirse a Castilnuevo, sobre Molina, dispuesto a ocupar esta plaza. ¿Cuál era su objetivo inmediato? ¿Preparar una nueva vía de avance hacia Albarracín y Valencia? ¿Señalar mejor la frontera de la futura expansión castellana y aragonesa? La conquista de Molina fue, desde luego, un empeño decidido del monarca, que realizó tras grandes y penosos esfuerzos.

En febrero de 1128, es decir, en pleno invierno, le vemos otra vez sobre Molina, y ya no se movería de esta zona hasta la conquista de la plaza en el mes de diciembre. Mientras tanto se ha ocupado de la fortificación de la frontera con Castilla: en Soria instala como señor a Fortún López, y establece otros señores en Los Fayos, Borovia, Agreda, Almenar de Soria, Alamazán y Berlanga de Duero. Avanzando por la serranía de Molina a Albarracín ha puesto una guarnición en Traid. A la vez que mantiene sus ejércitos sitiadores en Castilnuevo, sobre Molina, se ocupa intensamente de la repoblación de Almazán, a la que pondría el nombre de Placencia, y él pasó todo el año moviéndose entre Castilnuevo y Almazán. Entonces estableció un segundo Monreal, el actual Monreal de Ariza, como señalando el límite máximo de sus pretensiones territoriales por el curso del Jalón.

Estos movimientos atrajeron la atención de los consejeros del rey de Castilla, que se dirigió a esta frontera en el verano de 1128 para evitar la fortificación de Almazán y la colonización de este sector por los aragoneses. La versión que de este episodio da la *Crónica de Alfonso VII*, plagado de errores, sólo acredita la animadversión antiaragonesa de su autor. El Batallador, pese a las tentativas castellanas, prosiguió impertérrito la repoblación de Almazán, se ocupó de colonizar Ribarroya —tres leguas al sur de Soria, en el Duero— y siguió con el asedio de Molina, que se ocuparía, por fin, en el mes de diciembre. Desde Molina, siempre con la vista puesta en la ruta de Valencia, se preocupaba de que el monasterio de Montearagón poblara y defendiera las plazas de Singra y Torre de la Cárcel.

El rey se retiró ese mismo mes de diciembre a Sos, donde

estuvo ocho días enfermo de los ojos. Es la única noticia que nos transmite la documentación de la época, relativa a la salud del rey. En esta ocasión le asistió su médico Pere Guillem. Por otro documento sabemos de otro médico suyo llamado Simón, sin duda judío. Estando en Sos concedió fueros a los que acudieran a poblar Encisa, en las Bardenas Reales, no lejos del actual monasterio de La Oliva ².

Monreal y su Militia Christi

Que Alfonso no renunciaba a volver por tierras levantinas se ve en el interés que pone en avanzar por la paramera del río Jiloca y en fortificarla. Había repoblado Daroca, otorgándole un fuero de frontera, y su gobierno había sido encomendado a Fortún Garcés Cajal, personaje importante —el P. Moret piensa que emparentado con la familia real aragonesa— y también repuebla toda la ribera del Jiloca hasta Cella, cuando menos. De gobernar esta última plaza se encargó otro personaje de la confianza del rey: Ato Orella, señor de Sos y de Ricla, y que además regía la plaza fornteriza de Cutanda. En 1128 se ocupaba Ato Orella en instalar colonos en Cella.

Por entonces, o tal vez en 1124, antes de su expedición por Andalucía y de emprender la conquista del macizo montañoso de Molina, había organizado el rey otra milicia, análoga a la de Belchite, en Monreal. Esta Militia Christi se había establecido con el consejo de Gastón de Bearn, a la manera de las de Jerusalén, y su objetivo era, «una vez sometidos todos los sarracenos de esta parte del mar, abrir una ruta para navegar hasta Jerusalén». Es decir, el mismo que había presidido la constitución de la cofradía de Belchite.

Analicemos el texto de la memoria de su constitución, pues nos revela bien el ambiente de cruzada que se respiraba entre los seguidores del rev.

Como entre Daroca y Valencia, se dice en ella, apenas hay caminos y los campos están en gran parte deshabitados, se decide edificar la ciudad de Monreal —«esto es, morada del rey celestial»—, en la cual tenga la milicia su propia sede y los que van y vienen tengan un cobijo seguro. Para sustentación de sus caballeros asigna la mitad de las rentas de la ciudad y la cuarta parte —«la mitad de la mitad»— de las rentas reales de un extenso territorio montañoso que com-

prende desde Segorbe, Buñol, Cuenca, Molina, Bubierca y el Puerto de Cariñena. Eran territorios en muy pequeña parte sometidos, la mayor parte en poder del Islam, pero que se señalan como campo de futuras conquistas de la milicia, y de momento muchos de ellos pagan tributos o «parias» por asegurar su tranquilidad de los cabalgadores de la Milicia. La misma norma se había de seguir al constituirse más adelante las Comunidades de Daroca, Teruel, Albaracín y otras. La Milicia estaría dotada también con la mitad del quinto que por el botín cogido al enemigo correspondiera al rev en territorio situado al sur del Ebro, la quinta parte de todas las rentas de sus tierras y de sus regalías; en todas las ciudades y castillos importantes que se conquistaran, los caballeros de la Milicia tendrían uno de los mejores alodios o tierras en plena propiedad. Cada año cobrarían mil sueldos en Jaca y otros tantos en Zaragoza, y durante cinco años quinientos cahíces de trigo v otros tantos de cebada.

El rey se constituyó como un caballero más de la Milicia. Los caballeros quedaban exentos de toda servidumbre, especialmente de pagar el quinto del botín, y gozaban de otras seguridades, como los de la Milicia de Jerusalén. Los obispos y clérigos participaban también de las ventajas y gracias otorgadas a la Milicia y para ello debían aplicar una misa por año por los cofrades difuntos y bienhechores de la misma. Los obispos, por su parte, conceden a sus miembros las mismas indulgencias que los papas habían otorgado a los cruzados de Jerusalén, y añaden que mandarán a sus clérigos celebrar dos misas anuales por el rey y por sus próceres, especialmente por los miembros de la cofradía. El arzobispo Guillermo de Auch se hacía personalmente cofrade, confirmaba las absoluciones anteriores y otorgaba 40 días de indulgencia a los que dieran a la misma un dinero al mes. Encargaba de recaudar esta limosna en su nombre a Sancho Garcés.

Par la creación de esta milicia se tiene muy presente el ejemplo de las de Jerusalén, que aunque todavía en gestación, estarían en la memoria de Gastón de Bearn, que la inspiró, y en la de los caballeros y peregrinos que iban y venían de Tierra Santa. No cabe duda que las personas de la mayor intimidad del rey respiraban el mismo ambiente. Fortún Garcés Cajal, que ya debía set muy entrado en años en octubre de 1133, cuando le mataron a su hijo García «en quien tenía puesta toda su esperanza», hacía donación de sus bienes en

Zaragoza al Hospital de Jerusalén, los de Tudela a la Orden del Temple y los de Tarazona a Santa maría de Belén, y él tomaba la decisión de ir a visitar los Santos Lugares. Uno de sus sobrinos, Lope Cajal, moriría en Fraga y antes dispuso que la heredad que había recibido de su tío en Tudela pasara a la Orden del Temple. Lope Garcés Peregrino, señor de Alagón, Pedrola y Epila, dejaba al morir todos sus bienes a la iglesia de Nuestra Señora de Zaragoza, al Temple y al Hospital de Jerusalén. La hija de Jimeno Fortuñones de Laet, personaje éste que acompañaba al rey cuando redactaba su famoso testamento, dejaba a la Orden del Hospital la heredad que tenía en Zaragoza procedente de su padre 3.

Expedición a Valencia y victoria de Cullera

Una vez tomada Molina, tras de pasar el invierno en la ribera del Ebro y de ocuparse de la repoblación de Ribarroya, al llegar la primavera emprendió la marcha sobre Valencia.

Una expedición de esta naturaleza no se improvisaba. Las convocatorias se circularían con bastante antelación; la preparación de bagages requería tiempo, y no se hacía con el secreto con que los estados mayores de nuestros días preparan sus planes de campaña. El servicio de información funcionaba perfectamente entre los dos campos. No olvidemos que las tierras de Aragón seguían en su mayor parte cultivadas por musulmanes.

El hecho es que, tan pronto como el emir Ali b. Yusuf tuvo noticia de que el rey de Aragón se proponía invadir de nuevo el territorio musulmán, recordando la invasión anterior, tomó sus precauciones e impuso a sus súbditos cupos suplementarios de negros, que saliesen a campaña, reforzando a las tropas regulares. Sabemos que el cupo señalado a los habitantes de Fez fue de trescientos jóvenes negros, alimentados, pagados y armados a costa de la ciudad. Todos los negros reclutados se concentraron en Murcia al mando del caid Yaddar b. Warqa, y el jefe de todo el ejército fue el gobernador de Sevilla Yahya ibn al-Hayy.

A comienzos de mayo Alfonso estaba sitiando Valencia, aunque tal vez su propósito no fuese tanto tomar la ciudad como ocupar posiciones con vistas a una conquista definitiva. Probablemente entonces ocuparía los castillos de Liria y Villa-

marchante, que dio en feudo al obispo de Zaragoza con sus términos, reservándose el rey la mitad de los derechos. Liria era una de las posiciones que en 1089 había establecido Mostain de Zaragoza para ayudar al conde de Barcelona a conquistar Valencia. Su posición estratégica en relación con la futura conquista de la plaza era indudable.

Durante el mes de julio, Alfonso seguía en los campos de Valencia, llegando hasta Cullera, cerca de Alcira, donde se encontraron los dos ejércitos, siendo derrotados los musulmanes. El Batallador persiguió al enemigo y se apoderó de armas, bagajes y cabalgaduras. Sucumbieron, según los autores árabes, más de 12.000 musulmanes, entre muertos, heridos y prisioneros. Las crónicas de Aragón nada nos dicen, y tan sólo por algún documento particular sabemos que el rey se hallaba por estas fechas ausente del reino, en Valencia.

Al saberlo Ali se apesadumbró y mandó que se escribiese a los lamtuníes afrentándoles por su abandono al dejarse unos a otros sin socorrer hasta sufrir una vergonzosa derrota. Los encargados de hacerlo fueron dos hermanos, secretarios famosos. La carta de uno de ellos se hizo famosa y casi la totalidad de la gente de Al-Andalus la sabía de memoria. El texto de la otra aún era más duro, pues los llama «hijos de la envilecida y oprobio de la derrota. Ojalá que en vez de ensillar caballos, tuviéseis ovejas para ordeñarlas sentados. Es hora de que os ampliemos los castigos, o si no, que os cubrais el rostro con el velo y os devolvamos a vuestro desierto y limpiemos la Península de vuestra suciedad». Alí, que aunque estaba en Marrakus, no debió leerlas, irritado al enterarse de su contenido, los destituyó de sus cargos de secretarios, por convencerse de que, como andaluces, odiaban a los almorávides.

Conocemos también dos cartas de Alí b. Yusuf referentes a la batalla de Cullera. La primera va dirigida al emir Abu Muhammad b. Alí Bakr desde Marrakus, el 26 de julio de 1129. En ella le acusa recibo de la suya sobre la derrota de Cullera. Afirma que al principio el encuentro fue favorable a los musulmanes, pero que el final y los resultados son los que se alaban o censuran en estos casos. «Os encontrasteis con un enemigo inferior en número y debísteis ser enérgicos y fuertes en defender a vuestras familias». Les recrimina por su cobardía y les exhorta a corregirse y arrepentirse. Informado de que al enemigo le llegaban refuerzos desde su retaguardia, les manda ponerle espías en sus caminos y que estén atentos a lo que

ocurra, de modo que si recibe refuerzos, se les corte el camino antes de que lleguen.

De ella deduce el señor Huici Miranda que la batalla debió librarse a fines de junio o principios de julio y así dar tiempo a Alí para contestar a la comunicación del encuentro. El final de su texto comprueba, por otra parte, la afirmación de los documentos cristianos sobre la prolongada estancia de Alfonso en la región valenciana, al acampar ante Valencia y recibir refuerzos desde su reino.

En una segunda carta asegura Alí a sus destinatarios, después de repetir los mismos razonamientos de la primera, que irá en persona a socorrerlos con el mayor empeño, para que se calmen, y pone a Allah por testigo de su buena voluntad 4.

El viaje al valle de Arán

Hemos visto cómo un suceso militar tan importante como fue la expedición aragonesa a Valencia y la victoria de Cullera, que puso en movimiento hasta los lamtuníes de Marruecos, es totalmente ignorado por los cronistas de Aragón. Es que éstos, como ya sabemos, no empezaron a escribir hasta un siglo después, y sus fuentes de inspiración son en buena parte castellanas. Por eso es más de lamentar que sobre otros movimientos del rey, al parecer de gran trascendencia política, no tengamos otra referencia que la escueta mención del lugar de data de sus documentos. Me refiero, en este caso, a su viaje al valle de Arán y a los tenaces esfuerzos que realizó para conquistar la ciudad de Bayona.

En el mes de septiembre de 1129 se hallaba Alfonso de vuelta de su expedición a Valencia, después de cuatro meses de ausencia, y estando en Tafalla otorgaba fueros a los francos que desde tiempo atrás se habían establecido en el barrio de San Saturnino de Pamplona. En el mes de noviembre le vemos ocupándose de la repoblación de Ribota, no lejos de Calatayud, y en enero y febrero del año 1130 se hallaba en Monzón entregado de lleno a la repoblación de esta villa y de su zona. Tal vez estuviera en Tolva el día 1 de marzo, fecha en que el arzobispo de Tarragona, acompañado de los obispos de Roda y Huesca consagraba la iglesia de Santa María. Inmediatamente le vemos emprender el viaje al valle de Arán, donde lo encontramos el día 13 de ese mes.

Es el valle de Arán uno de esos valles pirenaicos cerrados que debía gobernarse muy comunitariamente, procurando eludir la sujeción a ninguno de los señores feudales dominantes en ambas vertientes del Pirineo. Es posible que por esto mismo sus gentes buscaran la protección de un poder lejano y, por tanto, menos molesto, como era el del rey de Aragón. El hecho es que en 1108 ya se decía que Alfonso reinaba en Arán, y aun cuando ya no encontramos más alusiones a su dominio en este valle, tampoco se sabe que ninguno de los señores colindantes —de Comminges o de Pallars— ejerciera ningún derecho dominical sobre el mismo.

Ahora el rey de Aragón hace acto de presencia en Arán, donde está tal vez desde marzo hasta agosto. Que no está en plan de conquista, sino ejerciendo el gobierno como en uno de tantos territorios de su reino, lo vemos por los documentos que allí expide. El 13 de marzo ordenaba a «sus barones de Arán y a sus fieles», que dieran la décima de los derechos que en el valle correspondían al rey al sacerdote Calvet, de Santa María de Mitg Arán. Desde Bosost de Arán expide otros documentos para el monasterio de Oña o para algún vecino de Zaragoza. Esta documentación revela que la comunicación que el rey mantenía con los súbditos de todos los extremos de sus reinos era normal, y que su cancillería estaba perfectamente informada de lo que ocurría en el reino.

En efecto, la donación que hace a Oña del monasterio de San Pedro de Noceda supone una gestión previa por parte del monasterio castellano, y un ir y venir de mensajeros, y en el documento expedido con este motivo se tiene cuidado de hacer constar quiénes representaban al rey en aquellas tierras: los señores de Alava, Castilla, Mena y Peralada, puestos estos últimos de interés muy secundario que hasta ahora no habían figurado en la documentación real.

Pero es que, además, durante la estancia del rey en el valle de Arán, han ocurrido en el reino graves sucesos militares y de todos está perfectamente informada la cancillería real⁵.

Muerte de Gastón de Bearn y del obispo Esteban de Huesca

Sin duda durante la ausencia del rey, los dos personajes más representativos del reino eran el obispo de Huesca, Esteban, y el señor de Zaragoza, Gastón. El primero, maestro del rey, su compañero de armas y su hombre de confianza tanto en los asuntos eclesiásticos como en los bélicos. Vacante la sede de Zaragoza desde abril de 1129, el se había encargado de gobernarla, además de sus sedes de Jaca y Huesca. Gastón, vizconde de Bearn y señor de Zaragoza, tenía también el mando de Uncastillo, de Huesca y recientemente se habían encomendado del puesto avanzado de Monreal. Es muy posible que en ausencia del rey los dos fuesen encargados de la defensa de las fronteras.

El hecho es que los dos fueron muertos frente al enemigo el día 24 de mayo de 1130. No sabemos si fueron víctimas de alguna imprudente algara llevada a cabo en territorio enemigo, o de alguna agresión musulmana preparada al tenerse noticia del alejamiento del rey. Ese mismo año se había hecho cargo del gobierno de Valencia el que lo era de Granada, Yintan b. Alí al-Lamtuni, por muerte de Muhammad b. Yidar y aquél fue quien venció al ejército de Gastón. Su cabeza fue llevada a Granada y paseada por zocos y calles clavada en una lanza, acompañada de redobles de tambor, para ser luego enviada a Marrakus.

Después llegaron emisarios de los cristianos para establecer una tregua, y sin duda para rescatar sus cuerpos, ya que sabemos que Gastón fue enterrado en la iglesia de Santa María la Mayor de Zaragoza.

Su viuda, doña Talesa —recordemos que era prima carnal del rey Batallador—, cuidó con fervorosa devoción de que se cumpliera la última voluntad de su marido: dejar a la milicia del Temple para que pudiera proseguir la reconquista, todas las tierras que tenía en Zaragoza y en Sauvelade, y que, según decía con justo orgullo, su marido había adquirido «con derramamiento de sangre y gloria triunfal».

El rey tuvo noticia de todos estos sucesos estando en Arán, ya que un documento allí expedido registra los nombres de quienes ocupaban los puestos que las dos ilustres víctimas dejaron vacantes: Céntulo, hijo del vizconde Gastón, que

heredaba el gobierno de Zaragoza, Arnaldo Dot que era elegido para las sedes de Jaca y Huesca, y García de Majones para la de Zaragoza.

En agosto estaba ya de regreso a esta vertiente del Pirineo, pues le vemos de paso por Zaidín, y el 6 de septiembre se encontraba en Sangüesa, sin duda camino de Bayona ⁶.

Asedio de Bayona

En octubre de 1130 Alfonso estaba asediando Bayona, y durante todo un año, hasta octubre del año siguiente, continuó con su hueste frente a la plaza, sin lograr tomarla. ¿Qué se proponía Alfonso al atacar Bayona? ¿Contra quién luchaba? Lo ignoramos. Los autores antiguos —Marca, P. Moret, Devic y Vaissete— han intentado diversas vías para aclarar este misterio, pero ninguna satisfactoria.

Sabemos que en el asedio de Bayona colaboraron fuerzas de todas partes del reino: los señores de Soria y de Berlanga de Duero, Fortún Garcés Cajal con sus sobrinos; los señores de Baztán y de Estella; Iñigo Velaz, antiguo señor de Echauri, Baztán, Borunda y Hernani —que murió en Bayona—, acompañado de sus tres hijos, Lope, Ladrón y Fortún Iñíguez; Gasion, vizconde de Soule y señor de Belorado; Lope Arceiz Peregrino; Lope Sanz de Belchite; señores de Tarazona, de Barbastro, de Estada; Castán de Biel, el conde de Pallars y otros muchos. La representación no podía ser más lucida. Sabemos también que el rey preparó naves, sin duda para completar el cerco por el río Adour.

Alfonso contaba igualmente con la adhesión de todos sus vasallos que eran al mismo tiempo señores en la vertiente norte del Pirineo; Pedro, conde de Marsan, Gasion, vizconde de Soule; Céntulo de Bearn. Durante el asedio Alfonso se atrajo al arzobispo Guillermo de Auch, otorgándole la iglesia de Alagón con todas sus tierras en premio por los esfuerzos que tanto su antecesor, el obispo Bernardo, como él mismo habían hecho en la lucha contra los musulmanes en Aragón.

Probablemente la tentativa de ocupación de Bayona está en relación con la nueva política iniciada por Alfonso Jordán, conde de Tolosa, de aliarse con su primo Alfonso VII de Castilla. La ocupación de Bayona dificultaba la comunicación entre ambos, ya que el rey de Aragón dominaba en Soule, y el conde de Bearn, su vasallo, venía ocupando de tiempo atrás las tierras de Mixa y Ostabaret. Ignoramos el papel que en esta lucha jugó el vizconde de Bayona o de Labourd, Bertrando, ya que la documentación de Bayona falta en absoluto para esta época.

Estando en el sitio de Bayona recibió sugestiones para apoyar los movimentos rebeldes de la nobleza castellana. La idea partió del famoso conde Pedro de Lara, quien después de haber gozado del favor de la reina Urraca, se había enemistado con ella, se había pasado al partido de Alfonso el Batallador (1117), acogiéndose luego a la protección del conde de Barcelona. Al comenzar su reinado Alfonso VII había venido mostrando una fidelidad claudicante. En Bavona se presentó acompañada de su verno, el conde Beltrán, primo carnal de Alfonso el Batallador, que había gobernado Carrión en su nombre hasta que se retiró la guarnición aragonesa. El rev de Aragón no se desvió de su propósito de ocupar Bayona, ni intentó mezclarse en los asuntos castellanos. En cambio, Alfonso Jordán, que acudió a levantar el sitio de la plaza como ferviente partidario de Alfonso VII, luchó en singular certamen con el de Lara, el cual cavó del caballo. se fracturó un brazo y a los pocos días murió. El conde Beltrán, que siguiendo las oscilaciones de su suegro había estado un momento al sevicio de Alfonso VII (1127), se pasó definitivamente al servicio del Batallador, y murió en la batalla de Fraga 7.

El testamento real

Es entonces cuando, estando todavía en Bayona, poco antes de levantar el asedio (octubre 1131), hizo su famoso testamento en que dejaba el reino a las tres Ordenes Militares de Oriente: el Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro.

La situación de ánimo del rey es de desesperanza al ver que sus grandes proyectos de Cruzada no pueden llegar a realizarse. Sólo confía en las milicias de Oriente. El único príncipe que podía y debía continuar sus empresas, su hijastro Alfonso VII, no hace más que ponerle zancadillas y prepararle un ambiente hostil en todas sus fronteras. Intentó privarle de la Extremadura de Almazán, sin éxito, y el rey de Aragón tuvo que fortificar la frontera soriana. En 1130 muere

Imad al-Dawla, el aliado del Batallador y último descendiente de la dinastía de los Banu Hud de Zaragoza, que residía en Rueda de Jalón, y Alfonso VII procura atraerse a su causa a su hijo Sayf al-Dawla, el Zafadola de las crónicas cristianas. Tal vez el mismo año 1131 estaba ya al servicio del rey de Castilla, sugiriéndole que «gracias a su ayuda podrían recuperar él y sus hijos las tierras que los almorávides le quitaron a él y a sus padres», es decir, el reino de Zaragoza. Ese mismo año de 1130 ha muerto el vizconde Bernardo Atón, que tan ligado había estado al rev de Aragón, y Alfonso Jordán se erige en protector de sus tres hijos y de sus Estados, que se extendían por Carcasona, Razès, Albi, Béziers, Agde, Nimes, etc. Antes, Alfonso VII estrechaba su alianza con el conde de Barcelona al contraer matrimonio con su hija Berenguela (1128). Tenía el rey de Aragon unos 57 años y carecía de descendencia. Estaba gastado de tanto batallar, pero su ánimo entero y firme, y aún lleno de proyectos, que esperaba poder realizar. No obstante, dándose cuenta de la fragilidad de la vida, decide tomar las disposiciones necesarias para el porvenir del reino, ahora que disfruta de plena salud.

He aquí sus cláusulas principales, que son un verdadero retrato moral del testador.

En primer lugar deja una serie de castillos y villas importantes, todas situadas fuera del Aragón estricto, a grandes santuarios e iglesias de su devoción: a Santa María de Pamplona y a San Salvador de Leire les deja el castillo y la villa de Estella por mitad; a Santa María de Nájera y a San Millán, el castillo de Nájera con sus rentas y dependencias y el de Tobía, también por mitad a cada uno; a San Salvador de Oña, el castillo de Belorado; a San Salvador de Oviedo, San Esteban de Gormaz y Almazán con sus pertenencias; a Santiago de Galicia, Calahorra, Cervera y Tudején; a Santo Domingo de Silos, el castillo de Sangüesa, la villa, los dos burgos, nuevo y viejo y su mercado. A los monasterios de San Juan de la Peña y de San Pedro de Siresa, donde él se había criado, les deja por mitad los bienes que habían constituido la dote de su madre, es decir, Biel, Bailo, Astorito, Ardenes y Sios.

El reino, o sea, «el dominio que tengo sobre toda la tierra de mi reino, el principado y derecho que tengo sobre todos los hombres de mi tierra, tanto clérigos como laicos, obispos, abades, canónigos, monjes, nobles, caballeros, burgueses, rústicos, mercaderes, hombres, mujeres, pequeños y grandes,

ricos y pobres, judíos y sarracenos», todo lo deja a las tres Ordenes Militares del Sepulcro del Señor, del Hospital y del Templo de Salomón, «con tal ley y costumbre como mi padre, mi hermano y vo mismo tuvimos y debemos tener».

Siguiendo la costumbre que ya se va generalizando entre los caballeros, deja a la Orden del Temple su caballo y sus armas. A la del Hospital le deja Tortosa, si llegara a conquistarla.

Todos los señores que tienen de él tierras o señoríos los conservarán mientras vivan, como si él viviera. Pero al morir revertirán a las tres Ordenes, las cuales los entregarán a quien les parezca.

Todos los jefes del ejército prestaron su asentamiento. mediante juramento al testamento del rev 8.

Notas

1 LACARRA, Alfonso el Batallador y las paces de Támara, p. 465 y ss.; MENENDEZ PIDAL, Un tratado de paz, p. 119-134.

² A. UBIETO, Los primeros años de la diócesis de Sigüenza, p. 144; Chronica Adefonsi Imperatoris, ed. Sánchez Belda, n.º 14 y ss.; Documentos, n.º 53, 55, 57, 61, 140, 141, 142, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 155, 324; MUÑOZ, Colecc. de fueros, p. 445; GALINDO, Sos en los siglos XI-XII, en «Universidad», 1924, I, p. 102-103.

³ Documentos, n.º 151, 175, 176, 177 y 183; C. L. DE LA VEGA y LUQUE, La Milicia templaria de Monreal del Campo, «Ligarzas 7», Valencia 1975, pp. 63-80.

⁴ Documentos, n.º 48, 153, 157; Cartulario de Santa María de Uncastillo, en EEMCA, t. VIII, p. 667, n.º 5; HUICI MIRANDA, Los Banu Hud de Zaragoza, p. 29 y ss.,

donde se recogen los textos árabes, y a quien sigo literalmente.

⁵ MUÑOZ, Colec. de fueros, p. 478; ALAMO, Colecc. diplomática de Oña, n.º 160 y 161; Documentos, n.º 64, 65, 159, 160, 325, 326; Carta puebla de Castellón Cebollero, en B.A.H., t. 29 (1896), p. 421; M. DEL PANO, Privilegios de Monzón, en «Bol. del Musco Provincial de Bellas Artess, Zaragoza, 1933, pp. 80-81; A.C.A. Reg. 895, fol. 88 v. 9-89; A.H.N. San Juan de la Peña, carpeta 712, n. 9 8 y 9; VILLANUEVA, Viage literario, XV, 291-292; DURAN GUDIOL, Colecc. diplomática de la catedral de Huesca, n. 9 131; REGLA. Francia, la Corona de Aragón y la frontera pirenaica, II, n.º 119.

DURAN GUDIOL, La Santa Sede y los obispos de Huesca y Roda en la primera mitad del siglo XII, Roma, 1965, pp. 86-87; IBN IDARI, Al-Bayan al-Mugrib, ed. Huici, pp. 188-189; LACARRA, Gastón de Bearn y Zaragoza, en «Pirineos», VIII (1952), 127-136; Cartulario de Roda, p. 30. La fecha exacta de la muerte del vizconde Gastón en el «Libro de las muertes y aniversarios de la Iglesia del Pilar», según nota del ms. 746.

fol. 290 de la B.N.

7 MORET, Anales de Navarra, lib. XVI, cap. 8; MARCA, Hist. de Bearn, lib. V, cap. 22; DEVIC ET VAISSETE, Hist. de Languedoc, III, 680-681 y IV, nota L, n.º 10; Chronica Adefonsi Imperatoris, ed. Sánchez Belda, n.º 18 y 50; Documentos, n.º 66, 67, 68, 72, 164, 165; YELA, Cartulario de Roda, pp. 76-78; EEMCA, t. I, p. 331; Cartulario de Santa María de Uncastillo, n.º 12, en EEMCA, t. VII, p. 671; LACARRA, Colección diplomática de Irache, Zaragoza, 1965, n.º 120; Libro de los botones del Pilar, en «Universidad», 1934, p. 599-600; A.H.N.; Cartulario de Santa Cristina de Somport, fol. 29 r.; Libro Gótico de San Juan de la Peña, fol. 44; S. GARCIA LARRAGUETA, El Gran Priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén, II, n.º 9, corrigiendo la fecha en año 1131; R. DEL ARCO, Archivos históricos del Alto Aragón, fasc. 2, n.º 34; LACAVE LA PLAGNE BARRIS, Cartulaire du chapitre de Sainte Marie de Auch, p. 74.

8 GARCIA LARRAGUETA, El Gran Priorado de Navarra, n.º 10.

7. El rey y el gobierno del reino

Quedaría incompleta la semblanza del Batallador si no hiciéramos algunas consideraciones, aunque breves, sobre su política interior.

El rey y sus barones

El reino de Aragón tenía desde los comienzos de su reconquista una organización y un tono eminentemente militares, que Alfonso acentuó más todavía. La corte —una corte en la que no hay damas— estaba reducida al mínimum. Los cargos palatinos, de tradición pamplonesa, apenas se mencionan en los documentos: un mayordomo, un alférez, un «botegarius», un «reposteiro mayor», se citan muy incidentalmente. No parece que estos puestos de la Casa del rey estuvieran desempeñados por personajes de la alta nobleza, como ocurría anteriormente. El «aitano» del rey —especie de ayo o tutor durante su infancia—, Lop Garcez, sólo lo veo citado una vez. En la cancillería aparecen un gramático, algún capellán y diversos notarios o escribanos. Como novedad citaré la mención de un «juglar del rey», Poncio, que fue premiado con unas casas en Tudela a raíz de la conquista de la ciudad.

En conjunto, la corte más semejaba a un cuartel o consejo militar, aunque constituido por unos guerreros que mucho tenían de monjes, según hemos tenido ocasión de ver. Por otra parte, también algunos obispos participaban plenamente en las aficiones bélicas del monarca.

Los jefes son escogidos por su capacidad militar y por su íntima compenetración con los ideales religiosos del rey.

Muchos son extranjeros, algunos parientes del rey, otros compañeros de infancia y juventud. Varios han estado ya en Tierra Santa, y otros proyectan hacer la peregrinación. Como no todos pueden desplazarse tan lejos sin peligro para la seguridad del reino, podrán cumplir sus deseos y alcanzarán las mismas gracias espirituales ingresando en las Milicias de Belchite o de Monreal. Por lo demás, la meta de sus avances hacia Tortosa o Valencia es siempre preparar el camino a Jerusalén.

El rey premia a sus mejores capitanes con la concesión de «tenencias» u «honores», que son castillos y tierras para regir, defender, y a la vez administrar y disfrutar de sus ingresos y rentas. Se trata, pues, de premiar colaboraciones, pero a la vez de designar para los puestos más importantes a las personas idóneas. Por eso, varios de sus jefes más destacados tienen junto a los castillos o plazas que venían disfrutando de antiguo, otros ganados al sur del Ebro, a veces mucho más rentables, por ser tierras de regadío, cultivadas por moros, a veces también más peligrosas por ser zona de frontera. El rey no puede entregal estas plazas sino a aquellas personas en cuya lealtad o capacidad confíe plenamente. La menor deslealtad o tibieza es castigada. Conocemos algunos casos, aunque ignoramos las circunstancias que los motivaron.

Ahora bien, los nobles que de antiguo venían disfrutando estas tierras y honores del rey, al darse cuenta de las ventajas económicas que pueden reportar, aspiran a que aquellas sean vinculadas en sus familias y no se vean privados de ellas sino por causas muy graves y bien probadas.

Era una aspiración que venía de antiguo, y que el rey no respetó. Normalmente los nobles —y aun las gentes de las ciudades— sólo debían seguir al rey en hueste «con pan de res días», es decir durante tres días a su propia costa, a no ser que hubieran recibido «honores» o tierras del rey. En este caso el servicio militar se prorrogaba durante tres meses.

Ahora bien, para las campañas que hemos visto del Batallador, un servicio de tres meses no era tampoco suficiente. Recordemos los nueve meses que duró la expedición a Andalucía, los largos asedios de Molina y Bayona, y se verá que Alfonso sólo podía llevar a cabo sus planes militares o pagando soldada, lo que no siempre era posible, o con la esperanza de buen botín y grandes conquistas, pero sobre todo con una compenetración de ideales con sus caballeros como no volvió a darse con ningún otro monarca de la Reconquista. Por eso,

cuando a la muerte del Batallador los nobles de Zaragoza presentaron a Alfonso VII su carta de derechos y obligaciones («fueros et usáticos»), solicitan que se les reconozcan los que tuvieron bajo los reyes Sancho Ramírez y Pedro I —es decir, vinculación de «honores» en sus familias y obligaciones militares limitadas—, no los que habían venido aplicándose bajo Alfonso I ¹.

Sus relaciones con los obispos

Este ideal guerrero y religioso a la vez, había de traer algunas complicaciones en sus relaciones con la Iglesia.

Hemos aludido a su íntima amistad con el obispo Esteban de Huesca. Amistad de juventud, pero afirmada con los años por la compenetración de temperamentos e ideales. Esteban había hecho, siendo obispo, la peregrinación a Tierra Santa (1104?-1106?), acompañaba al rey en todas sus empresas bélicas y aún emprendía otras por su cuenta, como la llamada del Puerto o del Congost de Martorell, en socorro del Barcelona contra los almorávides (1115), a la que no parece que asistiera el rey, y la de 1130, en que perdió la vida. Temperamento totalmente opuesto era el de Ramón, obispo de Roda-Barbastro, que tenía más de santo que de político y guerrero. De aquí la escasa simpatía de que gozaba en la corte del rey Alfonso. El arzopispo de Tarragona, San Olegario, escribió que el rev de Aragón era enemigo del obispo Ramón, porque éste no le seguía en sus luchas contra los cristianos». Esteban era, además, un hombre porfiado y enérgico, que no retrocedía ante la violencia, como dice Kehr, lo que llegó a enfrentarle repetidas veces con la Santa Sede en sus disputas continuadas con el obispo de Roda-Barbastro por las fronteras diocesanas. Alfonso se vio complicado en estos pleitos, apoyando siempre a Esteban, aunque años adelante reconoció su error.

Coincidía esta actitud del rey con un distanciamiento con el partido que podríamos llamar francés o cluniacense, representado en Aragón por los obispos Pedro de Pamplona y Ramón de Roda, ambos íntimos amigos, y que por una u otra causa salieron del reino, el primero con el pretexto de peregrinar a los Santos Lugares (1110?), el otro expulsado al parecer por el obispo Esteban y por el rey (1116). En Castilla el distanciamiento ya hemos visto que estaba provocado por los

incidentes del matrimonio con Urraca, y la figura más representativa de la oposición era el arzobispo de Toledo, don Bernardo. Fuera de la península, quien encarna la oposición eclesiástica es el arzobispo de Vienne, Guido de Borgoña, tío carnal del joven Alfonso Raimúndez. figura de gran influencia en su época, y que pronto sería papa con el nombre de Calixto II (1119).

El Batallador mantuvo también excelentes relaciones con el obispo de Pamplona, Guillermo (1115-1122), que tan activamente colaboró con sus huestes en la conquista de Zaragoza, Tudela y Tarazona. Durante esta etapa reconquistadora el obispo de Roda, Ramón, estaba ausente del reino y residía en el sur de Francia ².

La restauración eclesiástica del valle del Ebro

El resultado es que, cuando Alfonso emprende la reconquista del valle del Ebro, sus relaciones con la Curia pontificia no eran de gran intimidad ni cordialidad. La reconquista exigía la inmediata organización eclesiástica de los territorios ganados para la Cristiandad, y Alfonso, espíritu sinceramente religioso, llevará a cabo esta restauración de acuerdo con los prelados de su reino, del metropolitano de Auch, y siguiendo, sin duda, instrucciones del obispo Guido de Lescar o de quien en cada momento actuara en funciones de legado pontificio.

Alfonso, sin duda, pensó en su amigo el obispo Esteban de Huesca para ocupar la sede de Zaragoza, a cuya liberación tanto había contribuido con su esfuerzo personal y económico El ejército sitiador —¿tal vez el obispo de Lescar?— se adelantó proponiendo al papa, que estaba en el sur de Francia, el nombre de Pedro de Librana, probablemente de origen bearnés, y a quien Gelasio II se apresuró a consagrar. Desde Alais, el 10 de diciembre de 1118, el papa contestaba «al ejército de cristianos que sitiaba la ciudad de Zaragoza», presentando al nuevo prelado y mandando su bendición; absolvía a los que muriesen en la expedición y concedía indulgencias a los que contribuyesen a reparar las iglesias de la ciudad, destruidas por los sarracenos y almorávides.

Gelasio era un papa perfectamente informado de los asuntos españoles, pues durante treinta años había llevado la cancillería bajo los pontificados de Urbano II y Pascual II. Conocía todos los asuntos en curso y habían tenido la oportunidad de

tratar personalmente a la mayor parte de los obispos con ocasión de sus visitas a Roma. Pero murió pronto —el 29 de enero de 1119—, y es entonces cuando es elegido sucesor el arzopispo de Vienne, que tomó el nombre de Calixto II (1119-1124).

En muy poco tiempo, que coincide casi con su breve pontificado, Alfonso lleva a cabo la restauración eclesiástica de las tierras conquistadas: la diócesis de Tarazona, para la que es designado obispo don Miguel, probablemente tolosano o antiguo monje de Saint-Sernín de Toulouse (1119), la de Sigüenza, cuyo primer obispo es Bernardo, también francés, que había sido chantre de la catedral de Toledo (1121-1122); para Segovia fue designado Pedro, al parecer otro clérigo francés y también canónigo toledano (1120); en Tudela, que entonces era más importante que Tarazona, se estableció una Iglesia Mayor, con su cabildo, pero bajo la dependencia del prelado de Tarazona.

Aunque subsistió alguna población cristiana bajo dominio musulmán, especialmente en las ciudades, ésta debía ser poco importante, y el clero sería escaso. Los nuevos prelados colocaron al frente de los cabildos catedrales y en los puestos de mayor responsabilidad a clérigos de su confianza personal, muchos extraños al reino de Aragón, que a la vez irían extendiendo el rito romano en las tierras ahora incorporadas.

Pronto sugieron cuestiones de límites entre las nuevas diócesis, y también entre éstas y las antiguas, que se solucionaron rápidamente. Sólo la delimitación de la sede de Sigüenza plantearía mayores problemas, especialmente al alterarse las fronteras de los reinos de Castilla y Aragón, y no hallarían solución hasta después de la muerte de Alfonso I.

Por lo demás, éste cuidó de que las nuevas sedes episcopales contaran desde el principio con dotaciones idóneas. Recibieron del rey todas las mezquitas que se convirtieron en iglesia —es decir las de los centros urbanos que eran evacuados por los musulmanes y algunas rurales— con las heredades y derechos que estuvieran adscritos a las mismas bajo dominio musulmán. Les reconoció el derecho a percibir los diezmos y primicias de los frutos que recogieran los cristianos de todas las iglesias de la diócesis. Les otorgaba, además, la décima parte de todos los frutos y rentas, tanto procedentes de cristianos como de sarracenos y judíos. También les reconoció de modo expreso la propiedad sobre todos los bienes que antes de la conquista tuvieron algunas iglesias mozárabes, y al obispo todos los derechos que tenían los prelados sobre las iglesias de su diócesis (cuarta episcopal), según el derecho vigente. Además recibieron del rey diversas donaciones de villas, castillos o heredades para incrementar el patrimonio de las nuevas sedes.

Al igual que los señores que habían colaborado en la reconquista, diversas iglesias y monasterios, del reino o de fuera de él, recibieron tierras o iglesias en las zonas liberadas, y todas ellas contribuirían, tanto a la obra de colonización, como a la de restauración espiritual. Tales fueron los monasterios de Leire, Irache, San Pedro de Roda, Siresa, Santa Cristina, San Juan de la Peña, Montearagón, San Victorián; las iglesias de Huesca, Pamplona, San Miguel in Excelsis. Entre las comunidades extranjeras recordaremos las donaciones hechas a la Sauve (Gironde) en Ejea, Pradilla, Uncastillo y Molina de Aragón; a San Ponce de Tomeras en Valtierra, Cadreita, Murillo; de Alagón al arzobispo de Auch; de la Aljafería a Berenguer, abad de Lagrasse; a los monjes de San Martín de Seez de las iglesias de Santa Cruz de Tudela, de Monteagudo y Castejón; a Saint-Savin de Lavedan de las posesiones de Cortada, en Zaragoza, etc. ³.

Amistosas relaciones con la Santa Sede

El pontificado de Calixto II no supuso, pues, ningún entorpecimiento en la labor de restauración eclesiástica que llevaba a cabo el rey, sino todo lo contrario. Ya había sido un éxito de la curia la designación de los prelados de Zaragoza y Tarazona y su aceptación inmediata por el rey. También la reconciliación del rey con el obispo de Roda. Cuando en las disputas de éste con el obispo de Huesca ve el rey que median documentos pontificios, se niega ahora a intervenir y manda a los obispos que se dirijan a Roma (1121). El obispo de Roda figura ahora en el séquito del rey, y ya vimos cómo le acompañó en su difícil expedición por tierras andaluzas. También se establecieron excelentes relaciones con el metropolitano de Toledo, Bernardo, que actuaba de legado pontificio, quien hacia el año 1121 suscribe la proclama del primer obispo de Zaragoza para la restauración de la iglesia de Santa María de Zaragoza y el breve de indulgencias de Gelasio II.

Desde la designación de San Olegario como arzobispo de la restaurada metrópoli de Tarragona (21 marzo 1118), el papa muestra especial interés en que su autoridad sea reconocida en Aragón, y aunque Alfonso mostraba una mayor preferencia por el metropolitano de Auch, San Olegario logró que su autoridad fuese reconocida. Es muy posible que fuese el mismo san Olegario el que en la última etapa del reinado sirviera de mediador entre la Santa Sede y la Corte aragonesa, cuyas amistosas relaciones vemos ya restablecidas.

Sin embargo, el obispo Esteban de Huesca conservó todo el favor del rey hasta su muerte. A su influencia habrá que atribuir la designación como obispos de Pamplona de Sancho de Larrosa, canónigo de Huesca (1122), como antes habría influido para que otro oscense, Sancho, fuese nombrado obispo de Calahorra; luego, a la muerte del obispo de Roda (1126), es elegido Esteban —sin duda por el rey— para la sede de Roda-Barbastro; todavía cuando vacó el obispo de Zaragoza (octubre 1129?), se encatgaría el mismo Esteban de esta sede hasta su muerte en mayo del año siguente.

La elección del sucesor en la sede de Zaragoza, García de Majones, es posible que fuese también fruto de una decisión muy personal del rey, pero plenamente aceptada por el papa. Inocencio II, a petición de Alfonso de que dispensara al obispo de asistir al concilio de Reims, contesta con deferentes alusiones al monarca aragonés; accede a ello para que pueda dedicarse a la restauración de las Iglesias del obispado como lo había hecho su predecesor, ya que —dice— está situado en la frontera de los sarracenos, y para que con su vida y doctrina ejemplar «nadie desprecie tu adolescencia». Todo hace pensar que el rey había escogido nuevamente un prelado joven y batallador a su medida (4 noviembre, 1131) 4.

Alfonso I y las elecciones episcopales

Una pugna se venía manifestando entre la Curia romana y el poder civil por la elección de los obispos. El rey era partidario del sistema tradicional de la elección por el clero y el pueblo, en el que el monarca tenía más probabilidades de imponer su candidato. La elección sería muchas veces la fórmula adoptada para encubrir una designación hecha por el rey. Los papas tienden a intervenir cada vez más en la designación

de obispos, bien directamente o a través de sus legados. Conociendo el carácter del rey de Aragón y la importante misión político-militar que asignaba a los obispos, nada tiene de extraño que deseara que, al igual que los señores o gobernadores de las plazae más importantes, los obispos gozaran de su confianza personal para poder cumplir aquella elevada misión.

La pugna venía de antiguo y el conflicto se plantearía con mayor agudeza entre el Pontificado y el Imperio —recordemos que el reinado de Alfonso coincide con la fase culminante de la «querella de las investiduras»—, pues en España, sin un sistema feudal coherente, no se llegó nunca a las situaciones de violencia que se daban en otras partes de Europa. La tendencia, sin embargo, iba hacia la absoluta independencia de la Iglesia en las elecciones episcopales, que consagraría el IX concilio de Letrán (1123), y que en Aragón se apresuraría a reconocer Ramiro II durante su efímero reinado.

Muy significativo a este respecto es lo que ocurrió con la provisión del obispado de Burgos —ciudad que estaba bajo el dominio del Batallador, que vacó el 4 de octubre de 1114, a la muerte del obispo don García. Parece que en una reunión episcopal tenida en León unos días después, y a instancias del arzobispo de Toledo, fue designado como obispo de Burgos el arcediano don Pascual. La elección se había llevado a cabo con todo sigilo y sin prevenir de ella al rey de Aragón ni a la ciudad. Como diócesis exenta, la consagración no podía efectuarse sin la anuencia de la Santa Sede, y el arzobispo de Toledo se apresuró a ponerlo en conocimiento del papa, consiguiendo de éste que le autorizara para consagrar al electo. La bula pontificia se cruzó con una misiva del clero y el pueblo burgalés, en la que se informaba al papa de que el arcediano electo lo había sido a instancia del arzobispo don Bernardo, pero sin conocimento del rey ni del pueblo, por lo que, tenida por inválida, se procedió a una nueva elección, ahora ante la presencia del pueblo, con consentimiento unánime del clero y según la voluntad del rey, resultando elegido el hermano del monarca, Ramiro, monje de San Ponce de Tomeras. En vista de tan divergentes informes, el papa se dirige a don Bernardo el 10 de abril de 1115, mandándole que, reunidos los obispos coprovinciales, se cite a los dos electos para que se determine canónicamente a quién correspondía la validez de la elección.

El concilio de obispos reconoció como válida la elección de don Pascual, y sin esperar al mandamiento pontificio se procedió a la consagración. El procedimiento irritó al papa, a quien se habían dirigido los burgaleses partidarios de Ramiro, que acusaban al consagrado de homicida, y la elección de furtiva y anticanónica; el 19 de agosto de 1115 el papa se dirigía al arzobispo reprochándole por su precipitación y por el allanamiento del privilegio de exención de Burgos, y conminaba a don Pascual para que se presentara en la corte pontificia con los títulos justificativos de su elección. Ramiro tigura en los documentos de Burgos del año 1116 como su obispo legítimo, aunque al final el papa se decidió por don Pascual, después de subsanar algunas irregularidades que había habido en la elección, y Ramiro por su parte renunció a sus pretensiones.

Años después, en 1134, Ramiro era elegido obispo de Roda-Barbastro «con aclamación del clero y pueblo y con la anuencia de su hermano el rey Alfonso». El hecho de que su elección, así como la de Dodón para Jaca-Huesca, fuese hecha al mes de haberse producido las vacantes hace pensar que era la voluntad del rey la que había intervenido de modo decisivo en la provisión de estas sedes ⁵.

¿Religiosidad? ¿Impiedad? ¿Superstición?

Los actos todos del gobierno del rey, sus proyectos de Cruzada, el escrupuloso respeto a los pactos con los vencidos —de que nos habla Ibn al-Kardabus— ofrecen un fuerte contraste con el retrato que del monarca nos hacen las dos Historias, la de Compostela y la de Sahagún. El pérfido, el impío, el feroz, el cruel, el tirano o el mendaz y perjuro aragonés, son los más dulces calificativos de los historiadores compostelanos hacia el rey de Aragón, a quien presentan como otro Herodes burlado por los Magos, y siempre acompañado por un ejército de réprobos, saqueadores de iglesias.

Pero conociendo el odio que, por motivos bien sabidos, profesaron sus autores al monarca aragonés, no hay motivo serio para suponer que los atropellos que cometieran sus tropas fueran superiores a los habituales en una época en que el ejército vivía del botín.

Los atropellos que se le achacan al rey en los tesoros de Sahagún v otras iglesias, eran moneda corriente entre los monarcas de su tiempo, que para salir de apuros en las guerras, echaban mano de las riquezas de las iglesias, las cuales, no hay que olvidar, en buena parte procedían de donaciones regias. No digo que Alfonso no dispusiera con mayor delectación de algunos bienes de sus enemigos políticos, como era el caso de los monjes de Sahagún. Estos le acusan, concretamente, de haberse llevado del monasterio el Lignum Crucis, regalo del emperador Alejo. Pero sabemos que fue para ser llevado honorificamente en su capilla regia ambulante, dentro de un arca de oro puro ornada con piedras preciosas, junto con otros muchos relicarios; no fue, pues, codicia de riquezas materiales lo que movió a Alfonso a despojar de su reliquia a la abadía de Sahagún, sino lo que Gelmírez hubiera calificado indulgente de «pío latrocinio», análogo al que él mismo había llevado a cabo en Braga con el cuerpo de San Fructuoso.

Mayores violencias, éstas con ánimo de lucro, ejercería Alfonso VII sobre Sahagún y Compostela, quien más tarde confesaría que, si había «quitado el oro, la plata y el caudal del monasterio» y quebrantado sus fueros y privilegios reales y pontificios, lo hizo al verse «apurado en grandes necesidades y con ligereza propia de la juventud». El arzobispo Gelmírez referirá después, cómo en más de una ocasión Alfonso VII le obligó a entregar grandes cantidades de dinero, bajo gravísimas amenazas.

Otra acusación, que se repite con demasiada insistencia para no sospechar que pueda haber un fondo de verdad, es la que le hace a Urraca de «confiar en augurios y adivinos, creyendo contra razón que los cuervos y las cornejas pueden hacernos desgraciados». El monje de Sahagún dice, por otra parte, que en el ejército que acompañaba al rey en Castilla iban algunos franceses que «usaban de maleficios e incantaciones e adevinanças e estudiaban en el arte mortal de nigromancia, e por tanto eran mucho aborrescibles a los de nuestra tierra», y lo mismo se lee en la Historia Compostelana. Estas tropas colaboradoreas de Alfonso, procederían del Bearn y, en general, del mediodía de Francia, donde la superstición estuvo más arraigada.

Pero es muy posible que el mismo Alfonso, como buen militar de su tiempo, fuera supersticioso. También lo debió ser el Cid Campeador, quien al salir de Vivar desterrado y al entrar en Burgos miraba de qué lado estaba la corneja, según nos dice el *Cantar*. Todos los adalides que habían de conducir al ejército por campo enemigo, eran supersticiosos y se dejaban guiar de «sabios agoreros», según nos cuenta Berceo ⁶.

La repoblación del valle del Ebro: cristianos y musulmanes en Aragón

Uno de los aspectos más trascendentales del gobierno del rey Alfonso son las disposiciones que fue tomando a lo largo de su reinado en orden a la colonización del valle del Ebro: repoblación interior y cultivo de las tierras conquistadas. Hemos tenido ocasión de aludir incidentalmente a ello al seguir el itinerario del monarca. La gravedad del problema se aprecia si tenemos en cuenta que entre 1117 y 1122 el rey de Aragón había duplicado la extensión territorial de sus dominios. Su estudio detenido requeriría un libro.

Las condiciones en que se sometieron los moros de las ciudades de Zaragoza y Tudela, y suponemos que también de Tarazona y Calatayud, no podían ser más beneficiosas para los vencidos, según vimos. Incluso los moros que al firmarse la capitulación estaban fuera de la ciudad, podían acogerse a los términos de la misma y recobraban todas sus heredades si regresaban antes de los cuatro meses.

Las capitulaciones fomentaban, por tanto, la persistencia de los musulmanes en el campo, pues nada perdían con el cambio, ya que aún los impuestos a que quedaban sometidos eran los mismos de la época anterior —la décima parte de sus frutos—, y conservaban sus mezquitas, sus jueces y sus leyes especiales. Los musulmanes de las ciudades, si bien perdían sus domicilios urbanos, conservaban sus fincas rústicas, principal fuente de riqueza en la Edad Media. No había, por tanto, motivo para que se produjera una emigración en masa a territorio musulmán.

El hecho de que persistiera en buena parte la población musulmana, y que para llenar el vacío de los que se ausentaban se admitiera a francos, castellanos y mozárabes granadinos, además de aragoneses y navarros, tenía que plantear también delicados problemas de conviviencia. Los planteaba ya en Pamplona la convivencia de francos y navarros. Mayor

peligro había en aquellas poblaciones —como Cáseda, Calatayud, Daroca, etc.— que podían servir de refugio a gentes perseguidas o al margen de la ley. Sin embargo, en los fueros dados por él se tiende a equiparar jurídicamente a cristianos, moros y judíos: cada uno juraba según su ley, presentaba fiadores de su propia religión, la misma penalidad regía para las lesiones, las mismas multas. Legislación humana, que tiende a asegurar la convivencia entre gentes tan dispares.

Esta convivencia, fomentada en el valle del Ebro por iniciativa real, había de tener consecuencias de enorme trascendencia en orden al intercambio cultural entre musulmanes y cristianos. Es bien sabido cómo al comienzo de su reinado el judío de Huesca, Mosé Sefardí, al abrazar el cristianismo fue apadrinado por Alfonso I y de él tomó el nombre de Pedro Alfonso. Esto ocurrió en 1106, cuando el converso tenía cuarenta y cuatro años. El hecho en sí nos revela que entre Alfonso y las comunidades judías, o al menos con sus individuos más selectos, había una mutua estimación y aprecio. Pedro Alfonso, con excelente formación matemática, astronómica y cosmográfica, será más conocido en el mundo como introductor en Europa del viejo apólogo oriental con su Disciplina clericalis. Pronto pasó a Inglaterra, donde fue médico de Enrique I v ejerció un gran magisterio con sus traducciones científicas.

Pero al calor de las condiciones de convivencia creadas por el Batallador -tras la capitulación de las ciudades del Ebrootros muchos hombres de ciencia quedaron en el país, atrayendo a su magisterio a los sabios de Europa. El centro de traducciones de obras arábigas y hebreas más importante en este momento -- anterior a la famosa escuela de Toledoparece que era el que funcionaba en Tarazona bajo la protección del obispo don Miguel (1119-1152). La actividad de los traductores se orientó en un principio hacia la astronomía, matemáticas, astrología y alquimia; más tarde hacia la filosofía. La figura más representativa de este centro es Hugo Sanctallensis. Como señala Millás, estas traducciones «alimentaron la joven ciencia europea, que entonces empezaba a estructurarse trabajosamente, y al mismo tiempo ellas nos han guardado como espécimen único la versión de famosos textos árabes, a los cuales la incuria y la avaricia del tiempo han hecho desaparecer» 7.

Notas

- ¹ LACARRA, Honores y tenencias en Aragón. Siglo XI, en «Cuadernos de Historia de España», Buenos Aires, t. XLV-XLVI (1967), pp. 151-190.
 - ² A. DURAN GUDIOL, La Santa Sede y los obispados de Huesca y Roda, l. c.
- ³ LACARRA, La restauración eclesiástica en las tierras conquistadas por Alfonso el Batallador (1118-1134), en «Revista Portuguesa de Historia, IV (1947), pp. 263-286; A. DURAN GUDIOL, La Santa Sede y los obispados de Huesca y Roda, 1. c.
- ⁴ P. KEHR, El Papado y los reinos de Navarra y Aragón hasta mediados del siglo XII, en EEMCA, t. II (1946), p. 95; A. DURAN GUDIOL, op. cit., p. 89; A. UBIETO ARTETA, Nota sobre el obispo Esteban, en «Argensola», VIII (1957), pp. 59-64.
- ⁵ L. SERRANO. El obispado de Burgos y Castilla primitiva, 1 (1935), pp. 386-388; J. F. RIVERA RECIO, La Iglesia de Toledo en el siglo XII (1086-1208), I (Roma, 1966), pp. 168-169; D. MANSILLA, La documentación pontificia hasta Inocencio III (965-1216), Roma, 1955, n.º 49.
- ⁶ Anónimo de Sahagún, núms. 25 y 29; Historia Compost., Lib. I, caps. 15, 73, 83; III, 12, 53, 54, 55; R. MENENDEZ PIDAL, Cantar de Mio Cid, vol. II. Vocabulario, p. 486; ESCALONA, Historia del Real monasterio de Sahagún, doc. n.º 155; BERCEO, La vida de Santo Domingo de Silos, edic. Fitz-Gerald, estrofa 701.
- 7 LACARRA, La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador, en «Estudios de Historia Social de España», I (1949), pp. 205-223; J. M.* MILLAS VALLICROSA, Nuevas aportaciones para el estudio de la transmisión de la ciencia a Europa a través de España, Barcelona, 1945, pp. 26-48.

of a tracks on was publication, on Upcarelling Soc. is less shall

pellore balla en apreira enblacames — como Carela serial por lunca, un — que pedian serva de refusir a percentrar de la percentra de serial de refusir a percentrar de la percentra de serial de refusir a percentrar de la percent

Pero al cabre de las condiciones de convigencia creadas pos el familiador — rea la capitulación de las ciudades del Ebrocomo muchos hombres, de ciencia questamo en el país, atrayendo a su maginerio a las sebas de Europa III tenero de
padreciones de oficia erábigas y belircas ento imponume en
este ministrar — auterior a la famesa excuela de Tolesia—
parece que em el que furcionaba en Tarasona traja la proviseica del obapa don Migues (1110-1113). La actividad de los
madacineses at orienta o la principio nacia la astronomita,
materialismo occiología y viendoria; rela tarde nacia la filosofía, la fuelta más reviescentarios de este centro en Fluga
la actualmente. Como sefíala Millía, censo tradiscialese sala
mentinos la roya concre escapea, que enconces emperaba
a estructurario trabajoramente, y al miscoa tierapo el las por
han guardado como especimen trajos la astancia del tiempo
han desho desaparcente.

8. Campañas finales

En el mes de noviembre de 1131 Alfonso regresaba de Bayona sin conquistarla, aunque con algunas pretensiones sobre la plaza —¿pago de algún tributo?—, pues él dice reinar «desde Belorado hasta Pallars y desde Bayona hasta Monreal». Inmediatamente se aplicó a los problemas de repoblación interior y a preparar nuevas expediciones contra el Islam. Otra medida de gobierno parece iniciarse a partir del regreso de Bayona y de la redacción de su famoso testamento: la donación a las Ordenes del Hospital y del Temple de casas y tierras en Aragón, para que vayan creando intereses y arraiguen en el país.

En diciembre de 1131 se concede a Calatayud un fuero importante tendente a aumentar la población cristiana en el valle del Jalón, sin descuidar la convivencia de ésta con los moros y judíos que lo ocupaban; daba a la Orden del Hospital su palacio de Sangüesa, sito junto al puente, la iglesia de Santa María, que estaba en el burgo nuevo y otros derechos y rentas en esa población, en Uncastillo y Sos. A los vecinos de Asín otorga el fuero de Sangüesa. Desde comienzos de 1132 se ocupa intensamente de la repoblación de Cantabria, junto a Logroño, y también de Soria, como si pensara en asegurar la frontera de Castilla, antes de lanzarse por las rutas de Levante.

El 8 de noviembre de 1132 tuvo lugar en Calahorra la solemne ceremonia del traslado de los cuerpos de los santos Emeterio y Celedonio a su nuevo altar, que fue dedicado por el arzobispo de Auch y el obispo de Osma. Pienso que a esta ceremonia no faltaría el rey, pues es aquí donde estaba preparando una operación militar de gran envergadura para conquistar las riberas del Ebro hasta Tortosa ¹.

Hacia Tortosa

En efecto, sabemos que en noviembre el rey estaba llevando a cabo cortas de madera en los montes de San Millán para preparar naves y balsas que, a través del Ebro, había de llevar a Tortosa para preparar el asedio de esta plaza. Supongo que con ello quería establecer una pequeña flota fluvial para las más rápidas comunicaciones y abastecimiento de las gentes que a la vez avanzaran por tierra.

Parece que tropas conducidas por adalides lanzados a la aventura habían avanzado en todas direcciones sin plan bien meditado. Por la ruta de Valencia habían instalado posiciones en Barrachina y Gúdar; por el Bajo Aragón habían llegado hasta Horta de San Juan, a seis leguas de Tortosa. Seguramente a fines del mismo año 1132 las avanzadas aragonesas habían entrado en Mequinenza después de tres semanas de duro asedio, y el ejército iniciaba el sitio de Fraga. Posiblemente los primeros avances habían dado comienzo cuando todavía el rey estaba en Bayona, o muy poco después, sin que sepamos grandes detalles, salvo los nombres de los puntos señalados en la documentación aragonesa como puestos avanzados. Desde el lado musulmán tenemos noticia de que por estas fechas el gobernador de Córdoba enviaba refuerzos para socorrer algunos castillos sitiados en Levante por los cristianos, pero ignoramos sus nombres.

Había, sin embargo, razones muy poderosas que aconsejaban que se llevara a cabo este avance aragonés por el curso del Ebro hasta el mar.

Es bien sabido cómo la conquista de Tortosa, así como la de Lérida, era una constante de la política expansionista de Aragón, como también la era de los condes de Barcelona. Ahora los almorávides, conociendo las aspiraciones encontradas del conde de Barcelona y del rey de Aragón hacia esas plazas, y temiendo que el aragonés cayese de súbito sobre ellas, hicieron las paces con el barcelonés mediante la entrega que le harían de 12.000 dinares al año. Este pacto fue hecho por mandato del emir Alí b. Yusuf, para asegurar la frontera a él vecina y evitarse el tener que hacer dos guerras a la vez.

Cuando Alfonso se enteró de este pacto se irritó, y según el Nazm al-Yuman, exclamó: «éstas son maniobras de habilidosos, que prefieren dar tributo al que asimismo es habili-

doso. Aunque me den lo más precioso que tengan para apaciguarme, no lo tomaré y sabrán que los subyugaré y los venceré». Juró solemnemente que atacaría el país por el que daban parias «y lo añadiré a mi reino y le cortaré su provecho al astuto barcelonés, para que sepa la gente de esa tierra que yo los subyugaré de todos modos». Reunió sus tropas y sitió Fraga, que era en aquella zona, según este autor, una de las más fortificadas y defendidas de la región y sus habitantes los más valientes, jurando que no se iría de ella hasta tomarla.

Recordemos, por otra parte, que ocupada Tarragona por los cristianos, Fraga y Lérida constituían la avanzada almoravid en territorio cristiano, las cuales no tenían otra comunicación con las tierras de Al-Andalus que a través de Tortosa. La ocupación de Tortosa por Alfonso I suponía el aislamiento y la caída de las otras dos plazas.

Además, como muy bien dice el relato del *Nazm al-Yu-man*, los habitantes de estas ciudades habían dado en los últimos años muestras de una agresividad muy peligrosa, hasta el punto de que varias veces habían hecho retroceder el frente aragonés por este sector.

Así, los aragoneses eran dueños, cuando Alfonso comenzó su reinado, de las plazas situadas en ambas orillas del Cinca hasta Zaidín y Velilla de Cinca, en las proximidades de Fraga. Pero en 1120 Abifilel de Lérida ofrecía a Ramón Berenguer III las plazas de Alcolea, Chalamera y Zaidín, lo que hace suponer que estarían en su poder. En 1125 García Romírez, el futuro rey de Navarra, tomaba Monzón, sin duda tras algún golpe de mano de los moros de Lérida. Antes de avanzar sobre Fraga el propio Alfonso I tuvo que recuperar Sariñena y hacía entrega al monasterio de Montearagón de la mitad del castillo y la villa de Curb —junto a Grañén— para que «lo pueblen tan rápidamente como puedan y hagáis allí una buena fortaleza para honor de toda la Cristiandad» (enero de 1133).

No era, pues, el amor propio herido —como podía pensarse por el relato del Nazm al-Yuman— lo que movía a Alfonso a adentrarse por el Ebro hacia Tortosa, sino la necesidad de defender sus propias fronteras gravemente amenazadas. El curso bajo de los ríos Alcanadre y Cinca está formado por territorios llanos, sin grandes defensas naturales, que permiten a cuerpos ligeros de caballería penetrar profundamente y ocupar por sorpresa plazas medianamente defendidas. Si además tenemos en cuenta que la mayor parte de las aldeas seguían habitadas por musulmanes, se comprenden perfectamente estos retrocesos inesperados.

El avance hacia Tortosa se hace ahora, según hemos indicado, tras una minuciosa preparación, que ya llamó la atención de los contemporáneos al insistir en los preparativos y en el avance de la flota fluvial del Ebro desde Zaragoza.

La orilla izquierda del Ebro está flanqueada por las tierras desiertas de los Monegros. La orilla derecha no había podido ser fortificada por los almorávides, que estimaban que el macizo montañoso del Maestrazgo y Sierra de Gúdar ya constituían una defensa natural de sus rutas de Levante. En cambio, los aragoneses se movían por estas tierras con gran soltura, lo mismo en los tiempos de Pedro I para acudir a Valencia o para enlazar con sus posiciones en la costa de Castellón, que en los de Alfonso I, que ya había adquirido derechos en la región antes de la toma de Zaragoza.

Así pues, por obra de adalides aventureros, más que por una campaña militar ordenada, los cristianos habían pasado del puesto avanzado de Azaila, poblado y fortificado tal vez por Alfonso en 1127, hasta Horta de San Juan. Esta plaza había sido ocupada por Juan Galíndez, Ferriz y Lope Fortuñones, que en 1128 se habían encargado de tomar Pertusa, a orillas del río Alcanadre. La primera noticia del dominio cristiano de esta plaza es de noviembre de 1132 ².

Alfonso instala sus reales ante Fraga

Después de la toma de Mequinenza, Alfonso estableció en esta plaza su cuartel y tomó las disposiciones necesarias para fortificar la orilla derecha del Ebro y avanzar por la izquierda en dirección a Fraga.

En junio de 1133 concedía a su adalid Pedro de Piota, a Iñigo Fortuñón y a Jimeno Garcés «por los servicios que me prestásteis, por los que me haceis cada día y proyectais hacer en adelante», el castillo de Nonaspe, a orillas del Matarraña, con todos sus términos, la villa de Batea con los suyos, el castillo y villa de Badon y el de Lode igualmente con sus tierras. Se incluía en la donación el espacio comprendido entre los ríos Algás y Matarraña, y entre estos ríos y el Ebro. Para estimu-

larles en sus avances, añadía la donación de los dos «exáricos»
—cultivadores musulmanes— con sus heredades en cada una
de las buenas villas que se fuesen ocupando hasta llegar a
Valencia.

Por la orilla izquierda, en el mes de julio ya había ocupado Escarpe, a orillas del Segre, y había trasladado allí su cuartel, quedando al frente de la plaza de Mequinenza Lope Iñíguez. Desde agosto fecha todos sus documentos en el sitio de Fraga, de donde sólo se ausentará por muy breve tiempo y para resolver algún asunto de importancia. Así sabemos que el 29 de abril de 1133 reunía una curia en Pamplona, en presencia del cardenal Bosón, de los obispos de Pamplona, Huesca y Roda, el arcediano de Jaca, el abad de San Juan de la Peña y otros eclesiásticos, donde trató de la posesión de Barbastro, cuyos derechos fueron reconocidos al obispo de Roda.

El asedio de Fraga se presentaba largo y difícil. Un aspecto interesante de la defensa de la plaza, según nos cuentan los geógrafos árabes, era el gran número de cuevas o subterráneos en que se refugiaban sus vecinos de los ataques enemigos; el acceso a las mismas se hacía por un pozo estrecho por la boca y amplio por la parte inferior, y de él se pasaba a numerosas calles, semejando a las madrigueras de los roedores. La construcción de tales refugios se consideraba como una obra pía y se le aplicaban bienes en testamento. Por occidente la defensa era fácil por lo escarpado del terreno y el foso natural qoe formaba el curso del Cinca. Por oriente se habían levantado varias fortalezas unidas por el sistema de comunicación subterránea a que hemos aludido.

El abastecimiento de la plaza tenía que venir por Lérida o por Tortosa. Desde Tortosa, la comunicación más fácil y supongo que la más normal, era el curso del Ebro, perfectamente navegable. El dominio de esta vía fluvial era, pues, de una importancia capital para ambos contendientes. Los movimientos tácticos de Alfonso I tendían, por tanto, a cortar o dificultar en lo posible la comunicación fluvial y a mantener un ejército acampado al este de la ciudad que la aislara de Lérida.

En todo caso no había que pensar en un ataque frontal. No entraba en las posibilidades técnicas de la época. Ninguna ciudad se había tomado hasta entonces al asalto, ni aún Zaragoza, pese a los ingenios de que disponían los sitiadores. Y es

que los medios de defensa eran muy superiores a los de ataque. Todas las ciudades se rendían por hambre, lo que suponía un cerco completo y muy prolongado. Alfonso tenía, pues, que pensar seriamente en el abastecimiento de un ejército numeroso y por largo tiempo. Los socorros y abastecimientos de sus tropas le llegarían por el curso del Ebro desde Zaragoza, o por el Cinca, desde Monzón y Sariñena, o tal vez desde Barbastro y Huesca. En ningún caso podía pensar en la ruta, que a nosotros nos parece más natural de la zona desértica de los Monegros ³.

El asedio se prolonga

Los textos coetáneos dan la impresión de que el carácter del rey, duro y tenaz, se había endurecido con los años. Durante el asedio de Mequinenza —cuenta Orderic Vital— había conminado a las gentes a la rendición, y al ser ésta rechazada, juró que no se apartaría de allí hasta ocupar la plaza, y que ninguno de sus defensores salvaría la vida. Y así ocurrió. Ahora en Fraga sucedió algo parecido, según el testimonio concorde de Orderic Vital y de la Crónica de Alfonso VII. Los defensores ofrecieron entregarse según ciertas condiciones, que Alfonso rechazó; se dice, también, que en la plaza se habían refugiado falsos cristianos —¿renegados? ¿enemigos personales del rey?— pero todos habían solicitado acogerse a la paz del Batallador. El rey, dice la Crónica de Alfonso VII, amenazaba con maar a todos los defensores y reducir a cautiverio a sus mujeres e hijos.

En su desesperación, hacían apremiantes llamadas a Ibn Ganya, como gobernador de las tierras de Valencia y Murcia, para que les socorriera y enviara víveres. En una ocasión, éste preparó un convoy y se puso al frente de las tropas. Uno de sus íntimos le dijo: «Vas a campaña con este ejército, no teniendo los musulmanes otro en Al-Andalus, y ¿cómo te presentarás a Alí b. Yusuf si eres derrotado?». No obstante, Ibn Ganya cumplió su propósito. Este episodio, que recoge el Nazm al-Yuman, debe corresponder al combate con los almorávides a que hace referencia un documento aragonés de febrero de 1134. Por dos veces repitió Ibn Ganya estas expediciones, según la Crónica de Alfonso VII y las dos veces fue rechazado con grandes pérdidas.

Al prepararse para un asedio largo, Alfonso hace un llamamiento a sus principales jefes militares, que acuden con sus huestes, así como a los eclesiásticos del reino. Allí estaban su sobrino Bertrán, antiguo conde de Carrión; Ramón Bordet, un aventurero normando que había llevado a cabo la conquista de Tarragona y que también había estado al servicio de Alfonso en Tudela; Rodrigo (¿González?) de Asturias, Aimeri de Narbona, Céntulo de Bearn, Ogier de Miramont, Gassion de Soule, García Ramírez, futuro rey de Navarra, Lope Sanz de Belchite; los obispos de Lescar, de Roda, de Huesca y de Nájera, abad de San Victorián, Ramón Tedbal, monje de Solsona, etc.

Hizo trasladar allí las reliquias más preciadas de su capilla —entre ellas el ya citado Lignum Crucis procedente de Sahagún— que instaló en una tienda próxima a la suya, y ante ellas juró no levantar el sitio hasta que la ciudad se entregara, e hizo jurar lo mismo a veinte de sus principales caballeros.

El rey va premiando individualmente a los jefes que se distinguen en estas luchas: a Jimeno López de Murillo da la villa y castillo de Gurrea «por el servicio que me hiciste en Fraga» (enero, 1134); teniendo su campamento en el Pueyo de Almanarella concede franquezas e ingenuidades a García Calvo de Sardasa, «por el servicio que me hiciste en Fraga y en otros lugares y por amor a Sancho Juanes y a Huas de Xalon, que me lo pidieron» (25 febrero, 1134), etc.

La situación se hace difícil y son varios los personajes que hacen testamento o toman importantes disposiciones sobre el destino de sus bienes: García Linz de Spola hace testamento durante el sitio de Fraga en la tienda de Aznar de Fuentes (1133); Galindo de Ipiés dispone que si muere «in istas faciendas de Fraga», los señores de Montearagón recojan su cuerpo y lo lleven al monasterio; Lope Garcés Peregrino y Fortún Garcés Cajal disponen de sus bienes; el obispo de Roda-Barbastro «queriendo volver al sitio de Fraga y temiendo que le ocurra una muerte repentina» hacía varias donaciones a los canónigos de Roda (18 de junio, 1134); al mes siguiente el mismo obispo hacía que se le presentaran a él en el campamento de Fraga los abades de dos monasterios en contienda «para que en nuestra presencia y en la curia del rey Alfonso se discutiera y sentenciase la causa por hombres prudentes y sabios». Así pues, en julio de 1134 la curia real funcionaba normalmente en el campamento real. Tal vez fuese éste el último documento preparado por ella antes de la catástrofe final 4.

La batalla de Fraga

Esta tuvo lugar el día 17 de julio, y todos los documentos y cronistas coinciden en presentarla como una catástrofe sin precedentes.

Un documento particular procedente de Calahorra aparece fechado el día 16 de agosto, «después de la grande y terrible matanza de cristianos en Fraga, en la que casi todos perecieron por la espada, salvo unos pocos, que, sin armas, se dieron a la fuga con el rey, el martes día de las santas Justa y Rufina». Por otro documento sabemos que Alfonso concedía franquezas y libertades a su «poltrera» doña Oria Dat por el servicio que le prestaron sus hijos «que tomaron mi caballo que iba suelto en la batalla de Fraga y lo cogieron y me lo entregaron, y por las armas que dieron a mis caballeros y a mis peones en la batalla». Ningún texto, ni cristiano ni musulmán, habla de un combate prolongado durante todo el día. «El 17 de julio -dice el obituario de la catedral de Calahorra- huido el rev de Aragón, su gran ejército fue muerto por los ismaelitas». Hubo, pues, derrota y huida del rey, lo que sólo puede ser efecto de la sorpresa y del pánico.

En realidad resulta difícil reconstruir el desarrollo de la batalla cuando ignoramos cuál era la disposición de los campamentos cristianos y el número exacto de combatientes de una y otra parte. Conocemos cuatro versiones más o menos detalladas del encuentro, dos de procedencia cristiana —la Crónica de Alfonso VII y la Historia Eclesiástica de Orderic Vital— y dos de origen musulmán, recogidas una por Ibn al-Athir y otra en el Nazm al-Yuman. En ellas se dan acogida a desplantes o milagrerías, cuando no a noticias notoriamente equivocadas. La más sobria es la que trae el Kamil fi-l-Tarij de Ibn al-Athir, obra conocida de antiguo. Intentaremos, a la vista de todas ellas, hacer una exposición ordenada del encuentro.

No cabe duda que la actitud del rey endureció la resistencia y dio tiempo a preparar un ejército de socorro. Lo formaban una hueste de dos mil caballeros enviada desde Córdoba al mando de Zubayr b. Amr el Lamtuni, otra de doscientos que llegó de Lérida con Abd Allah b. Iyad y las tropas de Aben Ganya procedentes de Valencia y Murcia, en número de quinientos jinetes, todos con víveres en abundancia. Las tropas de Zubayr iban en retaguardia, después de los víveres; en cabeza iban las tropas de Lérida seguidas de Aben Ganya. Orderic de Vital, no sé con qué fundamento, dice que los víveres iban cargados en doscientos camellos.

El ejército cristiano lo formaban, según Ibn al-Athir, 12.000 caballeros, pero la llegada del ejército de socorro coincidió, según la *Crónica de Alfonso VII*, con que muchos nobles aragoneses y otros caballeros, estaban ausentes de Aragón, con autorización del rey, para arreglar sus asuntos y regresar otra vez al campamento, y éstos no estuvieron en la batalla.

Al amanecer, los centinelas que día y noche vigilaban los campamentos vieron llegar hacia ellos un numeroso ejército musulmán y corrieron a avisar al rey. Este convocó a los principales jefes del ejército, Beltrán de Carrión, Rodrigo de Asturias, Aimeri de Narbona, Céntulo de Bearn, García Ramírez y otros— para que estuvieran preparados y armados para su defensa y la de sus campamentos. El ataque había sido iniciado por las vanguardias de Ben Iyad, contra el cual Alfonso envió un destacamento, que pronto se distanció de las bases y vio rotas sus líneas y fuertemente revueltas sus fuerzas. Luego se enzarzó un combate general. Empezaron a caer sobre los campamentos lanzas, saetas, dardos y piedras, matando a hombres y bestias, y viendo que la batalla no podía sostenerse dentro de los campamentos, acordaron los cristianos salir al campo. Al frente de las tropas iba el rey, y es entonces cuando las tropas de Ibn Ganya se lanzaron a la carga. La Crónica de Alfonso VII habla de un ataque por sorpresa de tropas que estaban en lugar oculto y que se dirigieron contra los campamentos. La Crónica de los Reyes de Castilla, escrita a comienzos del siglo XIII, dice que Alfonso fue derrotado más que por el empuje del enemigo por el fraude, al salir de la ciudad una multitud de sarracenos que se habían acogido allí sin saberlo el rey ni el ejército. La táctica musulmana era la misma que habían empleado en Zalaca y repetirían en Alarcos: mientras unos atacaban de frente y eran derrotados, otra parte, la más considerable, atacaba por la espalda y asaltaba los campamentos cristianos, provocando el pánico y la derrota.

Mientras los caballeros se dirigían al combate, los obispos

v clérigos elevaban sus oraciones al cielo. Pero, dice la «Crónica de Alfonso VII, «sus oraciones no fueron oídas por Dios, pues ni el arcángel Gabriel, supremo emisario, las llevó al tribunal de Cristo, ni Miguel, príncipe de la milicia celestial, fue enviado por Dios, para que les ayudase en la guerra». El Nazm al-Yuman recoge un episodio pintoresco, que tan sólo ofrecemos a título de curiosidad. Antes de que llegaran las tropas de socorro de Ibn Ganya, se había presentado en el campamento cristiano un monje de Francia, que dijo al rey: «Yo invocaré a Dios contra ellos, se derrumbará su fortaleza y los asaltarás». Lo creyó Alfonso y el monje subió a una colina, la más cercana al muro de Fraga. Los de la ciudad, que habían oído algo de su temeraria historia, al verlo erguido sobre la colina, mirando al muro, enfilaron contra él un almajeneque potente que tenían y pusieron en su balanza una piedra grande. La lanzaron en dirección al monje, que estaba invocando a Dios contra los musulmanes con gran empeño; lo alcanzó la piedra del almajaneque y se llevó la mitad de su cuerpo, dejando la otra mitad en su sitio. Alfonso y sus soldados se habían preparado para atacar, y estaban formados detrás del monje, pero cuando el rey vio lo ocurrido, se asustó y se retiró a su campamento abatido y descompuesto.

Orderic Vital recoge otro episodio de la lucha, que no sé hasta qué punto merece también crédito. Dice que cuando el rey vio la vanguardia con los camellos cargados de vituallas, se dirigió al conde Beltrán y mandó que atacara primero. Beltrán replicó: «Señor, dejémoles pasar, para que al aproximarse ellos a la ciudad nosotros estemos bien preparados para atacarlos si volvieran cargados de botín y para vigilar cautamente nuestros ejércitos contra las insidias de los enemigos. Mientras tanto esperemos a que lleguen sus compañeros y los recibiremos prestos para el ataque». A lo que el rey irritado, contestó: »¿Dónde está tu arrojo, valeroso conde? Nunca hasta ahora te había visto tan acobardado». El conde se ruborizó y atacó con dureza; el enemigo retrocedió y fueron muertos muchos de los que huían.

Mientras se combatía en campo abierto, las gentes de la ciudad —hombres, mujeres y niños— hicieron una salida e irrumpieron sobre los campamentos cristianos, los hombres matando, las mujeres saqueando y se llevaron víveres y armas a la ciudad. En este saqueo desaparecieron el arca de oro con el «Lignum Crucis», cajas de marfil cubiertas de oro, plata y

piedras preciosas llenas de reliquias, con todo el ajuar y riquezas que había en la capilla real y en la tienda del rey. Allí fue capturado el obispo de Lescar con otros clérigos y servidores de la persona del rey⁵.

El rey logra escapar del desastre

El último en entrar en combate fue Zubayr, que mandaba las tropas cordobesas e iba en retaguardia. El rey había permanecido en lo alto de una colina, cercado por multitud de enemigos y dispuesto a resistir hasta la muerte. Para entonces ya habían muerto muchos de sus capitanes.

Orderic Vital, con su inclinación a describir escenas dramáticas, nos cuenta los últimos momentos del rey en el campo de batalla. El obispo de Urgel, que le acompañaba, le ordenó que se retirara, pero Alfonso se negó al contemplar apenado la ruina de los suvos. Entonces el obispo le dijo: «Por la autoridad de Dios omnipotente te ordeno que al momento te apartes de este campo, no sea que, cayendo tú, todo el reino de los cristianos caiga en poder de los paganos y todos los cristianos sean muertos». Por último, cuando quiso acatar el mandato del obispo, vio que, rodeado de millares de enemigos, se hacía muy difícil la salida. Sin embargo, acompañado de sesenta caballeros que luchaban con él espada en mano, logró abrirse paso entre el estrecho cerco enemigo, escapando a duras penas con sólo diez de su séquito. Entre éstos figuraba García Ramírez, que había de sucederle en el trono de Navarra. El obispo de Urgel y los cincuenta caballeros restantes murieron allí. La Crónica de Alfonso VII agrega que murieron todos los que integraban un cuerpo escogido de setenta soldados que custodiaban al rey cuando salía en campaña.

Entre los muertos estaban los obispos de Huesca y Roda, el abad de San Victorián, el conde Céntulo de Bearn, el conde Beltrán. El obispo Guido de Lescar, heroico compañero de armas del rey de Aragón, que ya había tomado parte en la conquista de Zaragoza, fue llevado cautivo a Valencia y rescatado rápidamente mediante la entrega de rehenes y el pago de tres mil maravedís de oro.

Alfonso pudo aquella noche acogerse con algunos compañeros a una fortaleza en ruinas sita en la cima de una montaña, según refiere Rawd al-mittar, pero seguido de cerca por los musulmanes, logró escapar aquella misma noche aprovechando la oscuridad ⁶.

Versiones legendarias

La destrucción del ejército con la muerte de sus jefes más prestigiosos, la huida del rey en tan trágicas condiciones y su muerte mes y medio después, hizo que las noticias llegaran fundidas y aún confundidas a todas partes, confusión que fue aumentando con el tiempo.

Los autores árabes dicen que Alfonso se retiró a Zaragoza y que veinte días después murió de pena y de vergüenza de la derrota (Ibn al-Athir). Otro autor afirma que llegó a Zaragoza con un grupo pequeño, con la mente entristecida y el juicio trastornado; luego pasó a Huesca, donde permaneció como loco y a los pocos días murió (Nazm al-Yuman). La Crónica de Alfonso VII también dice que de Fraga fue el rey a Zaragoza y de aquí a San Juan de la Peña, donde mandó cerrar las puertas y cayó enfermo de tristeza, muriendo a los pocos días.

Los autores de los siglos XIII y XIV — Crónica de los reyes de Castilla, Ximénez de Rada, Crónica de los Estados Peninsulares— se inclinan a pensar que el rey murió en la batalla, y aún saben que fue enterrado en Montearagón, después de haber rescatacado su cuerpo de los moros, según escribe Ximénez de Rada. Pero todo ello lo dicen con ciertas dudas, pues todos tienen noticia del falso Alfonso I que apareció en Aragón cuarenta años después.

Un episodio fuera de serie es el que recoge Orderic Vital. Tras contarnos la derrota y los lamentos de sus fieles zaragozanos y francos a quienes se dirigía el rey, éstos en su deseo de confortarle se pusieron inmediatamente a sus órdenes. El rey ardiendo de ira y pálido de dolor, quiso ofrecer a Dios una última venganza. Recogió las tropas que pudo y por caminos escondidos las condujo hasta la orilla del mar, donde encontró a multitud de sarracenos que cargaban en las naves el botín capturado a los cristianos; se lanzó sobre ellos, que no sospechaban este encuentro, causándoles una gran mortandad. Una nave iba cargada con las cabezas de los cristianos que el rey Buchar (Tesufin b. Alí b. Yusuf) enviaba a su padre el rey de Africa como testimonio de su victoria; llevaba tam-

bién cerca de setecientos prisioneros y la parte del botín correspondiente al monarca. Alfonso recogió piadosamente las cabezas de los muertos dándoles honrosa sepultura en la Iglesia de Dios. Los cautivos, que yacían en las naves, levantaron sus ojos al oir el estrépito, no dando crédito a lo que veían y se llenaron de alegría. Recobraron sus fuerzas y mientras los cristianos luchaban con los sarracenos, ellos se soltaban las cadenas, saltaban por la popa de sus barcos y acudían en ayuda de los cristianos lanzándose contra los sarracenos. Así, la alegría de los paganos se torció en luto, mientras que la cohorte cristiana bendecía al Señor. Alfonso, cargado de trabajos y fatigas, enfermó poco después, cayó en el lecho, muriendo ocho días más tarde.

No hay que decir que este triunfo final del Batallador, que tan bien cuadra con la mentalidad épica del siglo, es tan sólo fruto de la imaginación del monje normando, como seguramente los diálogos con que esmalta toda su narración 7.

Ultimos momentos y muerte del rey

No puedo asegurar que Alfonso llegara a Zaragoza en su retirada de Fraga, pues no he visto documento alguno que lo acredite, aunque es muy posible. No hace falta, sin embargo, mucha imaginación para pensar en el dolor, la tristeza o la desesperación del rey de que nos hablan los cronistas. La magnitud del desastre no era para menos.

Recordemos que el rey era ya sexagenario y a pesar de lo cual no renunciaba a sus viajes continuos, a la prolongada vida de campamento y a combatir en vanguardia al frente de sus guerreros. Si la derrota produjo en él un fuerte choque psíquico, pronto reaccionó y volvió a la vida activa. No dio el reino por perdido, antes bien, tomó inmediatamente las providencias necesarias para remediar la catástrofe y en el poco tiempo que sobrevivió siguió mostrando una actividad incansable.

El 11 de agosto estaba en Alfajarín, a 14 kilómetros de Zaragoza, donde daba a don Palacín unas tierras en Alfranca, término de aquella ciudad. Unos días después ya se había cuidado de proveer las sedes vacantes de Huesca y de Roda, la primera en Dodón —que parece ser el abad de San Juan de la Peña del mismo nombre— y la segunda en su propio her-

mano Ramiro. La rapidez en la provisión de las dos sedes, y aún el nombre de los designados, indica que se trataba de una decisión muy personal del rey. La vacante de los señores de Huesca y Mequinenza, muertos sin duda en Fraga, es inmediatamente provista en la persona de Fortún Galíndez.

En el mismo mes de agosto se hallaba el rey sitiando Lizana, granja cercana a Bespén y Barbuñales, no lejos del río Alcanadre. Como es dudoso que los musulmanes hubieran llegado hasta allí, podría tratarse de algún levantamiento de moros envalentonados con la derrota cristiana.

Estando en el sitio de Lizana premió a la mujer de Tizón, antiguo señor de Buil, que había muerto en Fraga, dándole el castillo de Estiche, el de Juslibol y otros bienes tal como el rey se los había dado antes a su marido.

El rey va, pues, premiando a los familiares de las víctimas. En los primeros días de septiembre, estando en Sariñena, ordenaba que se devolvieran al abad de Montearagón ciertas propiedades que el monasterio tenía en Ipiés. El día 4 del mismo mes Alfonso ratificaba, en sus mismos términos, el testamento hecho en Bayona, por el que dejaba el reino a las tres Ordenes Militares de Oriente. Nos consta que estaba ya enfermo, y esta ratificación indica su firme propósito de que la reconquista sea continuada hasta el fin.

Sin duda, ante la enfermedad del rey, los nobles andarían inquietos sobre el porvenir del reino. Nada tendría de extraño que se hubieran manifestado hacía tiempo, muy en secreto, opiniones contrarias. Se irían dibujando tendencias encontradas: frente a un rey idealista y testarudo, unos vasallos atentos a sus intereses y a los del reino, pero mirando más a ras de tierra, sin que ninguno se atreva a manifestar su opinión. En el mes de julio, pocos días antes del desastre, Alfonso había ratificado a la Orden del Hospital la libre posesión de todos sus bienes que le habían dado tanto él como cualquier persona del reino. La elección de su hermano como obispo de Roda suponía una desautorización expresa de sus posibles derechos a la herencia paterna, es decir, al reino. Sin embargo, era él el candidato designado por un sector importante de la nobleza aragonesa.

Cuando, tres días después, el 7 de septiembre, moría el rey, su hermano Ramiro es reconocido inmediatamente como rey por la nobleza del país, y aún llega a ostentar por algún

tiempo el título de «rey de los aragoneses y obispo de Roda y Barbastro.

Es muy posible, como asegura un cronista navarro, que el rey falleciera en Poleñino, aldea situada entre Sariñena y Grañen. Su lugar de enterramiento fue el castillo-monasterio de Montearagón, a la vista de Huesca 8.

Notas

- ¹ Fuero de Calatayud, en «Anuario de Hist. del Derecho Español», t. I, p. 408; S. GARCIA LAGARRETA, El Gran Priorado de Navarra, n.º 11; MUÑOZ, Colección de Fueros, p. 505; LACARRA, Documentos, n.º 167, 330; Arch. Catedral de Calahorra, códice I, fol. 268 v.º; LLORENTE, Noticias históricas de Vascongadas, IV, pp. 43-45.
- ² Documento de 27 de noviembre de 1132 en LLORENTE, Noticias hist. de Vascongadas, IV, pp. 43-45; Documentos, núms. 77, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 176, 323, 331; A. HUICI MIRANDA, Los Banu Hud de Zaragoza, p. 36; Cartulario de Santa Cristina, fol. 6 v.°, documento de 1125 con referencia a la toma de Monzón por García Ramírez; B.A.H., t, 26 (1895), p. 271, en que se alude a la toma de Sariñena.
- ³ LACARRA, Documentos, núms. 32, 77, 168 a 172, 174, 175; para la toma de Escarpe, «Universidad», 1934, p. 591; DURAN GUDIOL, La Santa Sede y los obispados de Huesca y Roda, pp. 90-91; GONI GAZTAMBIDE, Los obispos de Pamplona del siglo XII, p. 233; J. SALARRULLANA, El reino moro de Afraga y las últimas campañas y muerte del Batallador, Discurso, Zaragoza, 1909; R. PITA MERCE, El sistema defensivo musulmân de Fraga en el siglo XII, en «Argensola», VIII (1957), 109-138.
- ⁴ ORDERIC VITAL, Hist. Eccles., t. V, ed. Le Prevost, pp. 15 y 17; Chronica Adefonsi Imperatoris, núms. 52, 53; A. HUICI MIRANDA. Los Banu Hud de Zaragoza, p. 37; del mismo, Contribución al estudio de la dinastía almorávide, en «Etudes dediées a la mémoire de Levi-Provençale», Prís, 1962, pp. 614-615; LACARRA, Documentos, números 175, 177, 178, 333; Linajes de Aragón, VII (1916), pp. 239-240; revista «Universidad», 1934, pp. 591 y 600; A. CANELLAS, Colecc. diplomática de San Andrés de Fanlo, n.º 107; EEMCA, t. III, p. 333; BOFARULL, Codoín Aragón, IV, pp. 37-38.
- 5 LACARRA. Documentos, núms. 80, 180; Arch. Catedral de Calahorra, códice I, fol. 268 v.º; Anales Toledanos I; Martirologio de Solsona en VIILANUEVA, Viage literario, IX, p. 238; Chronicon Dertusense, en VIILANUEVA, l. c., t. IV, p. 238; IBN EL-ATHIR, Annales, trad. Fragnan, pp. 553-555; El Kitab Nazm al-Yuman, de Ibn al-Qattan, ha sido editado por el Dr. Mahmud Ali Makki, Tetuán, 1965; lo referente a la batalla de Fraga ocupa las páginas 218 y siguientes; versión castellana de estos fragmentos en HUICI MI-RANDA. Los Banu Hud de Zaragoza, pp. 37-38 y Contribución al estudio de la dinastía almorávide, p. 615; Crónica latina de los reyes de Castilla, ed. Cabanes Pecourt, p. 20, además de las ya citadas Chronica Adefonsi Imperatoris y de ORDERIC VITAL. Para la táctica musulmana, véase A. HUICI MIRANDA, Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas, Madrid, 1956.
- O Véase la bibliografía sitada en la nota anterior, y además, Kitab al-Rawd al-Mitar, ed. Levi-Provençal, s.v., Fraga.
- ⁷ Para las versiones legendarias, además de las Crónicas citadas en el texto, véase J. PONCET, La Chanson de Roland a la lumière de l'histoire: Vérité de Baligant, en «Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée», Aix-en-Provence, n.º 8, 2^{ème} semestre, 1970, especialmente pp. 131 y ss.
- 8 Arch. del Pilar, caj. 9, lig. 2, n.º 5; YELA UTRILLA, Documentos reales del antiguo Archivo de Roda, en «Memorias de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza», I (1923), p. 345; CANELLAS, Colecc. diplomática de Fanlo, n.º 109. La renovación del testamento de Alfonso el Batallador en A.H.N. San Juan de la Peña; Libro Gótico de San Juan de la Peña, fol. 117, etc.; edita BRITZ MARTINEZ, Hist. de San Juan de la Peña, p. 806; LACARRA, Documentos, n.º 179. Sobre la muerte del rey en Poleñino, A. UBIETO, Crónicas navarras, Valencia, 1964, p. 41. El Chronicon de San Victor de Marsella, «Esp. Sagr.», t. 28, pp. 345-346, dice que murió en Almuniente, cerca de Grañén.

about discripted y consequent and so your six chart to come to the consequence of the con

En el mome enca de aptamoid bibliose el empagamentolidades, punto cercara e flespero y flatbullales, por trois del C. Alcanetre. Germo es dudose que los mundamentes los selectiones de aptamoidos de contratamentes de aptamoidos de contratamente de aptamoidos de contratamentes de aptamoidos de aptamoidos de contratamentes de aptamoidos de contratamentes de aptamoidos de a

The state of the s

The large ampeted by the property of the same the way with a second state of the property of t

The state of the s

9. Su testamento y fama póstuma

El testamento del rey y problemas que planteaba

La muerte de Alfonso sin sucesión directa abría una crisis profunda en el reino de Aragón. Su testamento, obra de un idealista, era inaplicable y nadie puso especial empeño en que se aplicara literalmente. Las Ordenes Militares, apenas difundidas por el reino, no estaba en condiciones de hacerse cargo del poder.

Los nobles podían considerar que la mayor parte del reino se nabía conquistado con su esfuerzo personal, y en último término había que contar con su opinión al decidir el futuro del mismo; no podían ellos servir con sus «honores» a ese complejo extraño formado por las Ordenes de Oriente.

Cuando Alfonso VII se presentó en Zaragoza (diciembre, 1134), se apresuró a confirmar a los nobles la carta de sus privilegios. El reino de Zaragoza, el más necesitado de apoyo, podía, pues, contar para su defensa con los cabalgadores de la frontera reforzados por el rey de Castilla. En un concilio celebrado en Burgos (4 octubre, 1136), Alfonso VII restauraba y confirmaba la Cofradía Militar de Belchite, en presencia del cardenal Guido, veintitrés obispos y otros muchos abades y superiores religiosos.

Ramiro, a su vez, podía reclamar, de acuerdo con el derecho aragonés, la parte correspondiente a la herencia paterna, es decir, los territorios de Aragón y de Huesca, que habían pertenecido a su padre y a su hermano Pedro. Más discutibles eran sus derechos al reino de Zaragoza, que había sido conquistado por el Batallador.

García Ramírez, señor de Monzón y de Tudela, reclamaba por el mismo derecho familiar las tierras del reino de Pamplona, que hasta 1076 habían pertecido a su tío abuelo Sancho el de Peñalén.

Así pues, lo mismo en Pamplona que en Aragón o en los territorios nuevamente ganados de Zaragoza se negaba al rey Alfonso el derecho a disponer libremente del reino, por estimar que esta medida estaba en pugna con el derecho tradicional.

La Curia Pontificia se interesó por defender los derechos de las Ordenes, pero evitó el agravar los problemas, ya de sí difíciles, en que se debatía el reino. El papa se dirigió a Alfonso VII y a los grandes señores españoles para que dieran exacto cumplimiento al testamento del Batallador.

La fórmula finalmente aceptada vendría, en cierto modo, a dar satisfacción a todos los pretendientes.

Ramiro contrajo matrimonio con Inés de Poitiers, hija de Guillermo IX duque de Aquitania y viuda de Aimeri V, vizconde de Thouars, del que ya había tenido tres hijos. Con ello se aseguraba la fecundidad de la esposa y el apoyo de Aquitania. Recordemos que el duque de Aquitania había apoyado hasta entonces al conde de Barcelona, frente al rey de Aragón, en sus pretensiones sobre Lérida. Ahora la hermana del conde de Barcelona, Berenguela, acababa de casar con Alfonso VII. Los derechos de Ramiro II corrían, pues, el peligro de verse rechazados por catalanes, castellanos y navatros. Por eso, tan pronto como nació su hija Petronila, se apresuró a desposarla con el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona, interesándole así en la defensa de sus derechos.

Las Ordenes Militares aceptaron los hechos consumados, y reconociendo que Ramón Berenguer era «útil y necesario para regir y defender del país», renunciaron en su favor «con el asenso de los nobles caballeros del reino de Aragón», y mediante ciertas compensacione, a la parte que a cada Orden correspondía en la herencia del Batallador.

El derecho aragonés y los derechos patrimoniales de la familia real aragonesa quedaban a salvo al heredar el reino Ramiro II, único descendiente legítimo por línea de varón del fundador de la dinastía. De él pasaban a su hija Petronila y de ésta a su esposo y descendientes. Las Ordenes Militares mantenían, a su vez, la ficción de que el reino había recaído en ellas, de acuerdo con el testamento del Batallador, y que eran las propias Ordenes las que lo cedían a Ramón Berenguer y a sus descendientes; sólo a falta de éstos, revertiría a las mismas Ordenes.

Como las Ordenes Militares no llegaron a un acuerdo expreso con García Ramírez, la Iglesia no reconoció a éste como rey de Navarra. Hasta 1196 la Cancillería Pontificia otorgaría a sus reyes el título de «dux» ¹.

Trascendencia del reinado

En 1137, tres años después de muerto Alfonso el Batallador, puede darse por encauzado el pleito sucesorio, y con ello se salvaba todo el esfuerzo bélico llevado a cabo por el rey de Aragón. Los reinos españoles, y toda la Reconquista del país, seguirá en adelante nuevos rumbos.

Los aragoneses podían recordar cómo cuarenta años antes los montañeses de Aragón y de Navarra contemplaban con envidia las plazas enemigas de Huesca, Barbastro y Tudela, y cómo con el rey Alfonso sus guarniciones se habían adelantado hasta Molina de Aragón, Gúdar y Horta sobre Tortosa. Se había recuperado la Rioja y parte de Burgos, se había repoblado Soria y la cabecera del Duero, se habían establecido fronteras geográficas más fácilmente defendibles. No sólo se había duplicado la extensión del reino, sino que se había alterado profundamente la composición del elemento humano: a un reducido grupo de montañeses y pastores convertidos en guerreros, se añaden ahora una masa de musulmanes que cultivan vegas extensas y muy feraces, una población mozárabe y unos cristianos ultrapirenaicos —bearneses, gascones y aun normandos— que dan a sus ciudades y a sus campos un aire abigarrado y abierto a las influencias exteriores.

Si Aragón es lo que ha sido en la historia de España, se debe ante todo a Alfonso el Batallador.

La gran extensión que en el curso de breves años alcanzó el reino vino a alterar también el papel que en la Reconquista peninsular jugaban los distintos territorios cristianos. Hasta entonces el reino de Castilla-León se atribuye la dirección de la

Reconquista, Alfonso VI aspira a tutelar el reino moro de Zaragoza, a someter a vasallaje al rey de Aragón, a extender sus dominios hasta Tortosa y Valencia, titulándose enfáticamente Imperator totius Hispaniae.

Tras la magna empresa del rey de Aragón el panorama cambia totalmente: frente al grupo central formado por los reinos de Castilla y León, se alza el grupo de Aragón y Cataluña, que aspira a reconquistar todas las tierras comprendidas entre el macizo ibérico y el mar. Castilla y León no pueden impedirlo. Por aquellas mismas fechas, Portugal pugna por hacerse independiente, Navarra lo es ya de hecho, y aun Castilla y León se separan en 1157.

Frente al emperador único nos encontramos con los «Cinco Reinos de España». Si Castilla quiere avanzar en la Reconquista deberá negociarlo con Aragón para señalar los puntos de penetración y las zonas de influencia. Desde mediados del siglo XII toda la Reconquista peninsular será fruto de las alianzas y tratados entre los dos grandes bloques peninsulares: el castellano-leonés y el aragonés-catalán.

Pero no sólo abrió con sus conquistas nuevos cauces a la política peninsular de Reconquista. En otros aspectos resultó un precursor. Recordemos cómo se esfuerza por «institucionalizar» la lucha con el Islam en forma análoga a como venía haciéndose en Oriente, creando las Ordenes o Cofradías Militares de Belchite y Monreal. Aquella acabaría por ser incorporada, en 1143, a la Orden del Temple, que era la más similar por sus objetivos y organización.

El espíritu que supo insuflar a la conquista de Zaragoza y a sus campañas inmediatas, así como las Ordenes o Cofradías por él fundadas para asegurar la permanencia de la lucha, pronto fueron conocidos en Europa, y la Cruzada de España es equipada a las orientales.

En el concilio de Letrán I, celebrado en 1123, se dice: «En cuanto a los que se han puesto las cruces en los vestidos haciendo voto de ir a Jerusalén o a España y después las han dejado, les ordenamos en virtud de la autoridad apostólica, que vuelvan a tomarlas y se pongan en ruta desde la Pascua próxima hasta la siguiente; de lo contrario les prohibimos la entrada en la iglesia y la celebración de todo servicio divino en sus tierras, excepto el bautismo de los niños y la penitencia de los moribundos». A los incendiarios se les impone como

pena la asistencia a una de las dos guerras, de Jerusalén o de España.

Como señala Goñi Gaztambide, la equiparación entre la Reconquista y la Cruzada oriental es perfecta. Esta equiparación sólo podía ser debida a la obra de Alfonso el Batallador, único monarca peninsular que en aquellas fechas llevaba a cabo un esfuerzo continuado y de elevado espíritu contra el Islam. Por eso, en 1120 acudía a la lucha del Ebro el duque Aquitania, al serle levantada la excomunión, pese a que mantenía relaciones poco cordiales con el rey de Aragón. Y Gelmírez, tan atento a las corrientes de la actualidad, llama también a la Cruzada para abrir la ruta de Jerusalén a través de España (año 1125), en términos análogos a como la venía propugnando el rey Batallador. No olvidemos que Gelmírez había suscrito en 1122 la carta fundacional de la Cofradía de Belchite.

La asimilación entre la Reconquista española y las Cruzadas a Tierra Santa ha de perpetuarse en los siglos siguientes².

Su fama

La muerte de Alfonso el Batallador, como diría después su hermano Ramiro II, «era llorada por toda la Cristiandad hispana». Es verdad que la conducta férrea y sin dobleces del monarca aragonés levantó recelos, enemistades y odio entre algunos de sus contemporáneos, según hemos tenido ocasión de ver. Pero todos, aun sus mayores enemigos, acabaron por reconocer la rectitud de sus intenciones, su alteza de miras y su belicosidad siempre triunfante. «Exaltó tanto la fama de su nombre —dice un cronista francés contemporáneo—, que unos le llamaban nuevo Julio César, otros segundo Carlomagno». El oriental Ibn al-Athir nos dice que «ningún príncipe cristiano le sobrepasó en valor, en ardor para combatir a los musulmanes ni en resistencia... Dios con su muerte permitió a los fieles respirar y les libró de seguir expuestos a sus golpes». Veíamos cómo el Nazm al-Yuman nos refiere que no estaba dispuesto a comprar la paz por dinero como el conde de Barcelona, ni a acordar pactos de connivencia con el Islam. En la Castilla del siglo XIII se le recordaba como «un varón belicoso y magnánimo, que entabló muchas batallas en las que resultó vencedor, y causó grandes males al enemigo», y la Crónica de Alfonso VII, que tan ingratos recuerdos le dedica, termina la evocación de su memoria con estas palabras: «Ni antes ni después de él, hubo en Aragón rey que se le pareciera ni en lo fuerte, ni en lo prudente, ni en lo belicoso».

Este fue el recuerdo que quedó vivo entre sus contemporáneos, y que no palideció con los años.

Como al morir el rey, y con los incidentes sucesorios, el frente retrocedió replegándose los cristianos a unas posiciones más seguras, su fama fue en aumento. No faltarían quienes al reconquistar puestos avanzados —hacia Valencia, en las riberas del Ebro y del Cinca—recordaran que estas plazas ya habían sido ganadas años atrás por el rey Batallador. La historia se iría fundiendo con la leyenda, y la rápida desaparición del monarca tras la derrota de Fraga, se prestaba a que entre los mismos contemporáneos corrieran versiones distintas sobre los últimos días de su vida.

Hemos visto cómo la Crónica de Alfonso VII, tan próxima a los sucesos, le hace morir contristado de la derrota, encerrado en el monasterio de San Juan de la Peña, rehuyendo la presencia de sus súbditos. Otros pensarían que el invencible monarca, ante su primera derrota, había huído avergonzado, y que, siguiendo sus bien conocidos ideales, se habían dirigido a Jerusalén como peregrino. Por eso, muchos años después, hacia 1174, pudo aparecer por Aragón un falsario que se hacía pasar por el viejo rey Alfonso, y aun algunos le recibieron como tal. Se trataba, al parecer, de un herrero, que cuando vio que su falsedad era descubierta, huyó a Francia acogiéndose a la protección de Luis VII. El entonces rey de Aragón -su sobrino nieto Alfonso II- gestionaba la extradición a fines de 1178, y en 1181 el falsario era ahorcado en Barcelona. El trovador Bertrán de Born, en un violento «sirventés» contra Alfonso II, le acusará, maldiciente, de haber mandado ahorcar a su antecesor 3

Notas

¹ LACARRA, Alfonso II el Casto, rey de Aragón y conde de Barcelona, en «VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón. «Ponencias», Barcelona, 1962, pp. 95-120.

² R. MENENDEZ PIDAL, El Imperio Hispánico y los Cinco Reinos, Madrid, 1950; GONI GAZTAMBIDE, Historia de la bula de la Cruzada, pp. 76 y ss.

³ YELA UTRILLA, Documentos reales del antiguo Archivo de Roda, p. 347, documento de Ramiro II, posiblemente de 1136; Herimanni laudunensi monachi «De miraculis beatae Mariae Laudunensis libri tribus», ed. Bouquet, R.H.F., t. XIII, p. 262; Ibn El-Athir, Annales, trad. Fagnan, p. 555; Crónica latina de los reyes de Castilla, p. 20; Chronica Adefonsi Imperatoris, n. ° 58; M. DEFOURNEAUX, Louis VI et les souveraines espagnoles. L'enigme du «Pseudo-Alphonse», en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», VI (1956), pp. 647-661; A. UBIETO ARTETA, La aparición del falso Alfonso I el Batallador, en «Argensola», IX (1958), 29-38; F. BALAGUER, Alusiones de los trovadores al pseudo Alfonso el Batallador, en «Argensola», IX (1958), 39-47.

processors, y cone no pulides 6 and lot after

Como al motor el mo, y con los incidentes facesorios, el frente reconocido replegándose los antacanos a como posiciorem como seguras, se fama for en auencuto. No fai ofan quiencial po conquitar puesto a aurados — hacia Valcacia, en la fiberas del Elizo y del Canta—recordanen que estas placas en habitan sido persolas años atria por el moltastados. La historia se irra funciones son la leyenda, y la rapida desaparación del monaria con la decimie de france, se presidir a que com los mismos concemparáncos contexas se mismos contexas de su vidas.

Henro mas como la promissada de la descención de personada de la descención de las promissada de la descención de personada de las elementos de las primeras de las elementos de las personadas que el presentado la personada de las elementos de las elementos de las elementos de las elementos de las primeras de las primeras de las primeras de las elementos de las

Notas

The state of the s

Indice

Prelin	ninar	9
	lucción	13
I.	Infancia y juventud	17
	Los padres y abuelos	17 19 21
	Notas	23 25
II.	Comienzos del reinado	27
	La situación militar	27
	y Lérida	28
	Notas	31 32
III.	El matrimonnio de Alfonso y Urraca	33
	Castilla ante los almorávides	33 34 35 37
	Los enemigos del matrimonio	38 40
	Primera discordia matrimonial	42
	gueses de Castilla y León	44 45 47

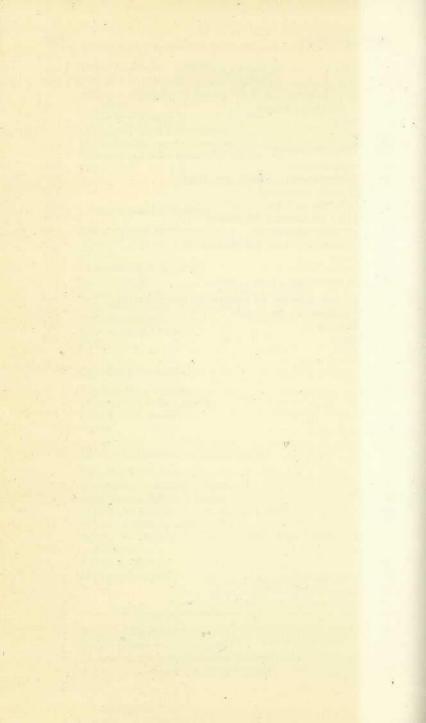
	Vuelta a la unión conyugal.	49
	Alfonso y el conde Enrique de Portugal	49
	Urraca busca el apoyo del conde de Portugal y se arre-	
	piente	51
	piente	52
	La lucha entre el matrimonio	53
	La lucha entre el matrimonio	56
	Gelmírez acude en socorro de Urraca	57
	El repudio	60
	El repudio	62
	Notas	02
IV.	La reconquieta de Zamenza	65
1 V .	La reconquista de Zaragoza	
	Zaragoza bajo los almorávides	65
	Alfonso I prepara el asedio de Zaragoza	66
	El asedio	68
	La rendición de la ciudad	70
	La capitulación	71
	La capitulación	73
	La Cofradía Militar de Belchite	75
	Actividad exterior	77
	Alfonso sobre Légido	79
	Alfonso sobre Lérida.	81
	Notas	01
	Expedición a Andalucía.	
V.	Expedición a Andalucía	83
	Repoblación y defensa	83
	Repoblación y defensa	85
	Expedición a Andalucía	87
	Expedición a Andalucía	92
	140443	12
VI.	Fijación de fronteras y política exterior	93
	The state of the s	14.00
	Las paces de Támara.	93
	La frontera de Molina a Almazán	96
	Monreal y su «Militia Christi»	98
	Expedición a Valencia y victoria de Cullera	100
	El viaje al valle de Arán.	102
	Muerte de Gastón de Bearn y del obispo Esteban de	102
	Huesca	103
	Asedio de Bayona	104
	Asedio de Bayona	106
	Notas	107
	El rey y el gobierno del reino	100
VII.		109
	El rey y sus barones	109
	Sus relaciones con los obispos	111
	Sus relaciones con los obispos	112
	Amistosas relaciones con la Santa Sede	114

	Alfonso I y las elecc	ion	es	enis	con	ales								115
	¿Religiosidad? ¿Imp													117
	(Kengiosidad: (IIII)	nec	110	1-1	CI	CISU	CIC				-		.1	1.1/
	La repoblación del													100
	manes en Aragó													119
	Notas	*	3.5	32	8	928	10	50	*:	•	*			121
VIII.	Campañas finales			200		00	0							123
	HINTON IN MANAGEMENT													124
	Hacia Tortosa.													STATE OF THE PARTY
	Alfonso instala sus	real	es	ante	Fr	aga	tii	20	(*)	*	*	35	31	126
	El asedio se prolong													128
	La batalla de Fraga				(00)		80				×			130
	El rey logra escapar	del	de	esast	re	27		40				14		133
	Versiones legendari													134
	Ultimos momentos													135
						-0.73								137
	Notas	-	1.0	0,00		*/	*	*	*	×	28	3	8.0	131
IX.	Su testamento y far	na	pós	tun	na	•	*	٠	*	*	99		(0)	139
	El testamento del rey y problemas que planteaba												139	
	Trascendencia del r	ein	ado		40			(*)			19		0.00	141
	Su fama :													143
	Notas											2007		144

Affords a la mino og Marchago, enocicade ad y Londoll A Affords a et condictionage of the Salah (1) and 1) and 1) Marchago of the Cold Salah (1) and 1) and 1) and 1)	
Decision A symmetry country can serve the interestinglet. ST	
Light to engineer of Secretary will property in the Extent	
Marin Loront and Loront and Loront and Loront and Loront L	
Hacia Tomora America apre Fraga	
El medio se prolonga	
La finntera de Molins a Almazia. Monand y su shillina Christia	
Muerre de Garcin de Beam y del cisupo Envian de Filoria. Asodio de Barcon El transporto cest Notas	
History.	
Applicate Record	
El rey y no barners	
Sur relaciones con los obispos	
La restauración ecicidatica del valle del libro	

Ma evaberga, cascado los efenes autorios de lagram despenar las mas diservas como en defenes de accessivo mentos as sus faceses de accesso formas de accesso de accesso de accesso de accesso actual más mecanista que accesso aos estados estados estados para accesição para accesição accesso actual de accesso d

Personal successor de CULAR A PROCESSA DE CONTRACTOR DE L'ACTURA DE POSO DOS DE CONTRACTOR DE L'ACTURA DE CONTRACTOR DE CONTRACT



Sin embargo, cuando los afanes autonomistas logran despertar las más diversas voces en defensa de nuestros modos de ser, fuertes deseos de nuevas formas de convivencia, resulta más necesario que nunca un gran esfuerzo colectivo para conseguir una nueva manera de entender nuestra bistoria.

Esta colección de GUARA EDITORIAL pretende sumarse a todos los esfuerzos que vienen sucediéndose, desde los más diversos campos, para contribuir a la autonomía cultural de nuestra región. En modo alguno desea ofrecer una visión teórica, historicista o meramente romántica de nuestra cultura. Una visión lo más científica posible de los más variados temas, ofrecida por los más prestigiosos especialistas, intentará poner al alcance de todos un auténtico instrumento para hacer cultura, con el convencimiento de que la autonomía política y económica será una más profunda realidad en tanto en cuantola mayoría de los aragoneses puedan participar de una autonomía cultural.





💅 guara editorial, s.a.

